THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class PN 6491

Book .F 4

939
3502

LOS CIEN PROVERBIOS.

LOS CIEN PROVERBIOS,

ó

LA SABIDURIA DE LAS NACIONES.

OBRA IMITADA DEL FRANCES,

POR D. FRANCISCO F. VILLABRILLE.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE DON FRANCISOC DE PAULA HELLADO,

calle de Santa Teresa, número 8.

[Madrid, 1846]

PN 6491
.F4

Lo que abunda no daña.

QUIEN NO SE AVENTURA

NO PASA LA MAR.

(INTRODUCCION).

PROVERBIOS son unas sentencias morales en las que con notable precision se nos trazan reglas de conducta para todos los estados de la vida. Cuando estas sentencias, hijas de una larga observacion, se han hecho populares en virtud de su veracidad y del chiste que generalmente las acompaña, se llaman *refranes*, y en uno y en otro caso la moralidad que estas lacónicas frases encierran, es susceptible de espresarse é interpretarse de los diversos modos que en esta obra se darán á conocer.

Los refranes con sus formas concisas, sus chistes y su utilidad práctica han sido siempre muy populares; los hay en todos los idiomas conocidos, los hubo tambien en los idiomas que se han extinguido antes de llegar hasta nosotros, y es probable que sirviesen tambien para espresar las primeras necesidades, los

primeros sufrimientos y los primeros deseos del hombre. Siendo el fruto de la esperiencia y la fórmula, por decirlo así, á que han reducido sus observaciones los sábios de todos los tiempos y de todos los paises, se puede asegurar que no hay consejo saludable, ni regla de conducta que no se hallen trazados en los proverbios, cuyo conjunto ha merecido ser designado con el pomposo renombre de *la sabiduria de las naciones.*

Los proverbios no solo nos instruyen, sino que nos divierten: con su énfasis, su chiste y su precision nos marcan el camino que debemos seguir ó el que debemos evitar, nos doran la píldora de una amarga crítica y por lo que ya ha sucedido, nos revelan lo que sucederá. Cosa bien notable es, que las naciones se han sucedido unas á otras, las costumbres han cambiado, y los proverbios, como dimanados de la recta razon que no puede ser mas que una é invariable en todas las edades, siempre han subsistido los mismos, siempre en boga en las conversaciones familiares y confirmándose de tal manera su veracidad infalible, que se ha llegado á decir que los refranes, particularmente los españoles, *son unos evangelios abreviados.*

Salomon á quien fué concedido por el cielo el don precioso de la sabiduría, fué tambien el primero que escribió proverbios é hizo de ellos esa inestimable coleccion que se titula *libro de los proverbios*, por ser uno de los canónicos del Antiguo Testamento. Los poetas antiguos hicieron grande uso de los proverbios, como que generalmente la moralidad de las fábulas y epígramas está compendiada en el refran con

que se suelen terminar. Erasmo y el jesuita Andrés Scoto han cuidado de recopilar los principales proverbios de los autores griegos y romanos, y en cuanto á los de los autores árabes, pueden verse en la traduccion de Scaligero. Bajo el título de *curiosidades francesas* formó Mr. Oudin una coleccion de proverbios franceses, que luego ha presentado en forma de *diccionario* el C. de Méry.

Hay tambien los *proverbios dramáticos*, especie de composiciones sumamente sencillas y cuyo argumento se funda en algun refran popular. Destinadas estas composiciones para recreo de las tertulias y de los aficionados á el arte dramático, necesitan ser de muy poca complicacion, como que se han de ejecutar en una escena improvisada y por actores que pocos momentos antes se instruyen del personage que van á representar. A su tiempo presentaremos una muestra de esta clase de proverbios puestos en accion, de los que se han publicado colecciones en Francia, siendo las mas notables las de Carmontelle, Teodoro, Leclercq y Fernando Denis, quien se concretó solo á los proverbios de Oriente. Por último, hay tambien coleciones de proverbios espresados únicamente por medio del dibujo y sin texto esplicativo, en lindos grabados y litografias que reproducen la accion espresada por el proverbio segun su sentido literal, dejando á la sagacidad del que lo mira el hacer interpretaciones. En este género se distinguen en nuestros dias MM. Johannot y Grandville, y de este último autor son copias muchos de los proverbios, que pura-

mente espresados por el dibujo, se intercalan en esta obra, para que no carezca de ningun medio de interpretacion.

Al dar á conocer en España la linda coleccion de proverbios que se ha publicado en París, no pretendemos presentar la idea como nueva y original entre nosotros, sino como una de aquellas muchas de orígen español, que pasando al estrangero, vuelven luego engalanadas con diverso trage cautivando á primera vista la atencion, por lo mismo que traen el aliciente de la novedad. Solo en la inmortal obra del Quijote suministró el bueno de Sancho Panza chistosos y abundantes proverbios aplicables á todas las circunstancias de la vida. Se ha formado coleccion aparte de estas sentenciosas máximas del rústico escudero, con el título de *los refranes de Sancho Panza*, y por otra parte, apenas hay poeta célebre de nuestro antiguo teatro que no haya fundado en algunos proverbios el argumento de muchas de sus acreditadas composiciones.

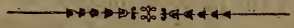
Por esta causa y por la misma naturaleza de la obra que es de las imposibles de traducir literalmente, confiando en que *á los audaces ayuda la fortuna*, nos hemos propuesto ejecutar algo mas que una simple traduccion.

Hemos elegido solamente en la obra francesa aquellos proverbios que mas relacion pudierán tener con nuestras costumbres, y aun en estos mismos, hemos hecho todas las alteraciones que de suyo reclamaba la diversa índole de ambos idiomas, sustituyendo á

los modismos y frases vulgares otros equivalentes que no les hagan perder, sino ganar en gracia y energia. Precisados por último á poner algo de la cosecha de casa, hemos añadido muchos proverbios enteramente originales, sin que á pesar de esto hagamos de ellos mencion especial, ni demos á la obra otro carácter que el de una imitacion, porque nos contentariamos con que el mejor de nuestros artículos no desmereciese á el lado de cualquiera de los buenos de la obra que nos hemos propuesto imitar.

Nuestra resolucion parecerá tal vez algo *aventurada*; pero ademas de los motivos, que como va dic o á ella nos obligan, nos era lícito *aventurarlo* todo por complacer á nuestros lectores, y para realizar tan halagueño resultado era preciso *aventurarse* porque

El que no se aventura no pasa la mar.



CADA LOCO CON SU TEMA.

Vamos á añadir una noche mas á las *mil y una* que hay ya publicadas y cuyo estilo oriental todos hemos admirado, por que cuando llegó la noche *mil y dos* el sultan no dejó de pedir á Scheherazada le refiriese uno de aquellos cuentos que tanto le embelesaban.

—Sol de mis dias, luna de mis noches, espada de justicia, tesoro de poder, le respondió la sultana, nada tengo que decirte, pues he agotado todo mi repuesto.

El sultan disgustado por esta respuesta, sintió no haber mandado cortar la cabeza á Scheherazada y aun tuvo impulsos de mandar que lo ejecutasen, á ver si esto le distraia. Supo no obstante reprimir este deseo repitiendo estas memorables palabras. «Un sultan no tiene mas que una palabra y la debe cumplir.» Esta victoria sobre sus pasiones merece ser tenida en consideracion en un monarca tan absoluto como era Schahriar.

A pesar de todo, el sultan iba enflaqueciendo visiblemente y permanecia siempre sumido en la mas profunda melancolia: ni su enano favorito, ni su bufon mas acreditado conseguian distraerle, y lanzados de la córte tuvieron que ir con sus gracias á otra parte. Los

cortesanos, que á la fuerza tenian que enflaquecer como su amo y fingir un inmenso sentimiento, resolvieron sacar á su soberano de un estado que podia comprometer su temperamento y afectar su inteligencia. Reuniéronse en consejo pleno al que fué llamada la sultana Scheherazada que ya en otra ocasion habia conseguido desarrugar la frente y disipar el mal humor de su augusto esposo, en virtud de aquella sabiduria cuya fama empezaba á difundirse por todo el Oriente.

Cuando el consejo estuvo reunido al rededor de una mesa cubierta con un tapiz verde segun la usanza oriental, el visir pronunció el siguiente discurso:

«Señores y amados cólegas:

Los vasallos fieles y amantes de su soberano no deben tener otro empeño, ni otro cuidado, mas que el de procurar con todas veras la felicidad de su augusto señor. (*Muy bien*). La salud, si hemos de atenernos á lo que dice el poeta Ferdoussi, es la llave de la felicidad, (*Aprobacion*) el fastidio, dice el filósofo Al-Fharbi, es la peor de las enfermedades; nuestro soberano se fastidia, luego está enfermo. (*Sensacion*) Si mis cortas luces no me abandonan, me parece que el problema que tenemos que resolver es el siguiente: dado un príncipe que se fastidia, ¿cuáles son los medios mas eficaces de curarle?

Una voz.—Eso es.

Por todas partes.—Muy bien! Muy bien!

El visir.—Yo no os disimularé, señores y amados

cólegas, que nuestra empresa es árdua, pero con la ayuda del Profeta la llevaremos á cabo con valor, sin esperar mas recompensa que la de haber salvado al príncipe y al estado.» (*Aclamaciones prolongadas*).

Despues de esta inaugural, los individuos del consejo fueron por su turno pidiendo la palabra: uno propuso que se enseñase á Schahriar el juego del ajedrez; otro pidió que se le comprasen siete ú ocho circasianas y aun mas, si era menester; otro queria que se hiciesen venir de Europa saltimbanquis y bailarines de Polka; y no faltó quien propuso abrir un teatro en que se representasen piezas de todas clases; pero ninguno de estos dictámenes obtuvo la aprobacion de la mayoria.

El visir se volvió entonces hácia Scheherazada, para decirla:

—Señora, tened la bondad de manifestarnos vuestra opinion.

—Con mucho gusto, respondió la sultana, escuchadme con la mayor atencion. Habia no lejos de Bagdad una cabaña habitada por un pobre leñador. Cierto dia llegó á llamar á su puerta un religioso mahometano. .

. . . . . .

Suprimimos lo restante del cuento, porque vamos á ver el plan curativo que la sultana hizo adoptar por medio de él.

Mientras que el consejo deliberaba, Schahriar lanzaba hácia el cielo la odorífera humareda de su larga pipa, diciendo para sus adentros. He prometido á la sultana que respetaria su vida; pero no he hecho pro-

mesa semejante al visir, ni á los ministros, ni á los grandes de la córte ¿Si les mandára yo cortar la cabeza á ver si esto me divertia? Mientras que estaba dando y tomando con esta idea, los ministros y los personages de la córte, pidieron el ser admitidos en presencia de su alteza. Schahriar mandó que entrasen. El visir se prosternó con el rostro contra la tierra y besó por seis veces seguidas las babuchas de su amo.

—Hijo del profeta, esclamó, corazon de leon, trono de esplendor, mar de magnificencia.....

—¡Basta! ¡basta! interrumpió el sultan, ¿qué me quereis?

—Queremos, sublime sultan, disipar las nubes que se agrupan al rededor de vuestra frente, hacer que vuelva la sonrisa á esos lábios y que la serenidad se difunda por todo vuestro rostro. Hemos encontrado el medio de distraeros.

—Tambien yo he encontrado uno y si el vuestro no es mejor, tendré que echar mano de él. Estoy decidido á mandar que os corten la cabeza.

Todos los circunstantes empezaron á temblar y el visir continuó su discurso con la voz algo alterada. Suprimiendo las citas, las metáforas, los epítetos inútiles, todavía este discurso, que se ha conservado en los archivos de la Persia, llenaria cinco pliegos de esta obra. Privaremos á nuestros lectores de este trozo de elocuencia y les diremos únicamente que Schahriar adoptó el medio que le proponian, lo que valió á la Persia, por lo menos treinta cabezas mas, sin contar con la del gran visir.

Este medio debido á la fecunda imaginacion de Scheherazada, consistia en que el sultan emprendiese un viage con el objeto de averiguar cual era el hombre mas desgraciado de su reino. La filantropía por pasatiempo no es una invencion tan moderna como se pudiera creer.

El primer dia de la luna, se puso en camino Schahriar, disfrazado de mercader armenio y sin mas compañero de viage que el gran visir, disfrazado tambien de mercader. Hácia la décima tercia hora del dia, que es precisamente la hora de comer, el sultan, á quien el cansancio y el aire libre habian aguzado el apetito, propuso á su compañero que llamasen en la habitacion mas inmediata para pedir hospitalidad. Se hallaban delante de una casuca de muy mala apariencia; pero como no habia otra en todo el contorno, tuvieron que entrar allí.

El dueño de la casa, sentado en un banco de madera y rodeado de retortas y alambiques, apenas advirtió la llegada de los estrangeros. Atizaba la lumbre de un hornillo colocado en medio de la estancia, sin perder de vista el recipiente colocado encima del fuego. De improviso se apagó la llama y un carbon negro se quedó en lugar del líquido que estaba hirviendo: el hombre dió un grito y se tiró contra el suelo, arrancándose los cabellos.

—¿Qué teneis, amigo mio? le pregunto Schahriar con bondad.

—¡Ah! señor comerciante, respondió él, aquí teneis al mas desgraciado de los hombres. He hallado el se-

cre tode hacer el oro, y para los esperimentos necesarios he mal vendido toda mi hacienda, en términos que mi esposa ha muerto de pesadumbre. Ya iba á coger el fruto de todos mis sacrificios; pero aun me faltaba dinero para el esperimento decisivo; la codicia me tentó.... y he vendido mi hijo único á los mercaderes de esclavos. Acabais de ver como se ha frustrado mi última esperanza y ya nada me queda; ni aun para desayunarme en este dia!

Schahriar mandó al visir que apuntase el nombre del alquimista, que se llamaba Nadir, y despues de haberle inscrito en un libro de memorias continuaron su camino.

—Hé aquí un hombre muy desgraciado, dijo el sultan.

—Verdaderamente que si, respondió el visir.

Hablando de esta manera encontraron á un anciano que venia de por agua desde el rio; pero andando con tanto trabajo que á cada instante tenia que pararse y soltar el cántaro en el suelo para cobrar aliento. La vejez desvalida no puede menos de escitar compasion, así es que el sultan compadecido quiso saber la historia de aquel anciano.

—Yo me llamo Ghaour, dijo el hombre del cántaro: hace cincuenta años que me ocupo de la naturaleza de las cosas y de la esencia del alma. Era rico y un incendio ha devorado todos mis bienes; pero yo no siento, ni mi palacio, ni mis muebles, ni mis bagillas; lo único que siento es mi biblioteca. La verdad se halla en los libros, como vos bien sabeis, y para com-

prarlos me veo precisado á beber agua clara y comer raices, teniendo que servirme á mí mismo, lo que aquí para entre nosotros, no deja de darme muy malos ratos.

El visir apuntó el nombre de Ghaour en su librito de memorias.

Los gemidos que salian de un bosque inmediato guiaron al sultan hasta encontrar á un pobre aldeano que lloraba amargamente, sentado al pié de un árbol. Schahriar se informó del motivo de su dolor.

—¡Ay de mí! respondió el palurdo, yo amaba á Fathmé, la mejor moza del pueblo y al casarme con ella la hice donacion de todos mis bienes; pero ahora que ya nada espera de mí, me sacude con frecuencia y me echa á patadas de casa, para quedarse ella á sus anchas con otros y cuando quiero quejarme se rie en mis barbas. ¡Todo el mundo se burla del pobre Ferruch!

El nombre de Ferruch fué inscrito en el libro á continuacion de los de Nadir y de Ghaour.

Al salir del bosque vieron venir hácia ellos un individuo descalzo de pié y pierna, que andaba dando vueltas al mismo tiempo con tal rapidez que parecia un torbellino. Schahriar le llamó una y otra vez; pero ni por esas, el otro seguia girando sobre sí mismo y no se hubiera detenido á no pegar un encontron con un obstáculo que no habia previsto y que le hizo caer cuan largo era en medio del camino.

—¿Qué especie de volteretas son esas? le preguntó el sultan ayudándole á levantarse.

—Este es mi modo de viajar. Yo soy el derviche Ahmet, y por una falta que he cometido, estoy sentenciado á ir de esta manera hasta la gran mezquita de Ispahan. Todavía me faltan quince dias de camino: dejadme seguir adelante, por que si no llego en la época prefijada, ¡soy perdido!

Ahmet continuó su caminata, dejando al sultan y al visir tan sorprendidos como apesadumbrados por semejante infortunio.

No hablaremos de otros muchísimos infelices que encontraron nuestros dos filantrópicos viajeros. Lo cierto es que el sultan, no sabiendo decidir cual era el mas desgraciado, resolvió reunirlos á todos en su córte, para que preguntando á cada uno en particular se pudiese fallar con conocimiento de causa. Volvióse por consiguiente á Bagdad y su primer cuidado fué mandar que detuviesen á Ahmet por donde quiera que andubiese revoloteando.

El dia fijado para la comparecencia, Schahriar, rodeado de toda su córte y teniendo á Scheherazada á su derecha, mandó que fuesen entrando sucesivamente todo los desgraciados que habia visto en su última espedicion; pero ni uno siquiera habia acudido á la cita.

Nadir habia vendido su cabaña y seguro de lograr lo que ansiaba, con el importe de ella, nada le importaban las grandezas de la corte, demasiado insignificantes para un hombre que iba á forjar el oro con sus manos.

Ghaour á punto de descubrir la esencia del alma,

no podia abandonar un momento sus meditaciones.

Ferruch se habia reconciliado con su muger y cada vez mas apasionado no estaba para dejarla un solo instante.

Ahmet se escapó sin saber cómo de manos de los guardas, diciendo que mas queria morir que renunciar á una peregrinacion que debia abrirle las puertas del cielo.

A este tenor fueron poniendo pretestos los demas infelices para no renunciar á lo que se creia fuese su desgracia. El sultan disgustado, empezaba otra vez á acordarse de las cabezas del visir y de los magnates de la córte, cuando Scheherazada se volvió hácia él y le dijo con aquella dulce voz que los poetas de Bagdad comparaban al murmullo de una fuente.

—Príncipe, aprovechad bien esta leccion; nadie hay infeliz mas que aquel que no tiene deseos: alquimia, filosofia, amor, devocion, todo lo que nos ocupa contribuye á nuestra felicidad.

—Estos hombres á la verdad, no son desgraciados, contestó Schahriar; pero son unos locos.

—Cada loco con su tema: replicó Scheherazada.

El sultan reflexionó por algunos instantes, al cabo de los cuales miró con alhagueño semblante y afable sonrisa á toda su córte.

—Es necesario que el hombre tenga una pasion, esclamó, y yo he elegido la mia.

Al pronunciar estas palabras, miró tiernamente á al hermosa sultana.

El hombre es fuego, la muger estopa, viene el diablo y sopla.

DETRAS DE LA CRUZ

ESTA EL DIABLO.

Esteban Carvajal acababa de levantarse de la cama y revestido con su bata habia pasado á el comedor, donde su ama de gobierno acababa de poner el chocolate sobre la mesa.

—Señora Escolástica, esclamó él de repente, ayer y antes de ayer he estado de caza y es muy estraño que en este tiempo no haya venido carta para mí.

—¡Ah! si señor, se me olvidaba. Lo que es carta no señor; pero una esquela, mírela vd. aquí.

Esteban la abrió rapidamente y se puso á leer, murmurando algunas palabras en voz baja.

—¡Calla! ¡es de mi antiguo amigo, Alvaro de Prado!..... Cuando se ha estudiado el *Musa musæ* en los mismos bancos de San Isidro, es imposible casarse sin dar parte á..... ¡se casa!... ¡él! y me invita á servir de testigo hoy que les van á tomar el dicho! Ah! Dios mio!... Señora Escolástica, pronto, pronto, mi frac negro, mis guantes blancos, mi sombrero fino, mi mejor chaleco.

Y diciendo y haciendo, apuró en dos sorbos el cho-

colate, se vistió apresuradamente, salió á la calle y antes de un cuarto de hora ya subia á un lindo cuartito principal, casi entresuelo de la calle del Príncipe.

—¿Con que te casas? esclamó Esteban así que descubrió á su amigo ¿de veras, te casas?... tú que, lo mismo que yo, dabas gracias á Dios por conservarte célibe, poseyendo una buena renta?

—Me caso y tú harias lo mismo si pudiese haber dos Angélicas en el mundo, respondió Alvaro.

—¡Ah! ¡con que se llama Angélica!

—Si amigo mio, este es el nombre de la muger que reune todas las gracias y todas las virtudes de su sexo.

—¡Es decir que estás enamorado de ella!

—Le hago esta justicia... Ademas, es cosa que has de ver.

—¿Y en dónde has encontrado esa maravilla?

—Aquí cerca; en un cuartito principal de la plazuela de Matute. ¡Ah! Esteban, cómo te hubieras enamorado como yo, si la hubieras visto ir á misa todos los dias á las Niñas de Loreto, al paso que nunca la he visto ir á los bailes, á los conciertos, ni al teatro. Acostumbra ir á socorrer de incógnito á los desgraciados y nunca recibe visitas en su casa. Aun á mí mismo me ha costado mucho trabajo el ser admitido en su deliciosa celdita y tal vez no lo hubiera conseguido, si no empezasen ya á blanquear algunos de los cabellos de mi cabeza.

—¡Vea vd. en lo que consiste la felicidad! Hé aquí una que pendia de un cabello, exclamó Esteban.

—¡Qué lenguage! amigo mio, ¡tú no sabes honrar la virtud!

—Perdóname, Alvaro, ya se me olvidaba que un testigo debe mantenerse siempre serio; pero la gravedad no tardará en venir y por lo pronto ya estoy con el trage de ceremonia. Entre tanto permíteme que te haga una pregunta: me has dicho el nombre y las virtudes de tu futura; pero nada me has dicho de su estado social, ni si es viuda, ni si es rica, ni si es pobre.

—Angélica, es la viuda de un teniente general, muerto en América.

—¡Cuántos generales tiene á su cargo esa América! esclamó Esteban con una sonrisa maliciosa que su amigo no advirtió porque continuaba diciendo:

—Tiene ademas mi futura algunos bienes por parte de sus padres, allá en las montañas de Santander, donde su familia disfruta de la mayor consideracion.

Al decir esto salieron para ir á casa de la novia, á la que encontraron ya preparada y esperando en un lindo gabinetito de color gris de perla con algunos ramages de oro. Era muger que representaba menos edad de la que realmente podia tener, tal era la finura de sus facciones y la delicadeza de su talle. Su pelo castaño obscuro, partido sobre la frente, bajaba luego hasta los hombros en gruesos tirabuzones á la inglesa, haciendo resaltar la blancura de su rostro y de su cuello. Sus ojos se mantenian constantemente mirando al suelo y cuando alguna vez los levantaba para dirigirlos al cielo, no correspondian á esta actitud mística, los labios adelgazados y la nariz aguileña de esta

muger. Recibió á Esteban con encantadora sonrisa, y dirigió por un instante una mirada, rápida como un relámpago á su futuro, que se retiró para dejarlos en libertad de que entablasen conocimiento.

Angélica, aunque tímida y modesta, tenia la imaginacion viva y no se mordia los lábios, así es que á poco rato se entabló una conversacion muy animada entre ella y Esteban Carvajal. En muy poco tiempo conoció este que á ella nada se le escapaba y que estaba muy al corriente de cuanto suele suceder en Madrid, desde Chamberi, hasta el puente de Toledo; pero lo mas notable es que cuando al solteron se le escapaba alguna espresion picante ó no muy católica, al instante cuidaba ella de interrumpirle y de llamarle á el órden, y cuando Esteban iba á replicar á las amonestaciones de la viudita, le puso ella la mano delante de la boca con tanta gracia, que nuestro hombre no pudo menos de besar aquella mano que le abandonaban por un instante.

—¡Oh! yo le convertiré á vd., decia ella.

Efectivamente, cuando el solteron sentia bajo sus lábios la piel suave y lustrosa de la viudita, poco le faltaba para venir á verdadero conocimiento; pero Alvaro entró y todos juntos salieron para la parroquia.

Acabada la ceremonia y despues de haber dejado á la viudita en su casa, los dos amigos se retiraron juntos, apresurándose Alvaro á preguntar á Esteban, así que estubieron solos:

—¡Y bien! ¿qué me dices ahora?

—Te digo, que tu Angélica es un angel. A un palacio prefiere una cabaña, á un cuarto principal una bohardi-

lla, y á ir en coche el andar á pié; aunque acompañada.

—Si; cuando el que la acompaña soy yo, su futuro esposo. ¡Oh! bien lo sé todo: se que Angélica, prefiere á un baile, el cuidado de su hogar doméstico, á los lacayos con ostentosa librea, una criada de zagalejo redondo, á los bailes de máscara los sermones de cuaresma y á las partidas de campo, el no salir de su casa. Se encierra el alma de una santa en aquel cuerpo tan hechicero!

—¡Cáspita! ¡cuántas virtudes en una muger tan jóven y tan linda!

—¡Y este àngel va á pertenecerme! á mí con cuarenta años á la espalda y cuando mis rentas van de capa caida! Pero, amigo mio, si encontramos otra Angélica, esa será para tí.

—Lo estimo mucho; pero no te molestes en buscármela. Hará unos diez años que tuve tentaciones de casarme y rompí las negociaciones solamente por los muchos requisitos que tenia mi futura: la tuya tiene el doble de la otra, con que es cuatro veces mas de lo que me hace falta.

De allí á pocos dias se verificó el matrimonio, con gran satisfaccion de Alvaro, que se preguntaba si la Providencia haciendo un milagro en favor suyo habia colocado el paraiso en la plazuela de Matute. Dos dias despues Esteban tuvo que salir de Madrid y estuvo por fuera cerca de un año. Apenas volvió á la capital, su primer cuidado fué ir á visitar á su amigo Alvaro. En el momento que este le vió, vino á arrojarse en sus brazos. ¡Oh! ¡qué cambiado estaba el pobre hombre!

Estaba amarillo como la cera y con un cerco amoratado al rededor de los ojos: una risa forzada se marcaba en sus lábios.

—¿Estas enfermo? esclamó Esteban.

—No; pero estoy casado, replicó Alvaro.

—¡Pues qué!... ¿tu Angélica?...

—Es el mismo demonio.

—Vaya, amigo mio, tú ponderas demasiado. Ya sabes que yo nunca creí fuese un serafin; pero tampoco creo ahora que sea un diablo. Convengo desde luego, y sin que tú lo jures, que no será una santa Teresa; pero permíteme que dude de que sea un lucifer.

—Pues será algun pariente suyo muy inmediato, Astarot, Belzebut ó alguno de la familia.

—¡Pero es posible, hombre!... ¿La heredera de una noble familia de las montañas de Santander?

—¡Buena nobleza la suya y sus abuelos andubieron vendiendo lienzo por las calles!

—¡La viudita de un teniente general!

—Teniente, sí; pero general, no. Hay que suprimir la segunda parte.

—¡Una muger que se contentaba con tan poco!

—Pues mira ahora: pisa sobre terciopelo, se reclina sobre seda y se acuesta entre batista.

—Ella que se contentaba con un vestido de lana.

—Si, con tal que esta lana venga de Cachemir.

—¡Ella que aborrecia las máscaras y gustaba de los sermones!

—Ya, pero esto no la quita el abono constante de un palco en la ópera.

—¡Ella que no gustaba de salir de su casa!

—Ahora le sucede lo mismo, con tal que tenga cien personas al rededor.

—Dime ¿y su aficion á las humildes chozas y á las casas de campo?

—Siempre la misma; pero es solo para verlas pintadas en su album, donde tiene, muchas á la aguada y á la sepia.

—¡Una muger, que solo queria vivir, para cuidar de sus hijos!

—No tiene uno siquiera.

—Una muger tan económica que detestaba los lacayos con librea.

—Por eso ahora lleva un cazador de costoso uniforme.

—¡Ella, que se estremecia solo con la idea de gastar coche!

—Sin duda, amigo mio, y por eso ha tomado carretela. Mira, asómate por aquí.

En aquel instante sonaba en la calle el ruido de un carruage que se paró en la puerta. Al asomarse Esteban, vió una brillante carretela, de cuya portezuela saltó prestamente un jovencito todo acicalado y lustroso como un figurin de modas. Angélica bajó de la carretela apoyada en la mano de aquel Medoro, cuyo brazo tomó despues con mucha alegria.

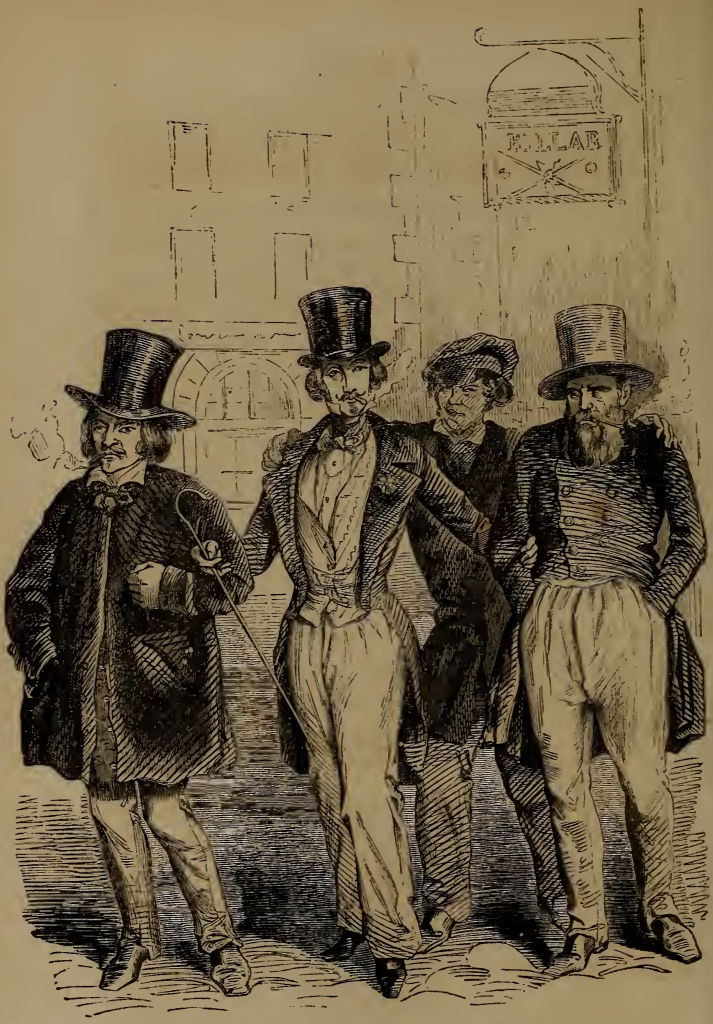
Esteban se puso á mirar á su amigo.

—Oh! dijo este, es un primito... Apenas le conozco.... es, segun tengo entendido, oficial de yo no sé qué compañía, de yo no sé qué regimiento.

—Por mucho que tú digas, amigo mio, continuó Esteban, me parece que todavía estás calumniando á tu muger. Mira, allí veo una prueba de que no ha olvidado todavía sus prácticas religiosas, ni ha perdido sus devotas inclinaciones.

Al decir esto, mostraba al arrepentido esposo una cruz primorosamente esmaltada que pendia del cuello de Angélica.

—¡Oh! contestó Alvaro, ese es un símbolo, amigo mio.... DETRAS DE LA CRUZ ESTÁ EL DIABLO.



Dime con quien andas y te diré quien eres.

CADA OVEJA CON SU PAREJA.

El sol dorando las estremidades de la colina, difundia poco á poco sus templados y benéficos rayos sobre las casas de la aldea. Los pajaritos cantaban de alegria y todas las ventanas del pueblo se iban abriendo para festejar la salida del sol, no siendo la última la de la jóven Anita. Así como á esta jóven le gusta contemplar la salida del sol, tambien el astro del dia parece que se complace en hermosear el rostro de Anita, difundiendo en él un bello sonrosado que es la envidia de todas las mozas del pueblo. Todos los mozos la rinden sus obsequios, y hasta el poderoso señor del castillo ha perdido mucho tiempo y muchas palabras galanteando á la esquiva jóven: Anita ha dado palabra de esposa á Martin y no quiere otro marido mas que él.

En un abrir y cerrar de ojos se lavó y se peinó, presentándose en la ventana, fresca y sonrosada como l a aurora, para respirar sin duda la brisa; pero no, hacia ya mucho tiempo que otra ventana estaba abierta enfrente de la suya y el amante esperaba el momento en que apareciese su querida.

—¡Buenos dias, Anita!

—¡Buenos dias, Martin.

Ya en aquel momento el trabajo y la actividad rei-

naban en toda la aldea: el bueyero pasaba aguijoneando á los bueyes; las espigaderas iban á su faena, los jornaleros, á su trabajo, y todos al pasar saludaban á Anita. Al fin pasó tambien Martin conduciendo su blanco rebaño.

¿A dónde irán aquellos dos gorriones, cada uno con una pajita en el pico?... Se colocan en una hendidura de la pared, precisamente á el lado de una ventana en la que Anita acababa de colgar una jaula con dos tortolitas. Ya habia ella concluido el arreglo de su cuartito tan aseado como gracioso. Anita no podia disimular su satisfaccion al contemplar su jarra de flores, su altarcito, su canastillo de la labor, y tambien de vez en cuando el espejo en que se reflejaban sus lindas facciones.

Mientras que la aldeana atendia á su labor, las abejas libaban el caliz de las flores, las tórtolas arrullaban, en su jaula y los gorriones piaban sobre la pared. Se habian plantado el macho y la hembra sobre el reborde que formaba su habitacion, como si quisiesen entrar en conversacion con sus vecinas las tórtolas, que sacaban la cabeza fuera de los palos de la jaula para no perder una palabra de lo que les dijesen... ¿pero qué era lo que les decian?

Solo Anita podia entenderlo, porque acostumbrada á escuchar todos los dias desde su solitario albergue este lenguage misterioso de las aves, habia llegado á entender algo de su significacion.

Parece, pues, que la hembra del gorrion decia á la tórtola:

—¡Mira mi nido qué hermoso es! Con los tallos de las flores marchitas que Anita desprende de su pelo, ha entretegido mi esposo esta vivienda, guarnecida por dentro con el algodon que hemos arrancado de los sauces y otros arbustos de primavera. Desde este asilo seguro é impenetrable se lanzará á los aires mi progénie llena de fuerza y alegría. Mi nido es el de un pájaro libre y es mas bonito que el tuyo.

La tórtola respondió:

—Si tu marido te ha formado una vivienda con las flores que Anita desecha, el mio ha formado el nido en que reposarán mis hijuelos con la lana que nos ha proporcionado. Yo no tengo miedo, ni al buho que anida á tu lado, ni á el gato que ronda por el alero, ni á la lluvia, al viento y á la tempestad. Mira mi nido que gracioso está, sostenido por estas cañas; no le cambiaria por el tuyo por nada de este mundo. No hay nido mas bonito que el mio!

Iba á contestar el otro pájaro, cuando una golondrina levantó el grito desde un torreon inmediato.

—No sabeis lo que estais diciendo, parlanchinas: no hay habilidad como la de mi esposo, ni pareja mas feliz que la nuestra. Mi nido está hecho de argamasa, sólido como una fortaleza y causando envidia á los mas hábiles arquitectos por la osadia de su construccion. El sol le dora con sus primeros rayos y los últimos se detienen tambien en él, cuando se despide por la tarde. Mi nido es el mas bonito de todos los nidos.

Anita escuchaba sonriéndose todo este coloquio.

—Las tortolitas duermen en la lana que yo les he

preparado, los gorriones están envanecidos con su morada de tallos secos y la golondrina resguarda su prole en su ciudadela aerea. Todos están contentos con su vivienda y su pareja, y sin embargo nada es comparable á mi habitacion tan risueña y á mi lindo pastorcillo, cuyos alegres cantares me trae desde la orilla del rio, el viento que penetra por entre las hojas de parra que entapizan mi ventana.

Anita dirigiendo al rededor suyo una ojeada de satisfaccion, se calló para escuchar, porque ya era la hora en que Martin acostumbraba confiar á los ecos sus amorosos acentos, pero muy dificil era que por aquel dia se escuchase la cancion del amante pastorcillo.

El señor del pueblo volvia de caza y los monteros gritan, los perros ladran, y las trompas resuenan por todas partes. El orgulloso magnate viene montado en un magnífico caballo blanco: una cadena de oro pende de su cuello y las plumas encarnadas que flotan al viento sobre su gorra, realzan el gallardo ademan del ginete.

Antes de subir á su castillo, se dirigió segun su costumbre á pasar por delante de la ventana de Anita, y el opulento señor se quitó su gorra de terciopelo para saludar á la jóven.

—¿Qué haceis ahí tan solita en vuestro aposento, hermosa niña de ojos negros? ¿No os fastidia el estar encerrada entre cuatro paredes tan tristes y tan desmanteladas? Venid conmigo á mi castillo y os daré pages y doncellas que os sirvan; reemplazaré con per-

las esas flores que adornan vuestro pelo, y si hoy dia no sois mas que una pobre aldeana, sereis mañana duquesa si os place vivir á mi lado.

—¿Y por qué he de abandonar yo mi casita?.. no señor, no, á mí me parece mas bella que vuestro palacio. ¿Para qué sirven las perlas y los diamantes, cuando ya se posee la felicidad? Muchas habrá que se volverian locas de contento por ser duquesas y tal vez no faltarán mozas en el pueblo que reciban con placer vuestros obsequios; pero á mí, contenta con ser vasalla vuestra, me basta el cariño de un simple pastorcillo, porque, señor mio, ahora mismo lo acabo de oir: CADA OVEJA CON SU PAREJA.

En aquel instante, los ecos lejanos trajeron el sonido de una flautilla, que no parecia sino que Martin daba las gracias á su querida. El señor del castillo se alejó triste y con la cabeza caida sobre el pecho, porque amaba de veras á la pastorcilla.

Ya á la caida de la tarde y cuando los trabajadores volvian del campo, bajó Anita á la plaza para tomar parte en el baile con que terminaban las faenas de dia. Ya el tamborilero habia hecho la señal, los bailarines habian buscado sus parejas, y detenidos un instante esperaban que rompiese el baile. Suena de nuevo el tamboril y todo el mundo se pone en movimiento.

Conforme iba dando la vuelta el corro de los bailarines, al fin se encuentra Anita con Martin: su seno palpita y encarnada como una amapola, confia su mano al pastor, que no menos conmovido, estrecha

suavemente los dedos que le confian, y á pretesto de descansar se lleva á su querida á un asiento retirado, donde la pinta su amoroso delirio, y sobre todo los celos y los sustos que pasa con los amores del señor del castillo. Se manifiesta el jóven tan insinuante, tan tierno y tan espresivo, que Anita no puede responderle mas que con suspiros y cuando al fin la pregunta:

—¿Cuándo será nuestra boda, Anita?

Le responde con encantadora espresion:

—Mañana mismo que tú quieras, Martin.

Dan las diez en el relój de la iglesia. Las tortolillas se han dormido en su mullida cama, los gorriones en su lecho de flores, y la golondrina, para estar vigilante á la primera señal de alarma asoma la cabeza por las almenas de su torre: hasta el buho deja con sentimiento su morada para ir rozando las paredes con sus alas sedosas. El reposo domina en toda la aldea, y Anita despues de haber dado una ojeada á su embellecida mansion, se duerme tambien, pensando en la felicidad del dia siguiente.

Pero mientras que los sencillos aldeanos duermen ó están entretenidos con agradables sueños, el señor del castillo es el único que vela y se revuelca en su magnífico lecho. Mira con desden la opulencia de todos aquellos aposentos que Anita no ha querido habitar y esclama tristemente:

—Yo mismo me he buscado mi infelicidad, y antes de haber puesto mi amor en esa muchacha, debiera haber tenido presente lo que ella me ha dicho:—«CADA OVEJA CON SU PAREJA.»

CRIA CUERVOS

Y TE SACARAN LOS OJOS.

Hácia fines del sigo XVI, habia en el condado de Dumfries en Escocia un honrado arrendador llamado Roberto, que era sin disputa el mejor y mas intrépido jóven de toda la comarca.

Roberto no tenia hermanos ni hermanas; pero Dios que no queria que viviese en triste soledad, habia puesto á su lado una prima, linda jóven de ojos negros, que correteaba al rededor de la casa, ligera como una mariposa. Cuando Lucy salia á recibirle y le echaba al cuello sus brazos desnudos, con aquella ingénua sonrisa que la inocencia forma en los lábios de los niños, Roberto rebosaba de gozo y no hubiera dado su granja por todo un reino.

Un dia que Roberto pasaba por el valle, vió un colorin de pintado plumage y reluciente pico que iba saltando de rama en rama. De repente y al tiempo que el pájaro empezaba sus melodiosos trinos, un milano se desplomó sobre él, desde lo alto de las nubes. Ya casi le tocaba con sus garras afiladas, cuando Roberto apuntó con su carabina á el ave de rapiña, con tan buen puntería que el milano cayo muerto, mientras que e colorin huyó á esconderse entre el ramage. Poco

despues, mientras que Roberto volvia á cargar su carabina, el colorin se presentó delante de él en la punta de unas ramas y entonó uno de sus mas melodiosos trinos como para espresarle su agradecimiento; pero Lucy vino á sorprender á Alberto, echándole los brazos al cuello y este no volvió á acordarse del pájaro.

Por aquellos tiempos se vivia en medio de rapiñas y contínuos disturbios. Una porcion de gentes sin oficio ni beneficio recorrian el pais, sin tener escrúpulo en asaltar las solitarias casas de campo, desvalijar á los viageros y saquear los castillos.

La quinta de Roberto que era una de las mas considerables del condado, escitaba la codicia de los salteadores que andaban por la campiña. Una noche se vió á muchos de ellos que andaban acechando al rededor de la granja; se tomaron algunas medidas de precaucion y durante una semana, nada se volvió á sentir; pero durante una tenebrosa noche todo el mundo despertó con el ruido de los gritos, de los ladridos y de los fusilazos, porque una cuadrilla de bandidos estaba asaltando la quinta. Roberto acudió á las armas, todos le imitaron, y los labradores, viendo á su amo lanzarse al patio cuya puerta acababa de ser forzada, se precipitaron en pos de él.

Roberto era generalmente querido, sus dependientes se batieron como unos veteranos, y los ladrones sorprendidos de tan inesperada resistencia, no tardaron en huir por todas partes. Muchos quedaron tendidos en el suelo, y los restantes fueron á esconderse en los bosques. Entre los que cayeron en poder de Ro-

berto, heridos ó cogidos en el desórden de la retirada, se hallaba un mozuelo casi desnudo, por lo que Roberto conmovido á vista de aquel jóven, cuyos ojos negros brillaban en un rostro pálido de terror, prohibió que le hiciesen daño alguno. Los ladrones ya estaban vencidos y los sentimientos generosos de Roberto se aumentaban con la seguridad y la confianza.

Se procedió al interrogatorio del preso.

—Yo me llamo Snag, dijo: las gentes que habeis rechazado, me arrebataron hace mucho tiempo del lado de mi familia que habita en un condado de Inglaterra. Desde entonces los he seguido por todas partes.

—¿Quieres quedarte con nosotros?

De muy buena gana.

—Dame esa mano: olvidemos lo pasado, sé hombre de bien y no tendrás motivo para quejarte de mí.

Roberto dispuso que diesen un vestido á Snag y le presentó á Lucy, que no pudo menos de contener un movimiento de espanto al ver su rostro aceitunado y encontrar la mirada rápida como un relámpago de sus siniestros ojos, pasando despues á instalarle en lo interior del edificio á pesar de las observaciones de los labradores mas antiguos.

Al otro dia por la mañana, Snag se incorporó á los trabajadores, siendo el mas diestro y el mas ligero de los mozos de la quinta: no habia ninguno que le adelantase en la carrera, nadie sabia tan bien como él domar un caballo, dirigir la bala de un mosquete, pasar á nado un torrente, ó trepar á la cima de un árbol. Roberto no tardó en cobrarle mucho cariño porque se

complacia en su destreza tanto como se admiraba de su inteligencia: bien pronto á Snag fué á quien confió el cuidado de curar á su caballo favorito, de cuidar á los perros de caza y de limpiar sus armas. Snag le acompañaba cuando iba á ojear por las colinas en persecucion de las aves silvestres, á esperar los patos en el borde de los lagos solitarios y á pescar los salmones en el rio. Snag no temia, ni al viento, ni á la lluvia, ni á la nieve: los rayos de un sol de estío no hacian mella en su frente de bronce, y las escarchas de diciembre no le impedian el que espusiese su pecho á las heladas brisas que vienen del Occéano.

A pesar de la amistad siempre en aumento de Roberto con Snag, Lucy no participaba de esta simpatía en favor del jóven prisionero. No podia menos de bajar los ojos, cuando encontraba los suyos ardientes como una llama, bajo sus espesas cejas. Muchas veces el descarado mirar del gitano hacia asomar á sus megillas los vivos colores de la flor del granado, y la jóven siempre que venia Snag tenia buen cuidado en apartarse del camino.

—Tú no puedes ver á ese pobre Snag, la decia algunas veces Roberto.

—No es primo mio, contestaba sonriendo la amable joven á quien el amor enseñaba la coquetería.

—Tu que eres tan buena para todos, ¿por qué eres tan desdeñosa con él?

—¡Oh! Roberto, no te enfades! esclamaba entonces Lucy. Me hielan las miradas de Snag: su amarga sonrisa parece una ironía, y cuando en mis paseos

llego á oir su voz me estremezco como si escuchase el rugido de una fiera.

Mientras que Snag iba ganando cada vez mas la confianza de su amo, se iban advirtiendo de dia en dia nuevos robos en la granja. Tan pronto desaparecia un carnero, ya era un buey que no volvia al establo, y otras veces desaparecian las piezas de ropa que las lavanderas tendian sobre la yerba del prado. Mil rumores circulaban entre las gentes de la granja, cuando se reunian para comer, y los pastores mas antiguos se hablaban por lo bajo á el oido, mirando á Snag; pero este permanecia desdeñoso y mudo, y nadie se atrevia á comunicar sus sospechas á Roberto.

Algunas veces Snag se ausentaba al romper el dia, y no volvia hasta despues de puesto el sol. Venia entonces cubierto de sudor, y con trazas de haber corrido mucho al traves de los matorrales y los pantanos, á juzgar por sus vestidos salpicados de lodo y sus piernas arañadas por las espinas.

Cuando Roberto le preguntaba de donde venia, Snag contestaba riendo que se habia estraviado siguiendo la pista de un rebaño.

—¡Que Dios os preserve de ese lobo maldito! esclamó un dia el esperimentado cazador que habia enseñado á Roberto á disparar la escopeta.

A poco tiempo de estos sucesos, Roberto creyó que en ninguna parte podria encontrar un corazon mas sensible, ni una belleza mas virginal que el corazon y la belleza de su prima Lucy, y así se lo declaró un dia en que se paseaban juntos por debajo de los sáuces

á orillas de un arroyo. Lucy ruborizándose puso su mano en la de Roberto.

—Dentro de tres dias, serás mi esposa, contestó el jóven, estrechándola contra su corazon.

En el momento en que sus lábios iban á tocar la frente de marfil de su prima, Lucy se estremeció, y con el dedo le señaló á Snag que se deslizaba por entre las ramas, ligero y ágil como un gato montés.

—Siempre ese hombre, esclamó ella.

En la madrugada del dia de boda, un pastor contó á las gentes de la quinta, que recorriendo las inmediaciones se habia encontrado con hombres de muy mala traza.

—Estemos con cuidado, hermanos, dijo el antiguo cazador.

Por la noche despues del baile y de una opípara cena, los convidados se despidieron: por algun tiempo se vieron brillar las antorchas en la obscuridad de la campiña, donde soplaba el viento, de otoño, y despues las luces se fueron estinguiendo. Roberto cogiendo de la mano á Lucy ruborizada, la condujo á el aposento nupcial adornado de flores.

La granja estaba en un silencio misterioso que se estendia á los bosques y collados inmediatos. Roberto enlazando su brazo á la cintura de Lucy se habia quedado dormido, cuando le pareció escuchar muchos tiros de fusil disparados en la obscuridad: los bandidos escalaban las paredes de la quinta, dando gritos feroces y Snag venia á su cabeza con una hacha en la mano.

Roberto quiso lanzarse sobre ellos; pero una ba-

la le hirió en el pecho; dió un grito y abrió los ojos.

Estaba á punto de amanecer y una confusa claridad se difundia por la estancia. Los pajaritos cantaban en el ramage, y un pintado colorin, el mismo á quien Roberto habia salvado de las garras del milano, despues de haber entrado á picarle en el pecho, se habia puesto á cantar en el borde de la ventana.

Roberto reconociendo al pájaro á pesar de su sobresalto, y admirado de aquella aparicion que no parecia casual, saltó del lecho para ir hácia la ventana; pero el colorin entonces bajó un poco el vuelo hácia el patio, y remontándose de improviso, desapareció por encima de los tejados de la quinta.

Roberto tuvo entonces ocasion de ver á Snag que salia cautelosamente del comedor, todavía desarreglado por la funcion de la víspera, ocultando en su pecho unos cubiertos de plata.

—Razon tenia mi prima, esclamó Roberto, y el cielo sin duda me envia este aviso. Acordándose despues del antiguo proverbio escocés

CRIA CUERVOS Á TE SACARAN LOS OJOS.

Cogió su carabina y bajó al patio.

Una hora despues, Snag salia de la quinta en compañía del viejo cazador que tenia órden de embarcarle en el primer navío que partiese de la costa.

—¡Oh! Lucy, paloma mia, dijo Roberto á su prima al despertar, el cuervo ya no está bajo nuestro techo: el cielo bendecirá nuestra union.

AQUELLOS POLVOS

TRAEN ESTOS LODOS.

No sé si movido de una estéril compasion, ó mas bien deseoso de entretener de cualquier modo algunas horas de ócio, entré en ese vasto edificio al que un amigo mio llamaba con mucha oportunidad el panteon de los pobres. Penetrando, pues, por los largos corredores del hospital, visité sus anchurosas salas, testadas de pobres enfermos, y pasé por delante de repetidas hileras de camas donde yacia la humanidad doliente. Sentia sobrecogido mi pecho al observar el silencio sepulcral que reinaba en aquel recinto, turbado únicamente por el ruido de mis pasos, el imperceptible que producia la fatigada respiracion de algun enfermo, ó el doloroso gemido de alguno de ellos, que revolviéndose en su lecho, daba señales de vida. Así distraido y sin saber que camino habia llevado, llegué á encontrarme á la puerta del departamento destinado á las mugeres. Dudé un instante, si convendría que yo entrase en él; pero resuelto á retroceder á la menor insinuacion que se me hiciese, pasé adelante animado de mi piadosa curiosidad.

Aunque mis ojos recorrian casi maquinalmente la série de camas colocadas en la sala, no pudieron me-

nos de fijarse en una donde yacia una muger de poca edad al parecer. Dábale de lleno en el rostro la luz de una ventana que caia enfrente, y esta circunstancia, realzando la natural palidez de las facciones dela enferma, la hacia parecer de una blancura estremada. Cuando la estaba observando, dominado por la estraña sensacion que en mí producia, vi con asombro que fijando en mí sus desencajados ojos, me alargaba una mano amistosamente, haciéndome señas para que me acercase. Hícelo así paso á paso, sin apartar de ella mis ojos, como dando tiempo para conocer á la que daba señales de haberme reconocido, y no tardé en salir de la duda. Al llegar á la cabecera de la cama de la enferma, reconocí evidentemente en ella á una jóven que habia sido en otro tiempo la querida de un amigo mio.

—¡Paula! esclamé, ¡vd. en este hospital!

—Veo, dijo ella, que no se ha olvidado vd. de esta desgraciada á quien amó en otro tiempo su amigo de vd., el....

Aquí se detuvo, como si no supiese qué título dar á mi amigo. Yo la dije con el mas vivo interés:

—¿Qué desgracias la han conducido á vd. á este sitio? Cómo es que la encuentro tan desfigurada en este lecho de dolor?.... pero antes de todo ¿puedo ser útil á vd. en alguna cosa?

—¡Ah! si, muy útil. Usted me proporcionará el único desahogo que puede apetecer esta infeliz moribunda.

—Pues bien, refiérame vd. sus penas.

Al decir esto, ayudando un esfuerzo que ella hizo para incorporarse, coloqué prontamente las almohadas bajo de sus espaldas, de modo que pudiera empezar con alguna comodidad la relacion siguiente.

—Vd. se acordará del tiempo en que frecuentaba mi casa en compañia de Cárlos. Por mi parte, me acuerdo muy bien de todos los sucesos de aquella época, de la amistad que á vds. les unia, y del aprecio que yo hacia de vd., no solo por ser el amigo de mi amante, sino tambien por su mérito personal. Entonces era yo una jóven de diez y ocho años, sensible y candorosa..... dotada de alguna hermosura, segun vds. todos decian. ¿No es verdad que estoy muy demudada? Ah! qué se hicieron mis primeros años de tranquilidad y de inocencia! Yo hubiera sido feliz á no haber conocido á Cárlos: su hermosa presencia, su trato halagüeño, sus afables modales, todo en él me sedujo y di crédito á sus palabras de amor. Ya sabe vd, con que estremo me apasioné de él.

—Cierto, y todavía no he podido comprender el motivo de haberse estinguido aquel amor que tan frenético se mostraba á los principios.

—Aquel amor vive y vivirá con la existencia de esta débil muger; pero el ingrato, ¡cuán mal le ha correspondido! Por él, desprecié un ventajoso partido que mis padres me proponian, burlé sus predicciones y llené de amargura sus últimos dias. Cárlos me sedujo: obtuvo de mí cuanto un hombre puede apetecer de una muger, y despues de haberme hecho faltar á mis deberes, me abandonó sin mas motivo que su incons-

tancia y su capricho. Hé aquí el orígen de todas mis desventuras: abandonada, vendida mi fé y hecha pública mi afrenta, me fué preciso huir de la compañía de las personas que mejor hubieran podido detenerme en el borde del precipicio, y sin resolucion para seguir al ingrato, sin valor para echarle en cara su inícuo proceder, me perdí sin que nadie acudiese á mi remedio. La horrorosa miseria á que bien pronto me vi espuesta, y la desesperacion me inspiraron la idea de una vida licenciosa y..... compréndalo vd. todo de una vez cuando le diga, que escesos de semejante vida son los que me han conducido á este lecho que será el de mi muerte.

Mientras esto me referia pausadamente, y despues que se dejó caer sobre el lecho como anonadada por su revelacion, yo la contemplaba en silencio, cotejando el brillante estado en que la habia conocido en otro tiempo con el deplorable en que entonces la veia: cuando por la elegancia de sus formas y la frescura de sus colores, era la envidia otras de doncellas y el embeleso de cuantos la miraban, y entonces que sus ojos cristalizados y sus facciones casi cadavéricas, apenas dejaban percibir un vestigio de su antigua belleza.

La relacion que me estaba haciendo me penetraba de amargura y sentimiento. Me hallaba ignorante de todo, pues mi amistad con Cárlos habia llegado á entibiarse, no encontrando en él la consecuencia á que estaba acostumbrado, y aunque sabia que ya no hablaba con Paula, no me figuraba que sus relaciones hubiesen llegado á tal estremo, ni que tan desgraciadas

consecuencias trajesen sus amores. Estaba seguro de que ya ni remotamente se acordaba de ella; pero la infeliz amante ni un solo momento le apartó de su memoria.

—Si, me decia, él fué el origen de todas mis desventuras, y sin embargo, él ha sido siempre el verdadero objeto de mi cariño. Ni un solo dia ha transcurrido desde nuestra separacion, sin que haya dejado de amarle, sin que mi imaginacion se haya recreado algunos instantes con su memoria. Algunas veces, hasta me lisonjeaba con una idea consoladora... con una vaga esperanza...

—Segun eso, la dije, vd. no tiene noticia de su casamiento con.....

Aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando por la sensacion de la enferma, conocí la grandísima indiscrecion que habia cometido al proferirlas.

—¡Casado con otra! esclamó desfallecida, como si cediese al peso de su dolor y á la fatal influencia de aquellas palabras.

Sobresaltado entonces, me incliné sobre ella, busqué una de sus manos, para inferir por los latidos del pulso su estado de agitacion, y ella entregándomela afectuosamente, como que quiso manifestarme de intento una sortija que llevaba en el dedo. Yo reconocí en ella la cifra de mi antiguo amigo é inferí seria alguna prenda fielmente conservada de sus primitivos amores.

—Al fin reconozco, esclamó tristemente, cuál era la verdadera causa de mis desdichas. ¡Mil veces me juró no amar á otra mas que á mí.

Estas fueron las últimas palabras que la escuché pronunciar con voz casi apagada: sus ojos se cerraron, y solo gruesas lágrimas se deslizaban desde sus párpados á las megillas. Viendo que no respondia á mis palabras, que su respiracion era cada vez mas débil y que un sudor frio empezaba á cubrir sus miembros, invoqué el ausilio de las personas encargadas de la sala, en cuyos piadosos brazos quedó la enferma.

Cuando me fué preciso separarme de aquel sitio, salí asombrado y sin comprender lo que yo mismo sentia. La triste escena que acababa de presenciar, me habia afectado estraordinariamente, y aunque por fortuna no era una reconvencion ni un remordimiento para mí, todavía me suscitaba tan profundas como amargas reflexiones.

—Ah! decia entre mí, ¡cómo no será esta la única víctima de los estravíos de la juventud y de la irreflexion propia de los primeros años! Aquellos antecedentes son los que ocasionan tan tristes y vergonzosos resultados. La falta de educacion moral, los peligrosos estímulos del amor, la debilidad de las mugeres y la malicia de los hombres, todo se conjura para deslumbrar á las jóvenes inespertas, incapaces de resistir á los que tanto han adelantado en el arte de la seduccion y el fingimiento. ¡Oh! cuánto deseára yo colocar en derredor del lecho de mi Paula á los jóvenes sin virtudes y talento, que miran como cosa de juego seducir á las mugeres, que acosándolas en todas partes y en todas las situaciones de la vida, se valen de los medios de una estudiada galanteria, para ir debilitan-

do poco á poco en los corazones juveniles los sentimientos de virtud é introducir las semillas del vicio, que mas adelante entre lágrimas de arrepentimiento y desesperacion producen tan malhadados frutos.

Al dia siguiente de estos sucesos, vi conducir al cementerio del hospital, el cadáver de la desventurada Paula. —En cuanto á Cárlos.... ¡ah! la historia de Cárlos es otra leccion de escarmiento, que podria servir de asunto para otro artículo.

A muertos y á idos no hay amigos.

CON LAS GLORIAS

SE OLVIDAN LAS MEMORIAS.

Muy pocos dias antes de verificarse una de las últimas elecciones de diputados que hemos tenido en el pais, reinaba una grande agitacion en casa del señor don Abundio Palabrotas, gefe y representante de una empresa que contaba varios asociados. Hacia ya dos ó tres noches que el buen hombre no descansaba, cuando hete aquí que un dia bien temprano, se presenta como si hubiese dormido en bandeja, ya afeitado y peinado, puesto el frac negro de etiqueta y ostentando la corbata blanca de las grandes solemnidades.

Con semejante trage de ceremonia le vieron todos sus dependientes encerrarse en su gabinete para ponerse por la milésima vez á calcular unas prolongadas listas, en las que unos nombres estaban marcados con una rayita negra y otros con una rayita encarnada, mientras que otros, sin duda los neutrales ó indiferentes, estaban señalados con una cruz.

Todo esto significaba que en aquel dia iba á verificarse el escrutinio de las votaciones, é iba por tanto á decidirse el destino electoral del señor don Abundio Palabrotas. Se trataba, pues, de vencer ó morir, de permanecer nulo y estacionario como hasta entonces

ó de empezar á disfrutar la partícula de soberanía que á los delegados del pueblo concede el régimen representativo.

Cuando mas engolfado estaba en su cómputo, entró un criado á decirle en voz baja, como hombre que comprende la gravedad de las circunstancias, que el señor de la Ventosa su asociado, y otros dos caballeros deseaban hablarle

—¡Qué hacen, que no entran! esclamó el candidato, levantándose apresurado y saliendo á recibirlos hasta la puerta. ¡Ah! es mi buen Acates, con mi querido Pantoja y el señor Juan Pelma, mis tres favorecedores en el colegio electoral. Señores, ¿acaso vds. tienen que esperar aquí? Yo crei que tenian vds. esta casa por suya.

—¡Excelente hombre! esclamó Ventosa, ¡siempre el mismo! Venimos á deciros, señor don Abundio, que hoy es el dia de nuestro triunfo. Acabamos de ver a todos los amigos, hemos respondido de vuestras intenciones y contando con ellos, conforme nos lo han asegurado, nuestras probabilidades son escelentes.

—Bien pueden vds. salir garantes de mi conducta, porque no solo las necesidades del pais, sino las de vds. en particular me son bien conocidas. Mis principios políticos, mi independencia de carácter son bien notorios: nunca he tenido mas regla de conducta que el bien de mi patria: á promover su prosperidad me gloriaré de contribuir con mis esfuerzos, y de esta hecha tendrá el pais las leyes que le faltan para que sea feliz.

—¡Esa es la derecha! contestó el tio Juan Pelma, y

no dar lugar á que el pueblo decrete en las barricadas y á tiros por las calles, lo que los diputados se han dejado por decretar.

—Pues en esa confianza, continuó Pantoja, y en la de que se han de aliviar los tributos que agovian al pueblo, se han decidido por nosotros los mas remisos, y hasta de los ministeriales votarán algunos á nuestro favor.

—Y sereis elegido, esclamó Ventosa, por una imponente mayoria.

—A vds., señores, á vds., deberé tan honorífica distincion, decia don Abundio, dando apretones de manos á sus amigos, y mas les hubiera dicho á no entrar en aquel momento su esposa, acompañada de Alfonsita, su hija única y heredera de la casa.

—¡Felicísimos dias, señorita! esclamó el señor Ventosa ¿No veis que linda es mi ahijada? dijo á los que habian venido con él, y luego dirigiéndose á la madre, continuó: ¡Ya podia pasar por hermana vuestra, tan alta y tan hermosa como está!

—¡Qué adulador! contestó la esposa de don Abundio, con afectado desden.

—¿Supongo, dijo Ventosa, que no se echará en olvido que mañana comemos todos juntos en casa? Allí estará mi sobrinito, que ya está casi para concluir su carrera y necesita echarse á volar por esos mundos. Vos le ayudareis, señor diputado. A él no le disgustan las plazas de oficial de secretaria, y la solicitud que para esto ó para otra cosa se presente, seria preciso activarla.

—¡Oh! esclamó don Abundio, no la dejaré de la mano, y luego trataremos de eso mas despacio, porque si mañana hemos de comer en vuestra casa, anuncio á vds. que hoy se quedan á comer aquí.

En esto entraron algunos electores y las señoras tuvieron que retirarse.

—Allí estará su sobrino Enrique ¿lo has oido, hija mia?

—Si, mamá, contestó Alfonsita, bajando los ojos.

Esta circunstancia y el rubor de su rostro revelaban todo un secreto de familia. Hacia ya mucho tiempo que los dos asociados, Palabrotas y Ventosa, habian concebido el proyecto de estrechar sus relaciones comerciales por medio de un vínculo de familia: habian mediado contestaciones por una y otra parte, y aunque nada habian dicho á los muchachos, ellos ya se lo sospechaban.

A las cuatro de la tarde el señor de la Ventosa entró dando brincos en la sala en que estaba reunida la familia de don Abundio.

—¡Victoria! ¡victoria! gritaba todo sofocado, hemos ganado la votacion por ciento y tantos votos de mayoria.

Por un buen rato no hubo allí mas que felicitaciones, abrazos y transportes de alegría, hasta que Ventosa partió para dar una vuelta por su casa antes de ponerse á comer y de paso arreglar un poco su trage, todo desordenado en la pugna electoral, pero cuando volvió con su sobrino Enrique, el señor don Abundio ya no estaba en casa. Mientras se reunian los convi-

dados, habia traido un portero un pliego del ministerio en el que se invitaba á don Abundio á pasar inmediatamente á verse con el subsecretario, y don Abundio á quien su nueva posicion creaba nuevos deberes, habia creido que no podia escusarse de esta visita.

—¿Pero qué cosa tan urgente contenia ese pliego? ¿No sabeis de qué ministerio era? preguntaba el señor de la Ventosa á la muger de su consocio.

—¡Ay! Dios mio, contestó ella, ya no me acuerdo bien..... deje vd., hácia lo último del escrito decia así, poco mas ó menos.

«Se sabe que teneis escritos y aun pensais publicar algunos trabajos importantes sobre aranceles y otros ramos de administracion. Todo lo que puede contribuir á mejorarlos interesa sobre manera al gobierno, y tratándose ahora de una reforma general, se ha creido oportuno conocer vuestra opinion. Por lo tanto os espero está misma noche para hablar sobre el particular, sin admitir escusa ninguna, porque este es asunto de servicio nacional.»

—Y mi amigo ha aceptado esta invitacion.

—Claro está que sí. Como él mismo ha dicho, ya se debe todo entero á sus comitentes.

Ventosa no replicó mas palabra; pero lo cierto es que la comida no tuvo la animacion que era de esperar despues de la victoria de aquel dia. Al siguiente, el señor don Abundio Palabrotas se encerró solito en un gabinete, cuya puerta fué condenada para todo el mundo. A cuantos venian á visitarle, se les respondia que

el señor diputado no podia interrumpir en aquel momento sus graves ocupaciones, las que no eran en resumidas cuentas mas que los trabajos que pensaba presentar en el ministerio.

La víspera, el subsecretario de estado habia dicho al nuevo electo, despues de hecha la indicacion de sus ideas:

—Señor don Abundio, mas de cuatro podrian envanecerse con su proyecto de vd., y muchas veces hemos pedido la cruz de Isabel la Católica para personas que no habian hecho otro tanto por el bien del pais.

A cosa del medio dia llegaron á un mismo tiempo á casa de don Abundio, su amigo Ventosa y un portero con un pliego. El criado se adelantó á entregar el papel, y al tiempo de salir le gritó su amo. —Esteban, que no estoy en casa para nadie; para nadie absolutamente, ¿lo entiendes?—Estas palabras que llegaron á oidos de Ventosa, le causaron tal enfado, que volviendo las espaldas, bajó los escalones uno á uno y se plantó en la calle á disipar su mal humor.

Entretanto, don Abundio pasó al gabinete de su señora, con la esquela abierta en la mano y se entabló el siguiente diálogo conyugal.

—Amiga mia, esclamó don Abundio, rebosando de gozo, es preciso que prepare sel mejor trage que tengas, porque asistimos esta noche al concierto de palacio.

—¿Esta noche?

—Esta misma noche sin falta.

—¿Pero hombre, no sabes que estamos convidados en casa de Ventosa y que le hemos dado palabra?

—Y eso qué importa? Cuántas veces te tengo de decir que ya no pertenezco á mis amigos, sino á mis comitentes. Con Ventosa, á cualquiera hora está cumplido y yo como hombre de estado debo cuidar de los asuntos del pais antes que de los mios. Esta noche durante el concierto, parece que el señor ministro tendrá ocasion de hablarme de mis proyectos, con que mira tú para que yo deje de concurrir!

—¿Y Alfonsita ha de ir con nosotros?

—¡Vaya una pregunta! La primerita que ha de ir. ¿No sabes tú que la esposa del subsecretario quiere llevarla un dia á su palco en la ópera? parece ser que ya ha visto en otra ocasion á nuestra hija, y que le ha gustado mas de lo que tú puedes imaginar. «Si yo fuera hombre, me dijo, no quisiera tener otra muger por esposa.» Hablando así dirigió su mirada á su primo el baroncito del Arenal, que parece es ya secretario de embajada.

Esta circunstancia dió bastante en que entender á la pareja conyugal, que se detuvo un momento á calcular las esperanzas que podria fundar en aquella mirada, y al fin se decidió por unanimidad de votos de los dos esposos, que el título de baronesita del Arenal, sentará mejor á su hija que el prosáico apellido de la Ventosa.

Se hizo comparecer inmediatamente á la señorita Alfonsa, y con la noticia del concierto se le dió la órden de dedicar todo su tiempo y esmero á preparar los trages de etiqueta. El primer movimiento de la jóven fué el de una estraordinaria alegría; mas una idea cruzó rápidamente por su imaginacion.

—Pero y el convite de....

—Hija mia, interrumpió su padre, hay que atenerse á las circunstancias. Ya soy diputado y me debo todo entero al pais. Este es un convite diplomático en el que me avistaré con el ministro y aun tal vez hallaré ocasion de presentaros á su magestad.

—¡A su magestad! esclamaron las dos mugeres, admiradas.

—Sí, sí: á estas funciones es á las que hay que asistir. Allí se adquieren relaciones con los sugetos de la mayor distincion: sugetos entre quienes pienso escoger el marido de mi hija.

Alfonsita se puso colorada; pero en aquel momento ya no se acordaba de Enrique.

El señor de Pantoja que vivia en el piso superior y que estaba tambien convidado en casa de Ventosa, bajó á ver si la familia de don Abundio estaba dispuesta para salir. Como porfiase por entrar, el diputado esclamó:

—Esto es una tiranía! Porque ha tenido uno la condescendencia de permitir que le ayuden en las elecciones, ya creen estas gentes que todo les está permitido y ni aun puede uno estar libre en su casa. Que le digan que se marche solo, porque nosotros no vamos. Y vosotras, daos prisa, porque desde ahora en adelante quiero hacer ver que la puntualidad debe ser una de las principales virtudes del diputado.

Pantoja marchó estupefacto á dar esta noticia á Ventosa que al oir á su amigo, contestó: «Eso no puede ser;» pero en aquel mismo instante le entregaron

una esquela en que don Abundio se escusaba en tres líneas, diciendo que tenia que ver al ministro.

—Toma, lee, esclamó Ventosa, entregando la esquela á su sobrino.

—Es inútil, contestó este. No necesito leerla para saber que esa esquela viene á decir: CON LAS GLORIAS SE OLVIDAN LAS MEMORIAS.

LA MANZANA PODRIDA

PIERDE A SU COMPAÑIA.

Con dificultad se hubiera encontrado, en el año de gracia de 1584, desde las colinas de los Algarbes hasta las llanuras de Oporto, un caballero mas satisfecho de sí mismo y mas contento con su suerte que el señor don Bartolomé Enrique Gamboa, licenciado de la universidad de Coimbra.

Este insigne personage habia llegado la víspera á la corte de Portugal y ya se paseaba por las orillas del Tajo con el aire de tono de un sugeto habituado á los placeres de una gran ciudad. Como hubiera espresado en voz alta las palabras que interiormente proferia, se hubiera escuchado este particular razonamiento.

—Estoy seguro de que si la vireina me viese pasar, me tendria por un infante de España al ver mi talle y mi garbo. Mi padre, escelente señor, á fé mia! me presenta un buen caballo, me pone en la mano veinte escudos de oro y una carta de recomendacion para su señoría el marques de Belcazer, uno de los hombres de mas influjo con el ilustre Vasconcelos, y por último me dice.—Hijo, ya es tiempo de que *saques los pies de las alforjas* y empieces á ver el mundo. Yo he hecho

por tí cuanto he podido y por último, provisto de todo lo necesario ya te pongo en buen camino, con que así, *fortuna te dé Dios, hijo.*» Llego á Lisboa, y me apeo en la fonda de los *tres magos*, donde al momento, y sin mas que por mi buena presencia, se hace amigo mio el señor don César Mandurio, marqués de Torreal; me convida á comer, y despues de haber brindado de lo lindo; me lleva de sobremesa á casa de la señora Dorotea de Santa Cruz. Encuentro en casa de esta amable señora á las personas que mas pueden protegerme en la córte; soy admitido en una partida de juego y gano cien escudos de oro, y hasta se me figura que la señora Dorotea no es insensible á mis gracias, si he de juzgar por las miradas que me ha dirigido. He tenido el honor de prestar mi caballo al noble marqués, para dar un paseo hasta los jardines del inquisidor mayor, á quien ha prometido presentarme. Le estoy esperando para ir á comer á la mejor fonda de Lisboa: estoy vestido como un príncipe y esta noche volveré á ver á la señora Dorotea de Santa Cruz.

Aquí llegaba el señor Gamboa con su curioso soliloquio, cuando sintió unos golpecitos que familiarmente le daban en la espalda.

—¡Cómo! ¿Sois vos ya, señor don César? esclamó Gamboa.

—El mismo que viste y calza, gracias á vuestro caballo mas ligero que una golondrina. Cuando trateis de venderle, os daré cuanto querais por él. ¿Me seria permitido preguntar al señor don Bartolomé, qué pensamientos le ocupában en este instante?

—A la verdad, que algo pensativo estaba.

—Apostaria yo mi espada contra un par de reis á que es la señora Dorotea de Santa Cruz el blanco de vuestros pensamientos?

—No puedo menos de confesarlo: sus bellos ojos me persiguen sin cesar.

—Pues, amiguito, la fortuna sin duda os proteje, porque vengo autorizado por esa señora para convidaros á una comida de campo á la que asiste toda su tertulia. Con que si quereis seguirme, la encontraremos en un jardinillo á cien pasos de aquí.

—¿Que si quiero seguiros, señor don Cesar? ¿Pues no sabeis que por ver á la señora Dorotea era capaz de seguiros hasta el cabo de Buena-Esperanza?

Cinco minutos despues, los dos amigos penetraron en un bosquecillo umbroso, donde tres damas y cinco caballeros conversaban resguardados del calor del dia.

—Mi amigo el conde de Gamboa, dijo don Cesar inclinándose.

Al escuchar el título de conde, no pudo don Bartolomé disimular su satisfacion, y una mirada seductora de la heroina de la fiesta acabó de hacerle perder la cabeza. Tomaron asiento en la yerba y se sirvió una comida esquisita sazonada con los mejores vinos de España y de Italia, que estaban puestos á enfriar entre nieve. Al llenarse las copas, sintió alguna vez don Bartolomé el contacto de la mano de la señora Dorotea.

Ya hácia el fin de la comida, esclamó uno de los circunstantes:—Me ocurre una idea y es que debiamos confiar la trama que tenemos urdida, al señor conde

Gamboa. Me parece que es sugeto capaz de comprender cuando se trata de una chanza.

—¿Pero querrá tomar parte en ella? dijo la señora Dorotea lanzando al jóven una mirada irresistible.

—¿Rehusar el hallarme en vuestra compañia? ¿Con que derecho, señora, me insultais asi?

—Hé aquí de lo que se trata, continuó otro de los convidados, un amigo nuestro, el marques de Belcazer....

—¿No le conoceis? interrumpió bruscamente don Bartolomé, me parece que me habeis hablado de una carta para él.

—Justamente, aqui la tengo, contestó Gamboa.

—El marques de Belcazer, continuó el primer interlocutor, ha hecho una apuesta de que nunca ha de ser sorprendido por los ladrones que segun dice, pululan en las inmediaciones de Lisboa y mil escudos de oro son el importe de esta apuesta. Hoy mismo debe venir á su casa de campo, la que está tan cerca de Lisboa que el conde no habrá tomado la precaucion de traer gente armada que le acompañe. Vamos á emboscarnos detrás de los árboles y al anochecer cuando salga de sus jardines para pasearse en barco en las aguas del Tajo caemos de improviso sobre el...,

—Se le ata un pañuelo delante de los ojos, continuó don Cesar.

—Le subimos á mi coche, dijo la señora Dorotea, partimos á galope y en breve rato llegamos á casa.....

—Donde el marques de Belcazer se hallará á la me-

sa con sus amigos, pero sin espada, sin reloj, sin sortijas, esclamó el primer narrador. ¿No os parece el mejor medio de hacerle perder su apuesta?

—¡Que duda tiene, esclamó Gamboa, será un chasco graciosísimo!

—Hay una pequeña dificultad, continuó la señora Dorotea de Santa Cruz: todo está bien previsto y estamos seguros de apoderarnos del marques de Belcazer, si logramos penetrar en sus jardines; ¿pero como nos hemos de introducir?

—¿Os olvidais de mi carta? esclamó alegremente don Bartolomé, este es un talisman que nos franqueará todas las puertas. Partamos al instante.

Vamos allá, repitió toda la compañia.

A vista de la carta de recomendacion y de las armas del padre de don Bartolomé, que llevaba impresas en el lacre del sello, no les pusieron obstaculo en la primera puerta de la posesion. Se internaron por los bosquecillos y al llegar al parage en que estaba amarrada la barca del marques, esclamó don Cesar:—Este es el sitio, ocultémonos detrás de los matorrales y estemos al cuidado.

Las mugeres se pusieron una careta para no ser conocidas, los hombres se hundieron el sombrero hasta los ojos y todos se agazaparon entre las matas. A don Bartolomé le tocó estar juntito á la señora Dorotea, cuando ya venia el crepúsculo con sus sombras misteroisas. A este tiempo sintieron ruido de pasos en la arena de una calle de árboles.

—El es, dijo doña Dorotea. Vamos á ver, señor de

Gamboa, que tal representais vuestro papel. ¿Os atreveriais á salir el primero á detenerle?

—Detendré al rey en persona, si vos lo mandais.

Un suspiro fué la única contestacion y como el marques de Belcazer ya llegaba, don Bartolomé se lanzó sobre él, gritándole.—«Señor marques, rendios.»

El marques no llevaba consigo mas que cuatro lacayos desarmados: quiso tirar de la espada; pero don Cesar le desarmó, mientras que sus amigos se apoderaban de los lacayos, escepto uno que logró escaparse á favor de la obscuridad.

—Vamos pronto, esclamó don Cesar en voz baja, ese tuno que se ha escapado vá á traer sobre nosotros toda la gente de la quinta. En un abrir y cerrar de ojos despojaron al marques y atado de pies y manos le metieron en la barca. Todos los de la compañia se iban embarcando, cuando la señora Dorotea dijo:—Me parece que veo brillar una luz hacia la quinta. Don Bartolomé id en un momento á ver lo que es.

Gamboa se adelantó en la direccion que le indicaba el dedo de la señora; pero nada pudo distinguir. Cuando volvió á la orilla, todo habia desaparecido, barca, cautivos, caballeros y doña Dorotea. Mientras que miraba atonito por todas partes, sintió un gran rumor en el jardin y vio venir á los criados con luces encendidas y espada en mano. Viéndose solo tuvo miedo y por entre los plantios pudo llegar á la cerca del jardin que escaló á favor de las espalderas.

Cuando llegó á su posada le dijeron que no habia vuelto á la cuadra el caballo que habia prestado al

marqués de Torreal. Esta circunstancia y la desaparicion de sus amigos de nuevo cuño, no dejó de inquietar á don Bartolomé, pero lo que acabó de desengañarle fué el echar de menos el bolsillo con los escudos de oro que habia ganado la noche anterior en casa de la señora Dorotea de Santa Cruz, Pasó mucho tiempo batallando con ideas tan contradictorias como siniestras, cuando hé aquí que se presenta un criado y le dice:

—Señor, he aquí una carta que un desconocido ha entregado para vd.

Don Bartolomé abrió la carta y leyó lo que sigue;

«Os doy las gracias, señor *conde*, por el ausilio que con tanta amabilidad nos habeis prestado. Sin vos, es bien seguro que no hubiéramos podido atrapar á ese marqués de Belcazer, que acaba de aflojar buenos cuartos por su rescate. La señora Dorotea, alias, *Safira la gitana* os envia sus mas finas espresiones y yo deseo se me presente otra ocasion de trabar amistad con vos, que aprenderíais en mi compañía lo que no se aprende en la universidad de Coimbra.»

Cristóval Galera ex-marqués de Torreal.

Don Bartolomé dió un salto de la silla, al leer esta firma.

—¡Cristóval Galera! esclamó ¡el famoso capitan de ladrones!

—El mismo, dijo un alguacil que abrió bruscamente la puerta y vengo á prenderos como á su cómplice.

—A mí!

—Si señor, á vos. El portero del marqués de Belcazer nos ha dado las señas mas esactas de vuestra persona; con que así en nombre de la ley tened á bien seguirnos.

—¡Dios mio! qué es lo que á mí me sucede! esclamó Gamboa.

—Nada; una cosa bien sencilla, contestó el alguacil.—*Que el que con lobos anda á ahullar se enseña*, ó si lo quereis mas claro, que: LA MANZANA PODRIDA PIERDE Á SU COMPAÑIA.

QUIEN MUCHO ABARCA

POCO APRIETA.

Uno de los vicios introducidos en nuestro sistema de educacion, es la manía de abrazar á la vez tantos y tan variados conocimientos: decimos vicio, porque si á primera vista, parece que no conviene esta calificacion al deseo de estender la esfera del humano saber; lo es cuando este deseo se reduce al empeño de adquirir los elementos de todas las ciencias sin detenerse en ninguna. Contra esta educacion enciclopédica, contra esta imitacion estrangera séanos permitido declamar, por los perjuicios que ocasiona á la juventud: ella es la causa de esa superficialidad engañadera, de esa erudicion pedantesca que ostentan despues muchos jóvenes á quienes, si se profundizase en el punto de que se llega á tratar, apenas se hallaria uno por ciento que supiese mas que las generalidades que aprendió en los manuales y diccionarios á la moda. Causa maravilla ver jóvenes que se dedican á estudiar à la vez las matemáticas, el idioma francés, la geografía, la taquigrafía, el dibujo y qué sé yo cuantas cosas mas, obteniendo al fin del curso el mismo resultado, segun dicen, que los que sudan y

Sobre gustos no hay nada escrito.

se afanan por instruirse á fondo en una sola materia. Si es cierto, como yo creo, lo que asegura el refran que sirve de encabezamiento á este artículo? ¿cómo podrá fijarse útilmente en una sola materia, la inteligencia que tiene que atender á tantas? No puede negarse la existencia de genios singulares, ni desconocer tampoco que hay talentos estraordinarios, capaces de seguir á la vez y con fruto el curso simultáneo de diferentes estudios; pero estos casos, en el mismo hecho de ser estraordinarios, parece que escluyen la posibilidad de igual ventaja en los que no disfruten esta preeminencia.

Mas fatales todavía son las consecuencias de este vicio sistemático de la educacion, cuando se trata de la de aquella parte tan preciosa del género humano: el bello sexo, tan descuidado hasta nuestros dias. ¿De que servirán en el dia del infortunio todas esas monadas costosas que se hace aprender á las mugeres y que debieran destinarse para ocupacion de personas de alto rango? Ocupaciones son estas que inspiran poco á poco sumo disgusto de las faenas domésticas, juzgándolas propias de una clase inferior y asalariada: ocupaciones á que se dedican tan solo las personas incapaces de emprender con teson un estudio sério y de pensar siempre en una misma cosa.

Esto es precisamente lo que sucedia á la jovencita Luisa, tan inconstante en sus inclinaciones como en sus estudios. Nunca habia querido ella acabar de persuadirse, de que es indispensable concentrar la educacion sobre algun objeto de preferencia y de lo

útil que es asegurarse el porvenir, y el aprecio de las personas, sobresaliendo todo lo posible en un ramo especial, capaz de crear una posicion independiente á despecho de los reveses de fortuna. No sucedia esto ciertamente por culpa de su mamá, pobre viuda, que harto conocia que sus recursos pudieran faltar algun dia; pero el ciego cariño que tenia á su hija anulaba odas las determinaciones que pudieran molestarla. Ademas, Luisa justificaba bajo otros conceptos el cariño de su madre y una caricia suya bastaba para consolar á la buena mamá por triste y pensativa que estuviese.

Luisa nada tenia de perezosa ni de holgazana; trabajaba bien y empleaba perfectamente su tiempo; pero la mala direccion que antes hemos vituperado, el escesivo sentimiento de vanidad de la niña y un amor propio mal entendido la inclinaban irresistiblemente á pasar de un estudio á otro. Todo cuanto veia ejecutar á sus compañeras de colegio, otro tanto queria ella imitar. Tan pronto se dedicaba á la música con ardor estraordinario y sin embargo llegaban á fastidiarla los ejercicios de vocalizacion: tan pronto se dedicaba con afan á la escritura y sin embargo presentaba á lo mejor á el maestro el diseño de alguna flor, algun pájaro ó paisage que se habia entretenido en delinear. Queria asistir á todas las clases á la vez, mientras le duraba el sentimiento de emulacion á que era debido este designio. Aprendia francés, italiano; se ocupaba de historia y geografía; aspiraba al mérito de la composicion en prosa y verso y volvia luego con

ardor á las artes; pero esta aparente resolucion no era mas que un efecto del entusiasmo de algunas horas.

Celebraban todos la variedad de los conocimientos de Luisa y admiraban la rapidez con que vencia las dificultades del estudio; pero lo cierto es que ella se disgustaba en el momento crítico en que pudiera sacar fruto de sus estudios, siguiéndolos con teson, y mas cierto todavia, que nuestra joven pasó todo el tiempo que estuvo en el colegio y salió de él, sin un pensamiento dominante que fuese como el centro á que se dirigiesen sus estudios y los esfuerzos de su actividad y su inteligencia.

Pocos años bastaron para transformar en un estado, próximo á la indigencia, la situacion decente en que se habia mantenido su mamá. Luisa lo fué conociendo poco á poco, porque ya se hallaba en la edad en que se empieza á distinguir el triste y positivo aspecto bajo el que se nos presenta la vida. A poco de salir del colegio, ya echó de ver que su casa no era tan frecuentada por las visitas, que poco á poco se iba quedando sin sus amigas y que las diversiones y los bailes se acababan para ella. Llegaban sus dias y los de su mamá y ni aun una simple targeta recibian, como un recuerdo de los antiguos favorecedores de su casa. Los libros, los cuadernos de música, ya habian desaparecido, el piano y otros muebles que no eran de absoluta necesidad se habian vendido para pagar al casero, que amenazaba con dar una vergonzosa publicidad á la penuria de las dos señoras. Luisa aguantaba sin quejarse el no tener mas gala que un sencillo

vestido de percal, al ver que el pañuelo con que su madre salia á la calle estaba todo zurcido y desgastado. Cuando su madre despues de inútiles diligencias volvia á casa sin haber conseguido el dinero que creyó obtener, entonces el desconsuelo era mayor y Luisa comprendia que nuevas privaciones les esperaban.

Ya se deja conocer cuanto padecerian las dos mugeres, y sin embargo, aun les faltaban y tuvieron que sufrir las importunidades y humillaciones de los acreedores. Luisa conoció y su madre no pudo menos de indicárselo, que otras jovenes como ella encontraban en el trabajo un decoroso medio de subsistencia. La dificultad no estaba en ponerse á trabajar, sino en saber que ocupacion se habia de elegir, porque con un profundo sentimiento debemos decir que todos los pasmosos conocimientos de Luisa no servian para nada de provecho. ¿Si al menos la quedase el recurso de dar lecciones?... No habia que pensar en semejante cosa: sabia muy poco de música, de baile y de dibujo para ponerse á dar lecciones, y en cuanto á los idiomas, bien averiguado. solo poseia los rudimentos. Ni aun le quedaba recurso, de entrar de oficiala de bordadora ó de modista, porque todas las chucherias que habia aprendido en el colegio no bastaban para que se pudiese dedicar á estos oficios sin pasar algun tiempo en el aprendizage. Hé aqui como Luisa que habia recibido eso que en el gran mundo se llama una brillante educacion, se hallaba á vista de la necesidad peor que la hija de un simple artesano, á la que por lo menos han enseñado un oficio desde su infancia.

Agravaba el sentimiento de Luisa el considerar que la adquisicion de sus inútiles habilidades habia sido á espensas de los verdaderos conocimientos que una muger debe poseer, y que mientras á otras jóvenes no les hacian cargos porque no supiesen bordar en papel, ni pintar á la aguada, á ella no la perdonaban el que no supiese cortar y coser una camisa á la española. Ni podia ni se resignaba á ejercer una profesion mecánica, á pesar de que la necesidad obligaba á adoptarla, y cuando al fin se decidió á la cosa que mas cuesta arriba se hace á las hijas de Madrid, cual es el ponerse á servir, su madre cayó enferma y no pudo abandonarla, ni separarse del lecho á donde la habian conducido las pesadumbres y las privaciones.

Solo faltaba esta triste circunstancia para apurar el sufrimiento de las dos infelices mugeres. Estaban agotados todos los recursos, estaban vencidos algunos meses del alquiler del cuarto, estaban ya cansadas las personas que habian proporcionado algun socorro á la madre y la hija, y ya no tenian crédito ni esperanzas en ninguna parte. Luisa conocia todo el horror de su posicion, y sin embargo tenia que ocultarse para llorar por no afligir ni empeorar á su madre: se lamentaba, cuando podia hacerlo, de la pérdida de sus primeros años, y en estos momentos de amargas reflexiones hubiera preferido un oficio util á todos sus conocimientos vanos é incompletos, á todas aquellas habilidades que rara nada sirven cuando se quiere sacar partido de ellas, aquellos adornos que si parecen muy bien en un dia de placer, son inútiles y aun enojosos

en el dia del infortunio. Agoviada con tan tristes pensamientos, concebia los mas disparatados proyectos, su imaginacion se acaloraba, y en la exaltacion de su espíritu llegó á ejecutar una cosa cuya posibilidad, ni aun la hubiera comprendido en los primeros años de su próspera existencia.

Despues de haber pasado un dia en que no se encendió lumbre en la casa, en que no hubo pan que llevar á la boca, en que su madre careció hasta de las medicinas mas simples para su dolencia, Luisa, así que anocheció, se puso la mantilla y acalorada y llorosa bajó furtivamente las escaleras de su casa.

Un cuarto de hora despues, arrimada á la pared de la iglesia del Cármen Calzado de esta córte, habia una jovencita, de pié derecho y caido el velo de la mantilla, que con voz trémula pedia una limosna por Dios á los que pasaban.

Por dinero baila el perro y por pan si se lo dan.

NO HAY ROSA SIN ESPINAS.

Egloga moderna.

La escena representa un paisage ameno. —Un pastor y una pastora.

Colás. Pssst! Pss!

Rosa. ¿Quién me llama?

Colás. [illegible]! ¿ya no me conoces?

Rosa. ¿Eres tú Colás?

Colás El mismito. ¡Apenas dora el sol las puntas de los cerros y ya la bella Rosita sale de su cabaña! ¿Qué motivo tan urgente hay para eso?

Rosa. Y tú, Colás, ¿cómo es que andas tan de madrugada por los campos?

Colás. ¡Ah! Rosita, si supieras lo que me pasa!... Hace ya mucho tiempo que no puedo pegar los ojos; ni hago maldito el caso de las ovejas, ni tengo ganas de comer..... estoy muy malo.

Rosa. Ve á casa del albeitar.

Colás. Bah! ¿Acaso me sabria curar?

Rosa. Pues qué mal es ese tan terrible!

Colás. Hay un rapaz, Rosita, un muchacho maligno que se complace en atormentar á los pobres pastores. Ronda sin cesar al rededor de sus cabañas y en cuanto ve un jóven, robusto y agraciado, saca una

flecha envenenada y...., zas, la dispara contra él. Al instante el infeliz no come, no duerme, se queda amarillo como la cera y seco como una espátula, y anda perdido por esos campos, sufriendo ese mal terrible que hace padecer mas que todos los males juntos.

ROSA. ¿Y cómo se llama?

COLÁS. El amor.

ROSA. ¡Vaya! tú tienes gana de fiesta. ¿El amor dar qué sentir? eso es imposible. Si precisamente el amor es un consuelo, un bálsamo, un perfume, lo mas hermoso y mas saludable que hay en la tierra. Con el amor se tiene sueños deliciosos, y ese niño á quien tú llamas maligno, en lugar de tirarnos flechas emponzoñadas, nos enlaza con cadenas de flores, revoloteando al rededor de nosotros refresca nuestro rostro con sus alas perfumadas y hace que una música deliciosa resuene en nuestros oidos. Mira tú si estoy yo bien enterada de lo que es el amor.

COLÁS. ¿Y quién te ha dicho todo eso?

ROSA. Gregorito.

COLÁS. Ah picaruelo, ya me lo figuraba yo!

ROSA. ¿Qué dices?

COLÁS. Que haces muy mal en hablar con Gregorio.

ROSA. ¿Porque?

COLÁS. Porque es un embustero que no piensa mas que en engañar á las muchachas.

ROSA. Bah! no lo creo.

COLÁS. Es lo mismito que te lo digo.

ROSA. ¿De veras?

COLÁS. Mira, dejemos esta conversacion. Vente

allí á la sombra, y sentados en la yerba, yo te esplicaré lo que es el amor.

ROSA. ¡Si ya me lo has dicho! Tu amor es una cosa que no deja comer ni dormir, que le deja á uno en los huesos y hace que las gentes anden todo el dia de Dios por los campos. A mí no me gusta ese amor: me gusta mas el amor de Gregorio.

COLÁS. Por favor, sígueme al bosque y tendré un momento de alivio.

ROSA. ¿Lo crees tú asi?

COLÁS. Estoy seguro de ello.

ROSA. Vaya, ¿porque no te he de hacer este corto favor? ademas que estoy un poco cansada. Sentémonos en la yerba. Vamos, ¿estas ya mejor?

COLÁS. Muchísimo mejor.

ROSA. ¿Se te pasa el amor?

COLÁS. Al contrario, ahora me ataca con mas fuerza.

ROSA. No te entiendo. ¿El amor es un mal, y cuando se aumenta es cuando estás mejor?

COLÁS. Cabalmente.

ROSA. De todos modos me alegro por tí.

COLÁS. ¡Rosita de mi vida!

ROSA. ¡Colás!

COLÁS. Tienes unos ojos hermosisimos.

ROSA. Así me decia Gregorito ayer.

COLÁS. Tu boca es divina.

ROSA. Martin me lo dirá esta noche.

COLÁS. Tus megillas reunen la púrpura de la rosa con la blancura de la leche.

ROSA. ¡Silencio!

COLÁS. ¿Qué sucede?

ROSA. ¿No oyes ruido detras de las matas?

COLÁS. Sin duda alguna pastora te ha visto y se marcha llena de envidia, tronchando las ramas.

ROSA. Es posible.

COLÁS. Tengo muchísimos corderos que apenas despuntan la yerba del prado.

ROSA. ¡Hola! ¡hola!

COLÁS. Tengo en el establo cuatro vacas, blancas como la nieve.

ROSA. ¡Tambien eso!

COLÁS. Mi tio Leandro tiene impuesto á mi favor, dinero en la caja de ahorros.

ROSA. ¿Y adónde vas á parar con toda esa retahila?

COLÁS. A que todo eso será tuyo, si quieres casarte conmigo.

ROSA. ¡Oh! eso de ningun modo...

COLÁS. Míralo bien, Rosita. Ni Gregorio, ni Martin te amarán tanto como yo. ¿Hay en toda la aldea un pastor que pueda compararse conmigo? ¿Quién me disputa el tiro de barra, ni sabe derribar los bolos con mas tino y fuerza que yo? Y bien lo sabes tú, todas las mozas se perecen por bailar conmigo los domingos en la plaza. Vaya, ¿quieres casarte conmigo?..... dilo de una vez.

ROSA. Entiéndete con mi madre.

COLÁS. (*Cogiéndola una mano.*) ¡Ah! ¡querida Rosa.

ROSA. Y bien, ¿qué significa esto?

COLÁS. (*Queriendo echarla el brazo à la cintura.*) ¡Que deliro por tí!

ROSA. Las manos quietas.

COLÁS. ¿Rechazas á tu marido?

ROSA. Todavía no lo eres.

COLÁS. Deja que te de un beso.

ROSA. (*Rechazándole.*) Siento ruido.

COLÁS. No te vale esa disculpa.

ROSA. (*Desprendiéndose de él*). Pastor; ¿qué es lo que haces?

COLAS. Darte un beso, querida Rosa.

ROSA. (*Dándole una solemne bofetada*) ¡Toma!....

NO HAY ROSA SIN ESPINAS.

El pastor se queda con el carrillo hinchado y la pastora se escapa ligeramente por entre los árboles.

MAS VALE SER CABEZA DE RATON

QUE COLA DE LEON.

En la aldea de Tchang-Yo, situada á corta distancia de la puerta oriental de Ping-Kiang en la China, vivía un sugeto cuyo nombre de familia era Hou y el apellido Kong. Descendia por línea recta de labradores; pero él tenia una aficion decidida á la literatura y habia compuesto versos de siete sílabas, que hubieran figurado con honor en los trozos escogidos de los autores clásicos de la China. Los vestidos de Hou eran sencillos, la comida frugal y el bien estar y la alegria reinaban siempre en su domicilio: todavía le quedaban algunos ahorros á pesar de lo escaso de sus recursos, y tenian motivos para estarle agradecidos todos los indigentes del pueblo.

Tenia por vecino un arrendatario no de los mas ricos, y que se distinguia únicamente por su grande amor á la horticultura. En su vasto jardin rodeado de un enverjado de bambús, florecian la altea, la balsamina, la peonia, el amaranto, el calichanto, la dahlia, la nicaragua, el heliotropo y otras plantas no menos curiosas. Hacia mucho tiempo que este buen hombre, llamado en el pais el entusiasta por las flores, (*Hoa-Tchy*) tenia unos vivos deseos de oir recitar algunos versos á

su vecino Hou-Kong. Por consiguiente un dia en que la ocasion le pareció favorable, el Hoa-Tchy se puso sus vestidos del dia de fiesta y fué á llamar á la puerta de su vecino.

Hallábase este sentado á la sombra de sus árboles y entretenido en cantar y en beber vino de Niao-Tching en una taza de oro, regalo del virey de la provincia. Cerca de sí tenia una mesa con un tiesto de porcelana blanca en el que descollaba una rama de peral, cubierta de hermosas flores jaspeadas. Al ver á su vecino abrió sus ojos cargados con el vino y le dijo con abandono: «Estoy borracho, quiero dormir, con que así dejadme en paz.»

No se desanimó el arrendatario por esta respuesta tan poco favorable y le contestó:

—El entusiasta por las flores, sabe muy bien que igual fué la respuesta del Nenuphar Azul (el poeta Ly-Pe) cuando el comediante Kouei-Nien fué á buscarle de parte del emperador; pero Hou-Kong, que es á la vez un hombre muy político y un poeta distinguido, no querrá desairar la humilde peticion de su mas indigno servidor.

Al oir estas palabras, conoció Hou-Kong que estaba hablando con un aficionado á la poesía y levantándose al instante, le saludó con un espresivo tchin-tchin.

—Creo, le dijo en seguida, que os he visto cultivando algunas flores en un jardin cerrado con bambús.

—Verdad es, respondió Hoa-Tchy, que tengo en un miserable rinconcillo de tierra algunas pobres

plantas que no merecen fijar las miradas de su señoria, y sin embargo es tal la idea que tengo de su bondad, que le creo capaz de venir á pasar una hora ó dos en compañía de algunos amigos que de rato en rato beben y componen versos, escuchando como cantan los ruiseñores en aquel silencioso retiro.

—No hay cosa que tanto me agrade como un convite de esta especie, replicó Hou-Kong, ¿pero qué dia, si gustais decírmelo, permitireis á vuestro servidor el que asista á esta fiesta de la amistad?

—Será, salvo el parecer del ilustre poeta, el decimotercio dia de la luna.

—Tengo el mas vivo sentimiento, dijo Hou-Kong despues de haber reflexionado algunos instantes; pero precisamente en ese dia tengo una cita en casa de los examinadores nombrados para esta provincia. El uno de ellos, añadió pavoneándose, es su escelencia Yang-Kouei-Tchong, primer ministro y hermano de la emperatriz y el otro es el duque Kaoly-Sse, comandante de la guardia imperial. Ya podeis comprender que....

—Comprendo, replicó el entusiasta de las flores, que un señor como Hou-Kong no dejará de cumplir con tan eminentes personages por un hombre rústico y sin letras como yo. Pero esto no me impide insistir en que vayais. Nos reuniremos un poco mas antes y sereis dueño de ir á Ping-Kiang en cuanto hayais probado el vinillo de casa.

Hou-Kong ya no halló medio para rehusar sin grave impolítica un convite que interiormente despreciaba.

—Vuestro hermano acepta con transporte el honor de pasar algunos instantes en vuestra compañía, pero bajo condicion de que probeis con él ahora este insignificante licor.

Bebieron juntos muy buenas tazas de Niao-Tching y se despidieron con las mayores demostraciones de cortesia. El entusiasta por las flores volvió á su casa muy contento, y el dia doce de la luna, tuvo cuidado de renovar el convite por medio de una esquela en papel encarnado.

Hou-Kong, entretanto, tenia el mayor disgusto, y al ponerse el vestido de gala el décimo tercio dia, murmuraba de su vecino acusándole de presumido.

—¡Qué orgullo, decia él, tienen estas gentes de aldea! Hé aquí un hombre que sabe que estoy convidado por los mas grandes personages del imperio y que sin embargo porfia por llevarme á su casa para alternar sin duda con algunos necios. No seria malo, en vez de ir yo, enviarle una sátira en la que sus convidados y sus pájaros cantarines fuesen puestos en ridículo.

Y sin mas ni mas se puso á improvisar esta sátira en verso libre, de modo que iba ya limando los últimos versos, cuando llegó al jardin del entusiasta por las flores.

El golpe de vista que se le ofreció era tan delicioso como el del lago Sy-Hou. Aquel jardin, cuajado de las flores mas raras, parecia una alfombra de mil colores. Por calles de cipreses se llegaba á tres salas, cubiertas rústicamente y con muebles lisos; pero en las que reinaba una limpieza admirable. Se hubiera po-

dido barrer el suelo sin levantar un átomo de polvo.

En cuanto á las flores, á quienes Hoa-Tchy cuidaba como á otras tantas hijas queridas, se presentaban con una abundancia y riqueza estraordinarias, formando canastillos, cenadores, guirnaldas, arbustos odoríferos y praderas esmaltadas. Los pajarillos saltando con ligereza por entre las ramas de los árboles, y picando las bayas perfumadas de flores, cantaban con voz flexible y armoniosa.

Los amigos de Hoa-Tchy parecian los siete sábios de la selva de Bambús. Se hallaban sentados en semicírculo, sobre una mullida alfombra y cerca de un plantío de peonías abiertas, en el que descollaban las cinco especies mas notables de esta flor, que es la reina de los parques. A el lado de cada uno de ellos estaba colocado un plato lleno de hermosas frutas y una cantarilla de sam-tsieou preparado con el mayor esmero.

Al divisar á Hou-Kong, todos se levantaron é hicieron por dos veces delante de él una ceremoniosa reverencia, reservada solo para personages de la primera categoría. Le hicieron, á pesar de sus escusas, que ocupase el puesto de honor, marcado con almohadones de seda encarnada, y despues para manifestarle el aprecio que hacian de sus obras, cada uno de los circunstantes recitó á su vez alguna de las poesías que él habia compuesto. El poeta sonreia y se inclinaba á medida que le iban recordando las mas hermosas producciones de su juventud, y su corazon se dilataba de alegría: las flores le parecian las mas bellas que

habia visto en su vida y dignas del paraiso de Occidente. Le parecia, es verdad, que los pajarillos trinaban demasiado y turbaban el placer de los que escuchaban sus versos; pero los repetidos tragos de samtsieou hicieron que se le pasase esta pesadumbre y se abandonase enteramente á la alegría.

Despues de haberle ensalzado por todos los tonos, le suplicó su huésped que honrase á la reunion recitando algunos versecillos y Hou-Kong al cabo de muchas instancias, dió libre rienda á su númen poético. Las bellas imágenes, las escogidas espresiones se agolpaban á su imaginacion, é improvisó en un momento lo que otros muchos hubieran deseado escribir. El tiempo en tanto, pasaba mas aprisa de lo que deseaban los regocijados bebedores, y ya habia dado la hora de la cita, cuando Hou-Kong se acordó de que le esperaban el hermano de la emperatriz y el comandante de las guardias imperiales. El entusiasta por las flores y sus amigos le acompañaron hasta fuera del recinto del jardin, deshaciéndose en elogios y cumplimientos y ponderando el buen rato que les habia dado.

Aturdido con tantos elogios y con la cabeza algo caliente por el licor que habia bebido, caminaba Hou-Kong montado en su mula y tan satisfecho de sí mismo, que se le hubiera tenido por Lao-Tse montado en su búfalo negro. Iba entonando á media voz una cancion, y poco faltó para que distraido en sus pensamientos se pasase de largo, sin presentarse en el salon literario donde los examinadores le habian citado.

Estos señores habian estrañado altamente que el

viejo poeta no hubiese venido todavía y que les hiciese esperar mas tiempo del prefijado. Así es que resolvieron hacérselo pagar, y mandaron que empezase al instante una comedia representada por escelentes actores de Nan-king. Cuando Hou-Kong se presentó a la entrada del teatro, un solo criado estaba allí para recibirle sin mas ceremonia. Los mejores asientos estaban ocupados por Yang-Kouei-Tchong y por Kao-Ly-Sse, que no habian guardado una mala silla á su tardío huésped. Este sin embargo, avanzó lleno de confianza hasta las primeras gradas; pero halló todas las banquetas ocupadas por una turba de literatos de segundo órden, que ni se levantaron de su asiento, ni aun dieron muestras de haberle visto.

A fin de hacerse visible, Hou-Kong saludó profundamente y una vez tras otra, al primer ministro, hermano de la emperatriz, el que sin apartar los ojos de la escena, fingió no advertir la llegada del nuevo espectador.

Viendo que nada adelantaba por esta parte, se aprovechó el poeta de un momento favorable, y sorprendiendo al duque Kao-Ly-Sse que le estaba acechando con el anteojo, le hizo una magnífica reverencia, á la que el duque contestó apenas con un ligero movimiento de cabeza. Hou-Kong, ya disgustado y lleno de pesadumbre, mas sin querer todavía abandonar el campo, buscó un asilo en las gradas mas distantes del teatro; pero los criados que habian tomado posesion de ellas, viendo á un pobre hombre, por quien ninguno de los literatos habia querido incomodarse, no hicieron

maldito el caso de él. El poeta iba á reconvenir á uno de aquellos groseros truanes; pero apenas habia abierto los lábios, cuando empezó un rumor desde las lunetas por entre el cual se percibieron algunas voces que decian.

—¡Silencio! ¡Esta bulla es insufrible!

—¡Que callen los criados! esclamó el comisario imperial agitando su abanico con un movimiento de cólera.

Entonces Hou-Kong acabó de perder la poca serenidad que hasta entonces habia conservado y corrió á ocultarse en un oscuro rincon, esperando hacerse visible al concluir la funcion, poniéndose al paso de de los magnates que tanto le desdeñaban.

—A lo menos entonces, se decia, me harán olvidar á fuerza de atenciones, los involuntarios desaires que ahora sufro.

Pero el primer ministro, al pasar por delante de él y sin detenerse en lo mas mínimo, dijo al page que llevaba su sombrilla.

—Ese que está ahí ¿no es ese Hou-Kong cuyas coplas se cantan en todos los figones de Ping-Kiang? ¡Qué poca traza tiene de hombre de talento!

El comisario imperial que iba detrás, recargó aun mas las descorteses palabras de su cólega.

—Debia presentarse como es debido entre personas decentes y no apestar la sala con el olor del vino. Al decir estas palabras con tono enfático, miraba á Hou-Kong por encima del hombro.

El infeliz poeta, confundido con tantos desaires,

salió el último de la sala y montó en su mula para volverse mas que á paso á la aldea de Tchang-Yo.

—¡Ay de mí! esclamaba, muy necio es el que busca la compañía de los grandes y se espone á ser juguete de sus caprichos, antes que descollar entre los pequeños y recibir sus homenages. En el jardin del pobre arrendatario, era yo el mas hábil y el mas festejado y era por consiguiente feliz, pero en el salon de lo principal de la literatura ¡qué crueles momentos he pasado! Razon tiene el proverbio cuando asegura que MAS VALE SER CABEZA DE RATON QUE COLA DE LEON.

La ocasion hace al ladron.

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

Un pequeño pero escogido número de personas de ambos sexos, se reunia no hace mucho tiempo en cierta casa de esta córte, con el objeto de divertirse y pasar alegremente algunas horas de las largas noches de invierno. En esta reunion, compuesta casi esclusivamente de jóvenes solteros, reinaba aquella franqueza y aquella alegría que hacen tan apetecible está clase de diversiones domésticas. Los amos de casa se esmeraban por su parte en proporcionar cuantas atenciones delicadas estaban á su alcance, á las personas que concurrian á la reunion.

Una de ellas era el jóven Francisco, destinado á formar notable contraste con los de su edad. Eran estos bulliciosos, agasajadores y locuaces en estremo; Francisco, por el contrario, aunque dotado de viveza interior, la ocultaba esteriormente con una circunspeccion calculada segun las circunstancias. Habla poco, reduce una larga respuesta á pocas palabras y á veces, hasta su silencio quiere que sea inteligible. Por otra parte, la etiqueta y zalameros modales tan en boga entre algunos, á él le son insoportables, y si obligado de la situacion cede alguna vez á ellos, se le conoce es haciéndose violencia. Este ligero bosquejo

del carácter de Francisco, manifiesta bien á las claras que no era el mas á propósito para hacerse lugar con el bello sexo, ni poseia los medios que para ello generalmente se emplean. Aunque su persona y fisonomía nada tienen de desagradable, aunque tomaba parte en los bailes y en los conciertos, y aunque habia jóvenes lindas y predilecciones mas ó menos marcadas entre los concurrentes, Francisco permanecia tranquilo. A las mugeres les chocaba su reserva, el que no procurase atraerse alguna confianza y que no esperimentase alguna simpatía. Tal estado de cosas no fué muy duradero.

Llegó la temporada del carnaval, época en que las diversiones, aumentándose de dia en dia, ponen en movimiento á los mas tibios y ofrecen pábulo abundante á los jóvenes ansiosos del bullicio. Era preciso entonces ensanchar la esfera de la tertulia, y para regularizar mas la diversion, indispensable que cada caballero diese el brazo de preferencia á una dama, á la que acompañase, obsequiase y protegiese en las espediciones nocturnas á bailes de máscara y otras partidas de placer que la compañía proyectaba. Nuestro jóven se habia propuesto elegir á la dama que hubiese visto menos favorecida; pero no tuvo tiempo de ejecutar su pensamiento, pues fué elegido antes que los demas.

El dueño de la casa era un sugeto que por su edad y la clase de sus ocupaciones, gustaba mas de ver divertirse á los otros, que de tomar una parte activa en la diversion; pero su esposa que á sus virtudes do-

mésticas, reunia los talentos que embellecen una sociedad, y que despues de algunos años de matrimonio no habia perdido la lozanía de su juventud, no era justo que se privase de la diversion, y ni su esposo, ni sus amigos querian careciese la compañía de su principal ornamento. Aquella muger supo penetrar los sentimientos de Francisco, los halló sin duda conformes á los suyos y le eligió por su caballero, quedando él agradecido, y orgulloso hasta cierto punto por verse preferido á los demas. Desde entonces tuvo con aquella muger una simpatía inesplicable, hija sin duda de la compasion, y cual si un secreto presentimiento le anunciase que debia ser desgraciada. La nueva intimidad en que se hallaban le obligó á fijar mas en ella su atencion y á descubrir tan seductores como ignorados atractivos. Hasta entonces habia visto en ella una muger sencilla, agradable, de modales distinguidos y nada mas; pero ya en aquel momento descubrió que su cabello castaño estaba graciosamente dispuesto sobre su cabeza, que sus dulces ojos brillaban cubiertos de largas pestañas y que un baño de profunda melancolia velaba su hermoso semblante. Su boca parecia algo grande, pero la sonrisa la hacia encantadora. Ademas era imposible no animarse con sus miradas cariñosas y con las inflexiones enérgicas y puras de su voz. Todas estas seductoras cualidades en que Francisco hasta entonces no habia parado la atencion, no tardaron en producir en él una sensacion inesperada. Ya hallaba un secreto placer en acompañarla, ya le enagenaba el momento

en que la sentia palpitar con el agitado compás del baile, ya por último solo hallaba placer en estar á su lado, y en este caso, sus miradas, sus palabras, sus menores acciones se referian al deseo de no disgustarla.

Al principio no se le daba cuidado de esta simpatía, persuadido de que no habia de tener otros resultados; pero al notar que ella era su único pensamiento, y que de ella se ocupaba directa ó indirectamente desde la mañana hasta la noche, trató de analizar qué clase de impresion era la que en él habia producido aquella muger. Entonces se alarmó, pues aunque al parecer lo que él sentia era solo un movimiento de ternura y agradecimiento, su delicadeza le representaba que la menor demostracion improvisada por su parte, en él seria un crímen y en ella una ocasion de faltar á sus deberes. Se temia mucho á sí mismo y conoció era tiempo de sofocar aquella aficion, antes que tuviese funestos resultados.

Consiguiente á este plan, se propuso disimular todo lo posible y aun evitar el trato de aquella muger; pero cuando estaba á su lado se turbaba al encontrar sus miradas furtivas; su mano temblaba al asir otra mano tímida y no podia disimular la continua emocion que esperimentaba. ¿Habia ella conocido lo que pasaba en el interior del jóven? Por poco que una muger haya sondeado el corazon humano, conoce las sensaciones que sabe producir, las que por otra parte son difíciles de disimular. Ya cuando estaban juntos habia iuntantes de silencio en que no podian sostener la

conversacion tan animada como otras veces, en que la fisonomía del jóven tomaba una espresion melancólica y en que su amable compañera le contemplaba luchando con una turbacion interior y agitado por una pensamiento que deseaba acallar. Entonces, ni se atrevia á distraerle, ni se indignaba tampoco contra él: al contrario, gustaba de hallarse á su lado, pues conocia su delicadeza y que era incapaz de faltarle al respeto en lo mas mínimo, lo que no podia menos de aumentar en ella el interés reunido á la compasion.

Así pasaron algunos dias en los cuales Francisco solo buscaba la soledad; pero todos cuantos medios imaginaba para desahogar su pecho le convencieron de su ineficacia y del incremento de su pasion. Si buscaba alivio en la música, sus dedos involuntariamente hacian resonar el aire favorito de su querida y repetir aquellos compases llenos de recuerdos. En fin, su imágen le seguia á todas partes, en el estudio, en el templo, y era la fantasma de sus noches de desvelo. No confiando entonces en sí mismo, si una ocasion favorable llegaba á presentarse, formó decididamente la intencion de separarse de aquella muger, y una circunstancia aceleró esta separacion mas pronto de lo que habia creido.

Un dia en que mas preocupado que nunca se habia escabullido del salon de baile y del bullicio, fué á sentarse en un sofá en sitio retirado y allí, creyendo que su ausencia no seria notada, se entregó á sus melancólicas reflexiones. Habia dejado caer la cabeza sobre sus dos manos; mas al levantarla de improviso, vió al

objeto de sus desvelos á cierta distancia delante de sí. Entonces una palidez mortal cubrió su rostro, y persuadido de que sus espresiones y ademan le habian descubierto, quiso huir; pero ella asiéndole de una mano le hizo sentar á su lado en el mismo sofá y le dirigió estas palabras:

—¿Os sentís malo? Estais descolorido, para lo que acostumbran vuestras megillas.

Tranquilizóla él, esforzándose á egercer un grande imperio sobre sí mismo y manifestando que no sentia novedad alguna á pesar de que el tono de su voz le hacia palpitar hasta el fondo de sus entrañas. Ella prosiguió:

—Tened cuidado de vos mismo y no os dejeis devorar por secretas penas. Cualesquiera que sean vuestros males, confiádselos á vuestra buena amiga.... tal vez ella halle medio de remediarlos.

Estas cariñosas palabras produjeron un efecto estraordinario en el apasionado jóven. El sin duda las dió otro sentido del que realmente contenian y sin ser dueño de contener su emocion, atrae hácia sí aquella muger adorada, estampa en su mano un beso ardiente y ya va á revelar el volcan que arde en su pecho, cuando de improviso se detiene como asaltado de ideas funestas ó como si un porvenir horroroso se presentase á su imaginacion. De repente y como si tuviese una inspiracion feliz, suelta la mano de aquella muger adorable.—«A dios, la dice, perdonad» y desaparece prontamente de su vista.

Ella, enteramente pasiva, no acabó de compren-

der esta escena hasta el otro dia en que recibió la carta siguiente:

—Lo sucedido ayer entre nosotros y la resolucion que he tomado, me precipitan á hacer una declaracion que crei permaneceria siempre ignorada; pero que tengo motivos para creer que ya no os sorprenderá. Yo os debo mucho, mi querida señora, yo no he podido permanecer insensible á vuestro lado.... yo me he atrevido á amaros. Perdonadme: la disculpa de mi pasion halladla en vuestro irresistible atractivo, y compadecedme mas bien. Los momentos que he pasado en vuestra compañía, esos instantes de felicidad, tan nuevos y tan deliciosos para mí, es forzoso que los aleje de mi memoria! Ya no es posible vivir con seguridad á vuestro lado. Yo no agravio á vuestra virtud; pero tiemblo por mí mismo y solo un remedio hallo... ¡la ausencia! AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO: olvido, sí, de una pasion devoradora que me hará víctima; pero que no ha de ser mas fuerte que mi voluntad y mi razon; pero no tan cruel olvido, que me impida mereceros un inocente y compasivo recuerdo.»

VISTETE DESPACIO

SI ESTAS DE PRISA.

Floreció en la córte de Cárlos III y á mediados del siglo ùltimo un hombre que era el asombro de cuantos le trataban, y eso que apenas habia sugeto de importancia que no tuviera relaciones con él. Desde la juventud habia manifestado la mayor prudencia, unida á la mas estrema sagacidad: en los lances mas comprometidos, en las mas apuradas ocasiones, lejos de aturdirse, era precisamente cuando mas habilidad y presencia de ánimo manifestaba. No habia cosa capaz de sorprenderle, nada le hacia mella por decirlo así y con la misma serenidad escuchaba la noticia de haberle caido la loteria que la de habérsele quemado la casa.

En aquella época la córte de Madrid era un punto donde no solo se cruzaban las intrigas de los estrangeros, sino que los cortesanos ansiosos de medrar, desplegaban tambien las suyas para sobrepujarse unos á otros, y sobre todo ponian el mayor esmero en modelar sus acciones y su fisonomia por el rostro del monarca. Pero el duque, que con este nombre designaremos á nuestro personage, seguia precisamente un

método contrario. En los momentos de agitacion, de cambio de ministerio ó de crísis como dijéramos hoy dia, estaba él tan sereno: las nuevas mas imprevistas no le hacian perder su imperturbable sangre fria y cuando en vísperas de algun acontecimiento sorprendente todos los cortesanos indagaban el rumbo que tomarian los negocios, él se tendia en un sofá ó mandando poner el coche se iba á pasear á alguno de los sitios reales.

Al ver semejante conducta, conjeturaron muchos que el duque no prosperaria mucho en la córte, mas lejos de ser así, al cabo de algunos años ya tenia mas honores y dignidades que ninguno de los mas perseverantes. Sin pedir nada, todo se lo concedian: nunca se le habia visto pretender, y alcanzaba los empleos que aun los mas ambiciosos no se atrevian á solicitar.

Esta conducta y esta fortuna parecian inesplicables y algunos fanáticos habian indicado ya que era preciso dar con el duque en la inquisicion, para que declarase que anillo de Giges ó que secreto mágico tenia para dominar á la suerte; pero el duque, noticioso de estas sospechas, se encogia de hombros, diciendo:

—¡Bah! mi secreto está á el alcance de todo el mundo.

Bien sabido es que no hay terreno mas resbaladizo que el de la córte. Allí como que los destinos no están seguros, es preciso aprovecharse del tiempo en que se disfruta favor, porque el dia de mañana rara vez es parecido al de la víspera; pero el duque sin cuidarse de estas verdades, se conducia en todo como si su for-

tuna hubiese de ser inalterable. Como si hubiese puesto un clavo á la rueda de la fortuna, lejos de perder su empleo con la caida de un ministerio, obtenia por el contrario otro mayor. Se sostuvo cuando la ruidosa caida de Esquilache, se mantuvo en favor con el conde Aranda, mas todavía con Floridablanca y obtuvo gracias y favores de Campomanes, siendo lo mas particular que todo lo obtenia sin molestia y sin alterar en lo mas mínimo la aparente indolencia de su carácter.

Tenia el duque un sobrino, muchacho inteligente y despejado, y sobre todo muy ambicioso que no podia menos algunas veces de manifestar á su tio la estrañeza que le causaba el plan de conducta que se habia propuesto, al paso que el duque reconvenia siempre al jóven por ceder demasiado pronto á las impresiones del momento y á los impulsos de su corazon.

—Pero tio, replicaba el jóven, el primer movimiento es como una voz interior que nos dice la verdad; es una antorcha que ilumina.

—¡Qué lenguage tan poetico! esclamaba el duque, pero en estilo prosáico te digo yo ahora, que desconfies del primer arrebato, no precisamente porque siempre sea malo, sino porque es el que nos compromete.

Otro dia elogiaba el sobrino la habilidad y ardor de cierto amigo suyo que ansioso de adelantar, no gastaba mas que una hora para ejecutar aquello en que otros necesitaban tres. El duque contestó sonriendo;

—Nunca he tenido yo prisas de esa especie. *Mas vale llegar á tiempo que rondar un año.*

Cuando se lamentaban en presencia suya de la rapidez con que pasa el tiempo, deseando dias de cuarenta y ocho horas para acudir á todo, solia decir.

—Eso es tres veces mas de lo que se necesita y con medio dia basta si se sabe aprovechar.

Despues de una borrasca de córte en que sucumbieron el ministerio y todos sus adictos y cuando se creia que el duque fuese tambien arrastrado en su caida, se vió por el contrario que el monarca encargó al duque algunos importantes trabajos de gabinete. Rodeose para ello de gentes hábiles y discretas; pero con gran sorpresa se advirtió, que despidió á pocos dias á uno de los empleados en quien se suponian mayor aptitud é inteligencia en materias diplomáticas.

—¿Ha cometido alguna indiscreccion? le preguntaron.

—Ni siquiera pensarlo.

—¿Se ha equivocado en algun trabajo importante

—Nada de eso.

—¿Habia algunas sospechas acerca de su moralidad?

—De ningun modo.

—¿Pues entonces, que diablos es lo que ha hecho?

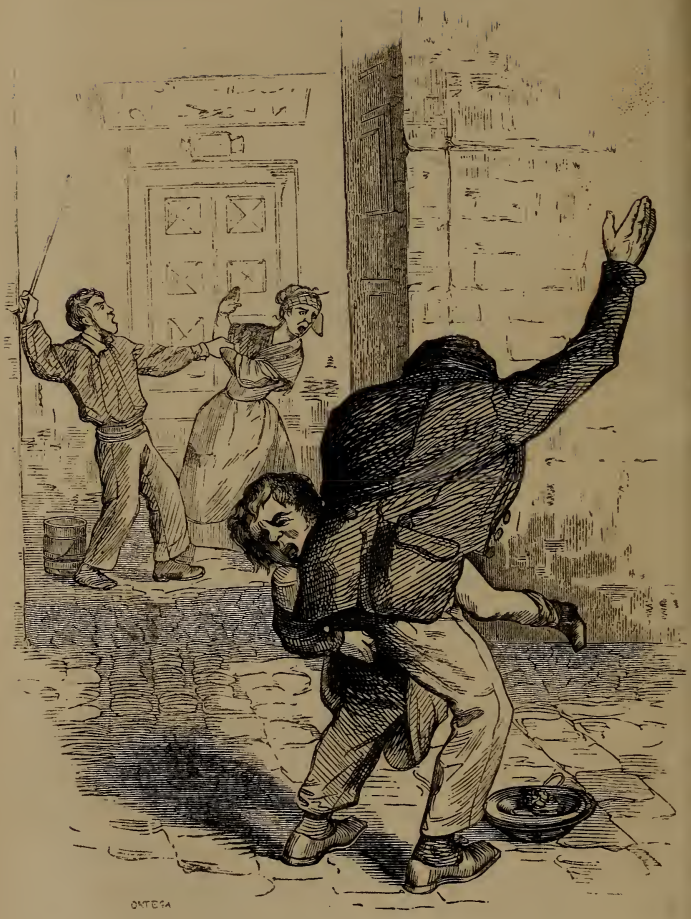
—Que se daba demasiada prisa para ejecutar las cosas.

Antes del término de su carrera ya el duque habia ocupado los empleos mas considerables y habia obtenido las gracias mas envidiadas. Todos en la córte estaban atentos á sus acciones y á sus palabras y aun le

suponian el don de preveer los sucesos. El mismo Carlos III no pudo menos un dia de preguntarle; como se gobernaba para quedar siempre de pie en todos los trastornos políticos.

—Señor, oigo y espero: contestó el duque; pero si desea V. M. que le dé una prueba de agradecimiento á sus bondades; que le revele el fruto de sesenta años de estudios, y que mi larga esperiencia me autorice á dar un buen consejo á V. M., le confesaré ingénuamente que toda mi buena suerte la debo á haber arreglado siempre mi plan de conducta á lo que dicta la moralidad de este probervio: VISTETE DESPACIO SI ESTAS DE PRISA.

Sin duda el monarca apreció el consejo en lo que debia y gustó de el refran, porque se le oyó repetir despues muchísimas veces.



Quien bien te quiera, te hará llorar.

QUIEN BIEN TE QUIERE

TE HARA LLORAR.

Eusebio era un jovencito de grandes esperanzas; pero de una conducta que desdecia de su buena educacion. Su padre que desèmpeñaba un destino de consideracion, queria como es natural, que le sucediese en él, ó por lo menos dejarle colocado ventajosamente. Pretendia por lo tanto darle una instruccion esmerada; pero el jóven, asi como otros de su edad, llevado de las distracciones que Madrid ofrece á cada paso, iba perdiendo de dia en dia la aficion al estudio y no hacia en él los progresos que su padre deseaba. Dado á las diversiones y á la ociosidad, se acompañaba con otros jóvenes que escitaban en él sus prematuras disposiciones para el vicio; pasaba el tiempo en los cafés y en los espectáculos y volvia á su casa á escondidas y á deshoras de la noche, disipando inútilmente cuanto dinero podia adquirir. Se hallaba estudiando matemáticas y en vez de asistir á la cátedra, asistia á un villar donde pasaba el rato: de modo que al fin del curso no sabia una palabra de cálculos, ni de ecuaciones; pero en cambio sabia jugar una carambola mejor que ninguno de sus condiscípulos.

No dejaba de contribuir á la desarreglada conducta de Eusebio, su madre, que bajo pretesto de que no tenia mas que aquel hijo, le daba cuantos gustos queria, mimándole y encubriendo sus faltas sin que lo supiese su esposo. Este que era hombre de carácter, tenia las mejores intenciones del mundo; pero las atenciones de su empleo y sus muchos negocios no le permitian cuidar de su hijo tanto como quisiera. Enterado al fin de su conducta por los avisos que tuvo y por sus propias observaciones, resolvió someterle á un plan curativo, enteramente de su invencion, y que juzgaba capaz de atajar todos los daños que á la familia pudieran sobrevenir, si dejaba á su hijo precipitarse de aquel modo. Tomó todas las medidas necesarias para la ejecucion de su plan, y le llevó á efecto precisamente cuando el jóven menos lo pensaba.

Era un lunes por la tarde y Eusebio, que tenia cita con sus amigos para ir á los toros, salia muy formal á la hora del estudio, como si fuera á concurrir á él con toda puntualidad. Al llegar á la misma puerta, se le presenta su padre y con voz grave le dice:

—Espere usted, caballero, que vamos á salir juntos.

Este *espere usted*, siendo asi que su padre siempre le llamaba de tú, fué de malísimo aguero para Eusebio, que acordándose de su cita, dijo á su padre, viéndole venir ya con el sombrero puesto:

—Lo peor es, que si voy con vd. haré falta en la clase.

—No será la primera vez, replicó su padre, ya bajando por la escalera.

Eusebio le siguió todo el camino sin atreverse á rechistar: tanto le imponia el aspecto severo de su padre. Caminaron, pues, en silencio; atravesaron la plaza mayor y al llegar al borde de la *escalerilla de piedra*, el buen papá se detuvo lanzando abajo una mirada; pero de repente, y como si ya hubiese fijado su resolucion, bajó ligero seguido de Eusebio, y á poco se hallaron en la *calle de Cuchilleros*. No habian andado mucho en esta calle, cuando se pararon ante una lóbrega y negra tienda, alumbrada mas que por la claridad del dia, por el resplandor de una llama que despidiendo luminosas chispas se elevaba en un rincon de aquella cobacha: un muchacho medio descalzo tiraba acompasadamente del fuelle, y por todas partes se veian herramientas de calderero y cuchillero.

—Buenas tardes, señor maestro, dijo el papá de Eusebio, abriendo la trampilla. Al oir estas palabras y y á la entrada de los dos personages, cesó el estrepitoso ruido que hacian dos perillanes que armados cada uno con su martillo, sacudian á cual mejor sobre la pieza que estaban adobando.

—Buenas las tenga vd., caballero, respondió con bronca voz un individuo que se acercaba, empuñando un poderoso martillo en su arremangado brazo.

—Quédese vd. con estos señores hasta que yo vuelva, le dijo á Eusebio su padre.

—¿Yo?

—Si señor, vd. Hasta la vista señor maestro, y sin esperar contestacion partió.

Eusebio hizo ademan de seguir á su padre; pero

uno de aquellos cíclopes estendió su mano para detenerle y retrocedió horrorizado antes que le tiznase.

—Sientate aquí, rapaz, dijo el señor maestro, señalando à Eusebio un medio tronco de árbol.

—Muchas gracias, respondió él, lanzando una mirada desdeñosa al nuevo asiento.

Pues harás mal de estarte en pie, porque me presumo que tu padre tardará algo en venir. Lo mejor seria que mientras le esperas tomases un martillo y te divirtieses aquí un rato con nosotros, porque á mí no me gusta que esté la gente de viga derecha.

Estas crueles palabras dieron á conocer á Eusebio cual era la intencion de su padre, y ya se asomaba á sus ojos una lágrima de despecho y de corage, cuando le distrajo la salida á la tienda de una estrafalaria muger. Era la señora maestra y traia en cada mano un pedazo de pan acompañado de un racimo de uvas: presentó el uno al chico que tiraba del fuelle, y llegándose adonde estaba Eusebio, le alargó el otro con un ademan de benevolencia. Viendo que lo rehusaba, insistió para que lo tomase; pero el señor maestro esclamó:

—Vaya, pocas ceremonias, acompañando estas palabras con una seña para que su muger se retirase. Entonces fué cuando Eusebio acabò de conocer cual era su posicion, entendiendo al mismo tiempo que el señor maestro tenia instrucciones muy diferentes de las de su digna esposa.

El tufo y humareda del carbon, el ruido de las limas y martillos y mas que todo, la agitacion que Eu-

sebio sentia, le trastornaron de tal modo que se retiró á lo mas oculto de la tienda y allí no retuvo mas las lágrimas de su despecho. La idea de que su padre quisiese hacer de él un chispero, se presentaba á su imaginacion acompañada de cuanto podia hacerla desagradable, y en medio de la lucha de afectos que le atormentaban, solo se abandonaba al furor, sin acordarse de cuanto habia abusado de la paciencia de su buen padre. En fin, resuelto á escaparse en cuanto hallase coyuntura, pasó la noche en aquella maldita tienda; pero se engañó en sus esperanzas. Al dia siguiente notó que egercian sobre él la mas activa vigilancia; dos ó tres veces que intentó recobrar su libertad, fué detenido, y la última le tiró el señor maestro de las orejas con tan rara habilidad. que por no esperimentarla otra vez, Eusebio abandonó la idea de su emancipacion. Tuvo, pues, que acomodarse á la nueva vida, asistiendo á la fragua, tirando del fuelle y desempeñando las tareas del aprendizage, con su mandil de cuero y en mangas de camisa, tan tiznado y súcio, que es bien seguro no le hubieran conocido sus antiguos amigotes, si se hubieran acercado á la puerta de la tienda.

Así pasaron dos semanas, al cabo de las cuales eran casualmente los dias de su madre. Esta buena señora, que habia derramado algunas lágrimas por la posicion en que tenian á su hijo idolatrado, consiguió al fin que le trajesen aquel dia. En efecto, muy de mañana fué un criado á sacar á Eusebio de su taller; le llevó en seguida á una casa de baños, donde verificado un

lavatorio general, se vistió la ropa nueva y pudo entrar en su casa completamente trasformado.

Como aquel dia era fiesta de familia, hubo á la mesa varios convidados. Uno de ellos dirigiéndose á nuestro disimulado aprendiz le dijo:

—¿Adónde habeis estado todos estos dias, amiguito, que no os hemos visto por aquí?.... ¿Habeis estado fuera de Madrid?

—Si señor, contestó Eusebio, turbado y sin saber lo que se decia; solo mirando á su padre, que aparentaba no oir la conversacion, estaba pendiente de sus lábios por si revelaba el fatal secreto. Una pregunta que hizo otro de los comensales, varió la conversacion, y Eusebio empezó á respirar creyendo que no se ocuparian mas de él, cuando hé aquí que otro solícito convidado que estaba trinchando, fingiendo lamentarse de su poco acierto, esclama:

—Maldito *cuchillo*, ¡no parece sino que está embotado!

—¿Qué decia vd. del *cuchillo*? le preguntó el padre de Eusebio, saliendo entonces de su distraccion.

—Decia, contestó el otro, que me alegrara tener aquí en la mesa algun inteligente en la fabricacion de los *cuchillos*, para que me dijese, si tiene mas de hierro que de acero este *cuchillo* que tengo en la mano, pues no se puede hacer cosa de provecho con él.

—Yo no entiendo una palabra de composicion de *cuchillos*, dijo el padre; pero tal vez no falte en la mesa alguno que haya completado su educacion en la calle de *Cuchilleros*.

Esta repeticion de palabras hizo mas daño á Eusebio que si le hubieran dado de *cuchilladas*.

Figurósele que cuantos estaban en la mesa fijaban en él la vista, y que su padre se habia concertado con sus amigos para mortificarle públicamente. Ausentóse de la mesa bajo pretesto de una indisposicion que efectivamente sentia, y retirado á su cuarto, se arrojó sobre el lecho, y con el sofoco que habia recibido durante la comida, esta no le hizo provecho, originándosele una indisposicion que pareció de algun cuidado.

La madre, sentida en estremo, reconvino á su esposo por querer llevar tan adelante la correccion; pero él solo desistió de su idea, cuando vió en su hijo señales positivas de arrepentimiento. Efectivamente, Eusebio consultó con la almohada lo que habia pasado, reflexionó sobre su conducta, conoció cuáles eran sus verdaderos intereses y cuál el objeto de las correcciones de su padre. Al fin obtuvo de este la promesa de que no volveria á tirar del fuelle; pero que sabria tomar providencia aun mas enérgica si volvia á las andadas. No ha sido necesario tomar esta providencia: Eusebio mudó enteramente de conducta, y hoy dia puede servir de modelo á los jóvenes, por su juicio, por su amor á su padre y por su aplicacion al estudio.

CADA UNO EN SU CASA ES EL REY.

Era una noche de invierno oscura y fria: la lluvia caia á torrentes á tiempo que en una casilla situada en el centro de un bosque, se hallaba la muger de un carbonero, sentada delante del hogar y preparando la cena mientras que venia su marido. De improviso, abriéndose la puerta de la cabaña, entra un desconocido que adelantándose con desembarazo, la dice:

—Buena muger, dadme posada por esta noche y algo que cenar si teneis, y entretanto me calentaré, porque vengo calado hasta los huesos.

Diciendo y haciendo acercó á la lumbre la única silla que vió vacante en la pieza, porque de dos que habia, la pobre muger estaba sentada en la otra. La repentina é imprevista llegada de aquel hombre tenia sobresaltada á el ama de casa; pero tranquilizándose prontamente al ver tenia todo el aspecto de un caballero, le contestó con agrado, que tendria todo lo que deseaba; pero que no podrian cenar hasta que viniese su marido. No se hizo este esperar mucho tiempo: llegó á poco rato tan hambriento, tan mojado y tan sin ceremonia como el desconocido. El carbonero le saludó á su manera, le echó dos ó tres rociadas sacudiendo su sombrero empapado de agua y al ver

que el personage incógnito se habia levantado de la silla por cortesía, fué y se apoderó de ella, diciéndole:

—Señor mio, me pongo en este sitio porque es precisamente en el que acostumbro colocarme á la lumbre, y ocupo esta silla porque es la mia y como podeis conocer cada uno es amo de su casa, buscad por ahí donde sentaros, y al mismo tiempo le señalaba un medio tronco de árbol serrado á manera de taburete en el que el desconocido se sentó sonriendo; aunque maldita la gracia le hacian los bruscos modales del carbonero.

Tratóse inmediatamente de cenar, y mientras su muger ponia la mesa, el carbonero armó conversacion con su huésped, y con gran sorpresa de este, empezó á hablar de política. Era preciso suprimir todas las contribuciones, este era el empeño que él tenia, y costó no poco trabajo á su huésped quitarle esta idea de la cabeza. Viéndose batido en el terreno de la política le dió por hablar de caza, y disertó largamente acerca de las licencias, suponiendo que el mayor absurdo que se habia cometido era el no haberle dado una á él.

—Pero yo me sé pasar muy bien sin ella, esclamó, y os lo puedo probar en el acto. ¿Sois hombre capaz de guardar un secreto?

—Os prometo que no diré nada á nadie.

—Pues bien, ahora vereis lo que yo he cazado en las mismas tierras del rey.

Al decir esto, mandó á su muger que sacase y presentó á vista de su huésped una hermosa liebre, la que agregada por estraordinario á los manjares que

constituian la pobre cena, hizo que esta con la conversacion se prolongase hasta muy entrada la noche. Al fin el carbonero saludó á su huésped y se fué á acostar muy satisfecho de su conducta; pero al otro dia por la mañana no las tuvo todas consigo, cuando supo que habia hospedado nada menos que al rey Francisco I de Francia, que estraviado en la caza habia venido á parar á su choza. De lo que mas le remordia la conciencia era de la poca cortesía con que le habia despojado de su silla; pero el rey le tranquilizó sobre este punto, recordándole las palabras que habia dicho la víspera, y le concedió la licencia de cazar en vedado.

Esta aventura es la que ha dado orígen al proverbio de que CADA UNO EN SU CASA ES EL REY.

Juegos de manos, juegos de villanos.

FRAILE QUE PIDE POR DIOS PIDE POR DOS.

No faltan personas que poseidas de la incredulidad del siglo, ponen en duda las rectas intenciones de los personages acreditados por su filantropía, y desconfian del renombre de virtud que suele acompañarles. La amalgama de la caridad con el lujo, de la riqueza con el desinterés, les parece dudosa por mas de un concepto. A esta especie de incrédulos pertenecia el jóven Ceferino de G.** que varias veces habia disputado sobre este particular con su tio don Cándido, sólidamente persuadido de las desinteresadas intenciones de los que tienen fama de filántropos. Un dia en que de sobremesa se suscitó esta cuestion en casa de su tio, deseoso este de hacerle desistir de su tema con algun egemplo palpable, dijo á Ceferino:

—Precisamente hoy tenemos que ir á visitar al señor don Bonifacio de los Mártires, y yo tengo particularmente que hablarle sobre asuntos de beneficencia, con que así, vente con nosotros, verás á este hombre de bien, le oirás y juzgarás por tí mismo.

—Sea en hora buena, contestó Ceferino, no me disgustará el ver la filantropía de puertas adentro.

Apenas se levantaron de la mesa marcharon á la visita. Don Cándido dejó á su esposa en compañía de

la de don Bonifacio, y en seguida penetró con su sobrino en el gabinete del filantrópico varon. En el tal gabinete lujosamente amueblado y con vistas á un jardin, habia unos estantes llenos de carpetas y legajos con diversas etiquetas.—*Reforma del sistema carcelario.* —*Sistema celular.* —*Penitenciarias modelos.*—*Hospitalidad domiciliaria.*—*Socorros mútuos.*—*Bancos agrícolas.*—*Hospicio para huérfanos.*— *Cajas de ahorros.*— *Régimen alimenticio.*—*Suscriciones de beneficencia*, etc. etc., etc. Don Bonifacio estaba sentado al bufete, atestado tambien de folletos y papeles. Era un hombre todavía en lo mejor de su edad, con gafas doradas y con la cinta de una condecoracion en el ojal del frac.

—Siempre ocupado, esclamó don Cándido, al entrar.

—¡Qué hemos de hacer! ¡No hay otro recurso! La miseria va en aumento cada año y yo no sé que va á ser de las clases pobres. Ahora traigo entre manos un proyecto sobre las criadas de servir que no encuentran colocacion ¡A qué peligros no se hallan espuestas en una poblacion en que la inmoralidad hace cada dia nuevos progresos!

—Ese será un grandioso proyecto, dijo Ceferino con gravedad.

—Su señor tio, que ya tiene algunas noticias, le puede hablará vd. de su importancia, y ya que parece que es vd. aficionado á estas materias, voy á regalarle un egemplar de la obra que he publicado últimamente sobre beneficencia, y en la que estiendo mi prevision hasta á los caleseros que han de quedar cesantes con la introduccion de los caminos de hierro.

—La leeré con tanto mas interés, cuanto que se sabe que el ministerio, juzgando del mérito de la obra por vuestra reputacion, ha tomado un buen número de suscriciones.

—Si señor, para el ministerio de la Gobernacion y el de Gracia y Justicia se han necesitado mas de mil egemplares, como que los ha de haber en todas las bibliotecas de España y espero que pronto los habrá en las de Palacio y sitios que dependen del patrimonio.

—No harian en eso nada demas.

Don Bonifacio se inclinó sonriéndose y luego añadió:

—No sé si me quedará tiempo de acabar los trabajos que tengo comenzados, porque ya tengo comision de ir á estudiar el sistema penitenciario de Bélgica y Holanda; aunque yo determino hacer todo lo posible porque se establezca desde luego una penitenciaria en España bajo mi direccion, y si es posible no muy lejos de Cartagena.

—¿No es por allí cerca donde teneis vuestras haciendas? preguntó ingénuamente don Cándido.

—Si, tengo una posesioncilla qne fué antiguamente de mi familia, y que he tenido empeño en comprar, solo por conservar el recuerdo; pero tengo ademas muchas acciones en las mejores minas de aquella sierra.

Despues que hablaron de sus negocios, don Cándido hizo que avisasen á su esposa, y despidiéndose de don Bonifacio salieron en compañía del sobrino. Todavía no estaban en la calle cuando ya don Cándido habia preguntado á su muger:

—Y bien, ¿qué te ha dicho la esposa de don Bonifacio? Estoy seguro de que, como tenga la mismas inclinaciones de su marido, habrás quedado contenta de ella.

—Me ha dicho que si queria tomar billetes para un baile por suscricion á beneficio de las pobres religiosas y yo he tomado tres.

—Muy bien hecho. ¡Ah! como todos imitasen el egemplo de esta familia, no habria pobres, ni criminales en España.

—Pero si no hubiese pobres ni criminales, tampoco habria casas de refugio ni cárceles, y esto puede que no le tuviese cuenta á don Bonifacio. ¿Qué seria entonces de los inspectores?

Don Cándido no respondió una palabra, y ofreciendo el brazo á su esposa con aire de mal humor, lanzó una mirada severa á su sobrino, como haciéndole responsable de aquellas ideas. Tenia tan buena opinion formada de don Bonifacio y le creia tan de buena fé dedicado al estudio de las mas graves cuestiones sociales, que se incomodaba de veras, cuando le decian que aquel hombre que tanto desinterés pregonaba, cobraba dos ó tres sueldos del estado, paseaba en carretela y comia en bagilla de china. Por lo que hace á su muger gastaba vestido de raso y terciopelo y á muy pocos dias del baile por suscricion, renovó todos los muebles y adornos de la casa.

Poco tiempo despues se supo que don Bonifacio se habia interesado en algunas lucrativas empresas, lo que daba por lo menos á conocer que el espíritu de

caridad no escluia el espíritu de especulacion. Ocurrió por último un suceso á vista del cual, el mismo don Cándido no pudo menos de espresar su admiracion.

A poco tiempo de haber sido adoptado por el ministerio un sistema de reforma filantrópica aplicable á todas las casas de detencion é inventado por don Bonifacio, se vió á este levantar una casa de nueva planta en el solar de uno de los conventos derribados.

—No concibo, decia don Cándido, de donde puede haberle venido tanta fortuna.

—¡Bah! respondió Ceferino, el camino mas seguro para llegar á la fortuna, es la caridad.

—Pero hombre, si últimamente se me quejaba de que no tenia disponible para las atenciones mas urgentes de los ramos de beneficencia puestos á su cargo, ni siquiera un mal billete de banco de los de áquinientos reales. Por otra parte, él no ha tenido tiempo para comprometerse en ninguna especulacion, porque todo se lo ocupaba su proyecto de reforma.

—¿Y no sabeis que para plantear ese proyecto ha obtenido un crédito considerable?

—Bien, ¿y qué tenemos con eso? ¿Porqué te ries?

—Por nada: porque me estaba acordando de nuestro antiguo refran: FRAILE QUE PIDE POR DIOS PIDE POR DOS.

ES INUTIL PEDIR PERAS AL OLMO.

Es preciso haber estado muy escaso de relaciones y haber sido muy indiferente á los asuntos políticos, para no encontrarse alguna mañana, al leer los periódicos del dia, con la importante noticia de que algun amigo, algun antiguo condiscípulo, ó tal vez algun camarada en las filas de la milicia ciudadana, ha obtenido la cartera de algun ministerio, en ese juego de la política de que en estos últimos años hemos sido testigos.

Ya no llegaba á sorprenderme esta clase de noticias, recibiéndolas con esa indiferencia con que se reciben las esquelas de cumplimiento en que una persona á quien apenas se conoce, os *da parte* de su casamiento, del nacimiento de alguna criatura y de otras cosas, que á la verdad, no son muy fáciles de partir.

No puedo, sin embargo, menos de confesar, que la primera vez que me encontré con un compañero de colegio hecho ministro de la noche á la mañana, sentí la misma alegría y me faltó poco para prorumpir en los mismos estremos que la muger y la hija de Sancho Panza, cuando supieron que su buen padre y esposo, era nada menos que gobernador de la Insula Barataria. Parecíame que el honor tributado á mi

amigo, á aquel á quien tuteaba, y aun mas de una vez habia dado de mogicones, redundaba en cierto modo sobre mí, y tanto por esto, como por ver lo que era puesto en zancos el que antes era tan pigmeo, resolví ir á visitarle, apenas le conceptué instalado en su poltrona.

Quiero suponer que no debí á mi conocida independencia el buen recibimiento que me hizo el nuevo Floridablanca; pero me atreveria á decir, que desarrugó un poco el gesto y fué mas fuerte su apreton de manos cuando despues de haberle felicitado, le declaré paladinamente que no se me pasaba por la cabeza pedirle gracia ninguna, ni para mí, ni para nadie de mi familia. Desde que supo que no tenia que molestarse por mí, me miró con mejores ojos, y muy poco conoce á los hombres el que se admire de esta circunstancia.

Su escelencia se dignó iniciarme en algunos secretos de gabinete, y concretándose luego á su nueva posicion, me reveló en confianza los medios con que contaba, no solo para sacar el partido posible de las circunstancias, sino tambien para caer en blando en el caso que algun imprevisto vaiven le precipitase. ¡Ya se vé, es tal la inconstancia de los tiempos y de las carteras ministeriales, que todo hombre prudente debe mirar al porvenir!

Por ingeniosas que fuesen las combinaciones de mi amigo, no pude menos de hacerle algunos reparos que evidentemente le disgustaron, porque mudando bruscamente de conversacion, me dijo:

—He despedido á mi ayuda de cámara y pudieras

llevártele á casa, porque el pobre jóven está sin colocacion.

—Gracias, señor escelentísimo, respondí yo haciendo una gran cortesía, pero antes de todo quisiera saber que motivo ha habido para despedirle.

—No hay inconveniente en decirlo. Ha sido porque ese sugeto tiene demasiado talento para andar á mi lado.

—¡Demasiado talento!.. esclamé sorprendido.

—Si, ó demasiada perspicacia, si lo entiendes mejor de esta manera. Yo como hombre político, tengo mi sistema y obro en virtud de máximas particulares: una de las mas favoritas es, que para tener instrumentos cómodos y dóciles es preciso rodearse de gentes muy medianas. Estas son las que únicamente practican la obediencia pasiva, y no mezclan indiscretamente sus inspiraciones á las nuestras : son dóciles, dependientes y con poca cosa se les asusta. En una palabra, para el que sabe manejarle, un imbécil es un verdadero tesoro. Yo no quiero á mi lado mas que gentes de esta especie.

—Entonces me disimularás que no venga á visitarte muy á menudo, no sea que me tengan por uno de tus favoritos.

Seguíamos chanceándonos un rato sobre este asunto, hasta que abriéndose la mampara del gabinete, se presentó un jóven, cuyo vivo mirar y la espresion de inteligencia de su semblante me inspiraron una especie de simpatía. Era uno de los oficiales de la secretaria y nombrado precisamente por el antecesor de

mi amigo. Traia á la firma un trabajo que con urgencia le habia encargado su antiguo patron poco antes de su caida. El nuevo sucesor miró el escrito con distraccion é indiferencia, improvisó algunas objeciones superficiales y concluyó por decir que era preciso rehacer aquel trabajo, bajo un plan muy diferente y con muy diversas ideas políticas.

El jóven oficial se puso algo encarnado, pues nadie es insensible á un desaire de esta especie, y anunció desde luego su dimision, acompañando esta oferta con una risita sardónica, que me dió á conocer sabia él ya muy bien lo que podia esperar de las intenciones del nuevo ministro. La dimision fué aceptada inmediatamente, y apenas el jóven hubo salido, no pude menos de manifestar mi sorpresa á mi amigo.

—¿Ya te has olvidado, me contestó, de lo que acabo de decirte? El trabajo de ese mozo revela tanto talento como promete su fisonomía y por eso mismo no me importa que se marche. Con semejante adlatere llegaria yo bien pronto á perder la responsabilidad de mis ideas, se diria que no era mas que un editor responsable, y tal vez llegaria á serlo, porque en muchos puntos no podria hacer que adoptase mis opiniones un hombre como ese tan pagado de las suyas.

Me habia yo figurado hasta entonces que la apología de los necios, no era mas que una ingeniosa paradoja en boca de mi amigo, mas viéndole hablar con tal formalidad, me alarmé y quise disuadirle de una idea, tan contraria al buen sentido, como á sus verdaderos intereses. Pero esto era tiempo perdido, porque tenia

que habérmelas con un hombre harto pagado de sí mismo para que le hiciesen mella mis razones.

—Lo que te dije riendo, me contestó, acerca de mi ayuda de cámara, es una teoría demostrada para mí y á la que están subordinados todos los actos de mi vida política. Hasta en la composicion del ministerio de que formo parte, he tratado de poner en práctica esta idea que tan estraña te parece. En lugar de escoger mis cólegas entre los hombres mas eminentes de la opinion parlamentaria que me hacia subir al poder, no he elegido mas que á notabilidades secundarias, talentos de un órden inferior. Este era el único medio de dar unidad á nuestra administracion, de concentrar su fuerza y de....

—Y de asegurarte la primacía, añadí yo sonriendo. Tú eres como otros sugetos que yo me sé, los cuales no encuentran autoridad homogénea mas que allí donde dominan sin haber quien les contradiga.

Esta réplica indispuso á su escelencia que, recostado en su poltrona y con el dedo pulgar metido en la botonadura del chaleco, me vino á declarar, aunque en los mejores y mas corteses términos, que yo no estaba al corriente de ciertas tendencias, ni se me alcanzaba el mérito de ciertas tácticas. Cansado yo de sus reflexiones, que se hacian algo impertinentes, traté de salir de allí.

—¿Cuándo nos volveremos á ver? me preguntó.

—Cuando los negocios políticos no sean ya un obstáculo para mas largas discusiones. Siempre será antes de un año.

No parece sino que tuve don de profecía. A los ocho meses de esta visita, el mismo periódico por el que supe el nombramiento de mi antiguo condiscípulo, me trajo la real órden que le volvia al grato descanso de la vida privada. Aquel mismo dia fuí á visitarle en el retirado sitio en que huia de las miradas de los hombres. No me costó poco trabajo el llegar hasta él, porque el animal de su criado no queria comprender que ciertas consignas absolutas no se entienden con los verdaderos amigos.

Encontré al ex-ministro, conforme yo esperaba, en un acceso de misantropía febril. Queria fingir una completa indiferencia; pero bien se traslucia su despecho en las amargas diatrivas que lanzaba, no solo contra sus antagonistas, sino contra sus amigos políticos.

—Sin duda habrás leido, me dijo, ese bonito discurso al que debo mi caida; pues bien, has de saber que ni siquiera le habia compuesto el hombre de estado que le pronunció, porque hacia un mes que se le tenia encargado á un periodista de la oposicion.

—¡De veras! esclamé yo, ¿y quién ha sido ese hábi escritor?

El ex-ministro satisfizo al instante mi curiosidad, y reconocí, aunque sin darme por entendido, que el periodista tan poderoso y temible era aquel mismo oficial de la secretaria que yo habia visto despedir con tanto desden.

—Es preciso convenir, continué yo, en que si ese discurso tiene mérito, no era sin embargo dificil contestar á él.

—Sin duda que no; ¿pero qué quieres que suceda? Aquel dia tenia precision de hallarme en el Senado, y el ministerio no tenia por representantes en el Congreso mas que á ese ignorante A**, á ese parlanchin de B**, y á ese pusilánime C**, como querias tú que semejantes sugetos prevaleciesen contra unos argumentos tan fuertes y capciosos.

Poco me faltó para recordarle que los escelentísimos señores A**, B** y C**, no debian á otro mas que á él su elevacion al ministerio, y que por consiguiente, él era el responsable de su incapacidad; pero esto no hubiera servido mas que para aumentar su desesperacion, y guardé un prudente silencio. El, por el contrario, parece que se complacia en repetir todos los incidentes de su derrota.

—Figúrate, me dijo, que despues de ese infernal discurso nada se habia perdido todavía. Desde el Senado donde me hallaba y á donde me llevaron la noticia de lo que pasaba en el Congreso, escribí apresuradamente al presidente de este, para que se sostuviese la discusion de modo que pudiese responder al otro dia; mas por una distraccion disimulable en el estado de inquietud en que me hallaba, no puse en el sobre de la esquela mas que el nombre del presidente del Congreso, entregándosela á mi criado sin mas señas ni esplicaciones. El imbécil del criado fué á llevar la esquela á casa del presidente, de donde le enviaron al Congreso, perdiendo en estas idas y venidas una hora fatal, durante la cual se verificó la votacion á que debemos nuestra ruina.

—¡Ah! dije yo para mis adentros, no te hubiera sucedido ese percance, sino hubieras despedido á tu inteligente primer ayuda de cámara.

Me guardé muy bien de comunicarle estas observaciones, reservando para mas adelante manifestar al ministro caido lo infundado de su teoría, á vista de hechos palpables, y que los necios que él preferia no son mas que malos servidores, peligrosos amigos é insuficientes compañeros. Nadie puede dar lo que no tiene, por eso no se puede contar con firme y sólido apoyo en quien por su misma naturaleza está imposibilitado de prestarle. En las borrascas que agitan nuestra existencia, en las crisis políticas y en los lances de apurada situacion, es inútil el acudir á ellos, porque ES INUTIL PEDIR PERAS AL OLMO.

DE FUERA VENDRA

QUIEN DE CASA NOS ECHARA.

Allá en los tiempos de Esopo, cuando hablaban los animales, se habia establecido una colonia de gilgueros en una deliciosa campiña á orillas del Eufrates. Allí tenian á su disposicion frutos sabrosos y granos suculentos, entre las flores y la yerba de los prados en que serpenteaba el agua cristalina de las fuentes.

Un dia cierto gilguerillo, yendo á visitar á una alondra muy amiga suya, se encontró en el lindero del bosque con un pajarraco, cuyo plumage le era enteramente desconocido. Aquel estrangero encaramado en lo alto de un arbusto, no hacia mas que mirar á lo lejos por todas partes. Mil perlas blancas se destacaban sobre su trage obscuro, y cuando un rayo de sol se deslizaba por sus alas nacaradas, formaba unos luminosos cambiantes como un reflejo de esmeralda. El gilguerillo asombrado, se acercó de un vuelo al estrangero y le preguntó cortesmente, si podia serle útil en alguna cosa.

—En verdad, contestó el otro, que me sacais de un grande apuro, porque aquí donde me veis, llego de un pais lejano, y hace ya sus veinte y cuatro horas que nada meto por debajo del pico.

El gilguero convidó inmediatamente á almorzar á el ave desconocida, guiándola hácia su casa, y como persona discreta, no se atrevia á preguntar al viagero su nombre y aventuras por vivos deseos que de saberlo tenia. El pájaro no imitaba esta reserva, sino que conforme iban volando, no se cansaba de hacer preguntas á su guia acerca de los usos, costumbres y gobierno de su pueblo. El gilguero le contestaba á todo con discernimiento y cortesía.

Cuando llegaron al nido del gilguerillo, el estrangero se puso á comer con tan buen apetito que en un abrir y cerrar de ojos no le dejó un grano siquiera de sus provisiones. Despues de haber tambien dado fin de un racimo de uvas, esclamó:

—¡Muchos dias hace que no he almorzado tan bien!

—En vos consiste el repetirlo todos los dias, contestó el gilguero, pues no teneis que hacer mas que estableceros en este pais.

—Si mis hermanos los estorninos llegáran á figurarse lo bien que aquí se come, desde luego me prometo que se quedarian.

—¡Ah! ¿con que sois estornino?

—Por línea recta de varon: nací en Alemania y á los seis meses ya habia visto la mitad de la Europa. Hallándome un dia en la orilla del mar, junto á las columnas de Hércules, me aproveché de una ráfaga de viento favorable y fuí á parar á la isla de Candia, donde me casé. Habiéndose muerto mi muger al cabo de cinco semanas, volví á levantar el vuelo, y en el Egipto me he incorporado á una bandada de estorni-

nos que llevan trazas de dar vuelta al mundo: me han comprometido á que vaya con ellos y nos hemos puesto en camino hace algunos dias. Cuando me encontrásteis estaba tomando el fresco y aguardando ocasion de tomar otra cosa mejor.

—¿Y vuestros compañeros?

—Están descansando en el bosque. Venid conmigo y os presentaré á toda la banda que tendrá á mucho honor el conoceros.

El gilguerillo que nunca se habia alejado de su casa, se creia que todo el mundo era lo mismo que aquella deleitosa campiña bañada por el Eufrates y que habia pertenecido al jardin del Eden. Los discursos del estornino le dejaron con el pico abierto, y las descripciones que hacia de las diferentes comarcas en que habitan tantas razas diversas, su lenguage pintoresco, las historias maravillosas que contaba acerca de las costumbres, usos, inclinaciones, guerras y amores de mil especies de aves, inspiraron al gilguero un vivo deseo de retener en su patria á unos sábios tan admirables.

Comunicó su proyecto á la tribu, lo que ocasionó una viva discusion. Los mas viejos meneaban la cabeza, mientras que los jóvenes se desgañitaban á pedir que se quedasen los estorninos, porque así podrian dar á sus hijos la educacion que tanto les faltaba; que seria un placer para todos oirles contar el diario de sus viages en las largas noches de invierno; que los que han visto mucho pueden haber aprendido mucho, y que por consiguiente la presencia de los ilustres

viageros aseguraria la preponderancia de los gilgueros sobre los abejarucos, los papamoscas, pardillos, cardenales y demas volatería de las inmediaciones. Este dictámen fué el de la mayoría, é inmediatamente se nombró una comision para que pasara á suplicar á los estorninos que se fijasen en el pais. No deseaban otra cosa los tales pajaritos, que estaban hartos de dar vueltas por el mundo; aceptaron al instante y se dispusieron á salir del bosque.

Entretanto algunos gilguerillos no las tenian todas consigo, y resolvieron ir á consultar á una antigua urraca que tenia su nido en un nogal tan antiguo como ella. Esta urraca era tenida por hechicera en todo el pais, por lo que todos los pájaros venian á consultar sus profecías, nunca desmentidas por la esperiencia. Hallábase entonces sentada á la puerta de su vivienda, y con las dos patas apoyadas en la muleta que le servia para andar. Escuchó con la mayor atencion á los gilgueros, que para mas obligarla, la regalaron unos higos muy blanditos, y despues de haber guardado los higos, dió á los gilgueros esta respuesta simbólica: DE FUERA VENDRA QUIEN DE CASA NOS ECHARÁ.

Metiéndose sin mas contestacion dentro de su vivienda y cerrando cuidadosamente la puerta, cual si temiera que por su casa se empezase á cumplir el proverbio.

—Miren que nos importa ahora su casa, dijeron enfadados los gilgueros, que no comprendieron las palabras de la vieja urraca.

—Sin embargo, el sentido de sus palabras nos debia

importar, esclamaron algunos de los mas ancianos; pero nadie hizo caso de sus razones y los estorninos se establecieron al fin en el pais.

Durante los primeros dias, todo iba á las mil maravillas; los estorninos contaban sus viages y nadie se cansaba de escucharlos, viniendo de intento para ello de todos los vergeles, bosques y praderas á la redonda. Cada noche se repetian los placeres y se concluia con baile la funcion, pero mientras que las conversaciones se aumentaban, los víveres disminuian, porque cada estornino comia por cuatro gilgueros.

Fué preciso pensar en las provisiones, y los gefes de la tribu reunieron á los mas determinados para que saliesen á la pecorea, con lo que se pudo evitar por algun tiempo la escasez; pero mientras que la colonia se sacrificaba en vanos esfuerzos, los estorninos se quedaban muy arrellanados en casa, haciendo la córte á las lindas hijas de sus huéspedes. Hubo estrañas disensiones en lo interior de los nidos, y los gilgueros para evitarlo suplicaron á los estrangeros que fuesen al campo con ellos; pero los estorninos se pusieron á silbar, á cantar y á reirse en las barbas de los pobres maridos. Los banquetes y comilonas no cesaban, y cuanto recogian los pobres gilgueros, era devorado en el acto. Cuando los trabajadores volvian rendidos por la noche, se encontraban á los estorninos muy descansados, con la cola bien peinada, las alas lustrosas y el ojo brillante, jugando á juegos inocentes de mata en mata con sus hermanas, sus mugeres y sus hijas. Este espectáculo les traspasaba el corazon.

Uno de los gilgueros mas fogosos, sorprendió cierto dia á un estornino que estaba retozando con una prima suya en lo mas intrincado de las ramas. Sin poderse contener, se arrojó sobre él: la prima se desmayó, el estornino empezó á gritar: «que me matan» y volando sus camaradas á socorrerle, algunos gilgueros acudieron tambien en auxilio de su amigo. Todos querian tener razon, y cuanto mas chillaban menos se entendian: bien pronto de las injurias pasáron á los aletazos y luego á los picotazos. Como los gilgueros estaban cansados y con la racion escasa no tardaron en ser vencidos.

En aquel momento pasaba por allí la vetusta urraca diciendo—«*Tú te lo quieres tú te lo ten.*»

Los estorninos cantaron victoria, cenaron alegremente, y se acostaron en los nidos de sus patrones.

Entonces recordaron y comprendieron las palabras de la urraca; pero ya era tarde. Al fin los gilgueros agrupados debajo de una grande encina, tuvieron consejo, y resolvieron acudir al bajá que gobernaba la provincia, para que los libertase de aquellos insoportables estrangeros. Este bajá era un gran buho que habitaba en el hueco de un pino, donde apenas se manifestaba, á la manera de los príncipes de Oriente. Apenas escuchó á los embajadores, llamó á su condestable, que era un famoso cuervo, y le mandó que con un escuadron de su guardia negra, partiese al instante en socorro de los gilgueros.

La guardia negra se componia de mirlos, que guiados por el cuervo pronto ahuyentaron á los estorninos,

prendiendo á los que no pudieron escapar. Asegurada la tranquilidad en la campiña y antes de volverse con su tropa, el gran condestable arengó á los gilgueros, diciéndoles que aprovechasen la leccion y que aquello que acababa de suceder entre los pájaros, solia tambien suceder entre los hombres.

No despiertes al que duerme.

NO HAY MAL

QUE POR BIEN NO VENGA.

ACONTECIMIENTO AMOROSO.

En el vecino reino de Portugal y no muy distante de las fronteras de Estremadura, hay una estensa cañada entre dos cadenas de montañas; un pais agreste en el que la naturaleza se ostenta con toda su imponente magestad. Por lo mas hondo del valle corre un torrente, cuyas azuladas ondas, deslizándose con rapidez, han socavado los peñascos, formando á trechos precipicios espantosos. Del otro lado de la corriente y elegantemente situado en la falda de la montaña, se hallaba desde el siglo trece el castillo de *Val de Reyes*, del que hoy dia no quedan mas que estériles ruinas: sin embargo de que ha dado el nombre á el valle y á todo el condado, de que fué poseedor el antiguo dueño del castillo.

Una mañana al romper la aurora, se bajó el puente levadizo, y levantándose los rastrillos permitieron la salida á un caballero jóven; pero de atléticas formas y gallardo continente. Era don Nuño de Mendoza, hijo primogénito del señor del castillo y educado lejos de la córte, en medio de los combates y turbaciones de aque-

lla época. A juzgar por el ademan del caballero, parecia que solo ansiaba disfrutar la frescura de la mañana y contemplar la salida del Sol, que empezaba á dorar las cumbres de las mas altas montañas, produciendo mil fantásticos y pintorescos paisages. El jóven dejaba á su caballo bajar lentamente por el sendero que guiaba á el valle y parecia distraido en alguna profunda reflexion. Pensaba en Tavira, en la sensible y romántica Tavira, hija única tambien del señor de la próxima fortaleza, jóven criada en la córte y venida hacia poco tiempo á aquella tierra, para hacerle perder su tranquilidad. Enamorado de ella desde el punto que la vió y alimentadas sus esperanzas con el favor de su querida, maldecia en secreto la enemistad feudal que reinaba entre sus padres, que oponia un obstáculo á su porvenir y que no le dejaba ver y hablar como quisiera á la señora de sus amores. Entonces se dirigia á un solitario parage del valle, donde solia verla algunas veces, porque Tavira tambien amaba la soledad y salia al romper el alba para gozar del grandioso espectáculo de la naturaleza. A medida que don Nuño iba caminando, la aurora comunicaba á todo su ser cierta viveza y exaltacion, pareciéndole que su alma se engrandecia, y en medio de los amorosos sentimientos que le agitaban, se sentia capaz de emprenderlo todo por su dama y por el amor de la gloria, sin sospechar siquiera que pronto se iba á someter á una rigorosa prueba este su juvenil ardor.

Un sordo rumor se sintió de repente en todo el valle: los rebaños huian despavoridos y la cabra saltando

de risco en risco olvidaba á sus hijuelos. Gritos lejanos de «al oso! al oso!—se escuchaban confusamente, y entonces el caballero, tendiendo su vista por la llanura, distinguió á una jóven que huyendo de un animal enorme, se dirigia despavorida hácia el torrente.

—Oh! Dios mio, esclamó don Nuño, es Tavira, es mi querida... socorro! socorro!

Al decir estas palabras se dirigió á todo correr de su caballo, hácia donde el oso perseguia encarnizadamente á la jóven; pero oh! desesperacion... el torrente estaba por medio y el caballo no podia salvar de un brinco la distancia que mediaba entre ambos bordes. En esto se ofrece á su vista un antiguo y carcomido tronco lanzado al traves del precipicio. Sin titubear un instante, se arroja del caballo y confiándose al vetusto madero pasa rápidamente á la otra orilla, abandonando el rústico puente, que como si solo estuviese asegurado hasta aquel momento, se hundió en el abismo apenas el caballero estuvo del otro lado.

—¡Tavira! ¡Tavira! aquí estoy, gritaba corriendo con la espada levantada en el aire, á tiempo que su querida habia caido al suelo y el oso se precipitaba sobre ella. La llegada de don Nuño distrae por un momento á la fiera, que volviéndose hácia él empieza una lucha espantosa. Tavira daba gritos lastimeros, el oso rugia de furor y don Nuño, herido ya por una garra del formidable animal, burlaba sus ataques y hacia volar su espada en todas direcciones. Reinaba un silencio mortal: el jóven atacaba y resistia á la vez, y el oso rechazado por sus golpes se veia obligado á aban-

donar su presa. En fin, el caballero haciendo el último esfuerzo, empuñó la espada á dos manos, y haciéndola brillar como un relámpago la descargó acertadamente sobre la fiera, que herida en el cráneo fué rodando algunos pasos: don Nuño, aprovechando esta ocasion, se arrojó sobre ella antes que se levantara y el oso atravesado por la espada allí quedó sin vida. El caballero sangriento y desfallecido se dejó caer á corta distancia. Tavira de rodillas á su lado lloraba, rasgando su vestido para atajarle la sangre,

—¿Por qué has venido? le decia, yo hubiera muerto pensando en tí.

Llegaron entonces las gentes del castillo que habian tenido que dar una gran vuelta para pasar el torrente. Venia tambien al padre de Tavira, que despues de haberse cerciorado de que su hija no tenia mal ninguno y de haberla estrechado contra su corazon, se volvió hácia el herido que apoyado en su espada no se cansaba de mirar á Tavira.

—Mi querido Mendoza, le dijo, esa contusion es insignificante para vuestro valor. Sin vos, yo hubiera quedado hoy solo en el mundo: sin vos, Tavira ya no existiria.... se que vos la amais.... yo os la concedo.

A estas palabras contestaron mil gritos de aprobacion de aquellas gentes. Tavira lloraba de alegría, mientras que don Nuño, embriagado de felicidad, estrechaba con su mano robusta la débil del anciano que le llamaba su hijo.

Al traves de los escarpados riscos de la montaña se veia desde lejos desfilar una larga comitiva de hom-

bres, que caminaban en hilera por no permitir otra cosa aquellos estrechos y peligrosos senderos. Eran las gentes del castillo que iban subiendo á el lentamente, llevando en medio á sus señores. Era una verdadera marcha triunfante: todos salian al paso para verlos y su tránsito era acogido con gritos de alegría. El oso iba tendido sobre una especie de parihuelas formadas de pronto con ramas de árbol y llevadas con destreza por cuatro escuderos. Tavira cerraba la marcha en medio de su amante y de su padre. Este se avistó aquel mismo dia con el de don Nuño y le dijo:

—Mi Tavira y vuestro hijo se aman hace tiempo. Hasta ahora enemistades de familia nos han tenido desunidos y yo no he querido consentir en esta boda. Esto ya no será un obstáculo de hoy en adelante: yo soy viejo y les dejaré mi castillo y todas mis osesiones. Don Nuño ha salvado la vida á mi pobre Tavira y es preciso que sea feliz.

El padre de don Nuño consintió desde luego en unas proposiciones tan ventajosas. Las circunstancias particulares que habian preparado aquella boda, el amor de los dos jóvenes, el peligro que habia corrido la una, el esfuerzo y audacia del otro, todo á la vez interesaba en su favor.

El valeroso jóven se restableció bien pronto de su herida y condujo á Tavira á la capilla del castillo, donde ambos recibieron la bendicion nupcial, pudiéndose decir con toda propiedad al ver tanta dicha producida por una catástrofe, que si la aparicion de la fiera fué un mal, NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

EL QUE FUÉ A SEVILLA

PERDIÓ SU SILLA.

PROVERBIO DRAMATICO.

PERSONAGES.

ROSALIA.
CAMILO. } Estudiantes.
BUENAVENTURA. }
EL CORO.

(*La escena pasa en Madrid*)

ACTO PRIMERO.

EL CORO. Allí viene el estudiante Camilo, perdido de amores, cada vez mas, por la hermosa de Rosalía, la hija del rico comerciante. Anda acechando el instante de hablar cuatro palabras á su querida..... ¿Mas no es tambien el estudiante Buenaventura el que se dirige hácia este sitio? Viene componiendo un soneto para su querida Rosalía. ¿A cuál de los dos es á quien ella prefiere? No tardaremos mucho tiempo en saberlo. Ya se han visto los dos rivales

y se han dirigido unas miradas nada caritativas por cierto. Buenaventura pasa sin detenerse por delante de la casa de Rosalía; pero no tardará mucho en volver; no hay que dudarlo. Veamos ahora lo que se dicen Camilo y Rosalía. (*El coro se retira un poco á la espalda.*)

———

CAMILO. Buenos dias, señorita Rosalía.

ROSALIA. Buenos dias, Camilo.

CAMILO. ¡Qué frialdad hay en ese saludo! Ya veo yo que vd. no me quiere, Rosalía, y que Buenaventura es el preferido.

ROSALIA. Buenaventura es un escelente muchacho; pero de todos modos á mí no me corresponde decir si le prefiero. Yo haré lo que mi padre mande.

CAMILO. ¡No sabe usted nunca otra respuesta! ¿Y no hay siquiera una palabrita de amor?

ROSALIA. Marchad pronto, que sale mi padre. (*Camilo huye.*)

———

BUENAVENTURA. Buenos dias, señorita Rosalía.

ROSALIA. Buenos dias, Buenaventura.

BUENAVENTURA. He visto salir á vuestro papá y aprovecho la ocasion para presentaros este soneto, que mejor que todo cuanto yo os pudiera decir, os pintará los tormentos que padezco. Porque sufro por vos, cruel, lo que nadie se puede figurar.... y sin embargo, ingrata, no me amais. Sin duda que ese Camilo es el preferido.

ROSALIA. Camilo es un escelente jóven y mi padre sabrá escoger entre vds. dos el que mejor me convenga. Pero ya vuelve mi padre. Adios. (*Retírase.*)

BUENAVENTURA. ¡Vaya! ¡vaya! esto es cosa para desesperarse.

———

EL CORO. Camilo no iba contento al apartarse de Rosalía, y Buenaventura, á la verdad, no ha pasado con cara de pascua. Se conoce que la eterna respuesta de la muchacha los tiene ya aburridos. De la resolucion que adopten depende el triunfo de uno de ellos. Aqui viene Camilo, procuremos saber lo que medita.

———

CAMILO. Es preciso que tenga término lo que á mí me está pasando. El medio que he imaginado es escelente; pero sino surte efecto, me levanto la tapa de los sesos.

EL CORO. ¡Cáspita!

CAMILO. ¿Qué es eso? ¿Quién me habla?

EL CORO. Somos nosotros, amigo Camilo, somos el coro antiguo y nuestro empleo es consolar y reanimar al héroe dándole escelentes consejos.

CAMILO. El cielo es quien os envia. Figuraos que adoro á la señorita Rosalía, la hija de ese rico mercader de la esquina.

EL CORO. Ya lo sabemos.

CAMILO. Tengo un rival que se llama Buenaventura; y la muchacha no se decide por ninguno de los dos; pero yo he encontrado un medio de hacer que se decida.

El coro. Sepamos cuál es.

Camilo. Salgo de Madrid hoy mismo y voy á establecerme en Sevilla por unos dias. Todos los correos escribiré una carta á Rosalía, empezando á lo primero con tiernas quejas, seguiré luego con lamentaciones y concluiré con amenazas de quitarme la vida. Es menester asustar á las jóvenes para que á uno le quieran. Rosalía no podrá resistir á mi elocuencia; ella que tan propensa es al romanticismo, se exaltará y al fin vendrá á ser mi esposa. ¿Qué pensais de mi proyecto,

El coro. Que es cosa grande.

Camilo. Gracias por vuestra aprobacion. Voy al instante á ponerlo por obra.

———

Buenaventura. Esto no puede durar así por mas tiempo y es indispensable que antes de ocho dias sepa yo en lo que ha de venir á parar.

El coro. ¡Hola! ya tenemos aquí al estudiante Buenaventura.

Buenaventura. ¿Quiénes sois vosotros?

El coro. Nosotros somos el coro antiguo y nuestro empleo no es otro mas que.....

Buenaventura. El de consolar y reanimar á el héroe dándole escelentes consejos. Está bien: ya me lo sabia yo eso desde que estudiaba la retórica; pero ya que puedo contar con vuestros servicios, habeis de saber que estoy loco de remate por mis amores con Rosalía, la hija del comerciante. Tengo un rival que se llama Camilo y la pícara de la muchacha

anda burlándose de los dos sin decidirse por ninguno; pero al fin he descubierto un medio de hacer que se decida.

El coro. ¿Y cuál es?

Buenaventura. Pienso introducirme en casa del viejo comerciante y cultivar su amistad. Una vez dentro de la casa, me esmeraré en obsequiar y galantear á la hija. Con las mugeres lo que se necesita es constancia. Estaré contínuamente á su lado, se irá acostumbrando á mí y al fin seré su marido. ¿Qué os parece mi proyecto?

El coro. Que es cosa bien pensada.

Buenaventura. Me alegro que lo aprobeis. Voy en seguida á que me presenten en casa del comerciante. (*Vase*).

El coro. El proyecto de Camilo nos parece bueno y el de Buenaventura no nos parece malo. El uno se dirige á la imaginacion, y el otro á la costumbre... ¿Cuál de los dos triunfará? Esperemos un poco para saberlo, observando en tanto lo que hacen los muchachos, porque este lance promete ser divertido.

ACTO SEGUNDO.

Rosalia. (*Sola.*) ¡Pobre Camilo! Pasa todo el dia en los campos solitarios lamentándose de mis rigores. El canto del ruiseñor le recuerda mi voz: las flores del campo dice que no exhalan un olor tan grato como mi aliento, y la serenidad del cielo le repre-

senta la de mis ojos. Este si que me quiere: su carta me ha conmovido estraordinariamente y estoy por contestarle que vuelva. (*Entra Buenaventura.*)

BUENAVENTURA. Señorita Rosalía, vuestro papá me ha dado permiso para que os acompañe á esa funcion que ha de ser magnífica. ¿Estais dispuesta ya?

ROSALIA. ¡Tan pronto!

BUENAVENTURA. ¡Qué! ¿pensais no divertiros?

ROSALIA. No por cierto, vamos allá.

EL CORO. La carta de Camilo no dejó de hacer su efecto y al leerla, las lágrimas se le saltaban á Rosalía. Veremos ahora lo que consigue Buenaventura en la funcion.

———

ROSALIA. Apenas tengo fuerzas para quitarme las flores y adornos de la cabeza, y los párpados se me cierran sin querer. ¡Qué cansancio! Pero en cambio ¡cuánto me he divertido! Buenaventura es un muchacho muy fino. ¡Qué bien baila y qué atenciones ha tenido conmigo! Preciso es que esté enamorado de mí de veras, para darlo á entender así. ¡Con qué aire respondió al oficial que tenia empeño en sacarme á bailar! El cántico del ruiseñor.... el vals... el perfume de las flores... Camilo... Buenaventura.... yo me duermo.

EL CORO. Buenaventura progresa de un modo admirable. Rosalía habla de él con un interés que... mucho nos tememos que Camilo se lleve un buen petardo.

———

ACTO TERCERO.

ROSALIA. ¡Otra carta y con esta ya van ocho! La última venia llena de reconvenciones y amenazas. Me escribe que un fuego interior le consume y que la vida le parece un desierto. Lo que sucede con esto es que yo me pongo triste, tan triste, que me es preciso buscar distraccion en alguna parte. Una palabra mia, no podria menos de consolarle; pero y si luego vuelve á las andadas?... ¡Qué diferencia con Buenaventura! Este siempre se llega á mí con la sonrisa en los labios y si se abre su boca es para contar algun suceso divertido.... como que no piensa mas que en el placer de los demas. Ciertamente que como decia ayer mi padre, seria el mejor de los esposos.... pero leamos la carta de Camilo.

«Querida Rosalia:

«A la hora en que recibais esta carta, ya mi alma habrá volado hácia las regiones de la eterna ventura. Vuestros desdenes me han traspasado el corazon y la bala de una pistola pondrá remedio á este mal. ¡Ya pocos dias me quedan de vida! Compadeced puesto que muere sin veros, al desgraciado

CAMILO.

¡Dios mio! ¡Se dá la muerte por mí! ¡Qué pena tan grande! A este es á quien yo quiero. (*Entra Buenaventura.*)

BUENAVENTURA. ¿Qué teneis, Rosalia, que os encuentro tan pálida?

ROSALIA. Yo... no tengo nada; pero vd., ¿porqué trae el brazo puesto en ese pañuelo?

BUENAVENTURA. Esto no es mas que un simple rasguño de aquel oficialito que á la fuerza queria bailar con vos. No es cosa de cuidado y todavía vengo á ofreceros este otro brazo, para acompañaros al teatro donde se estrena ópera esta noche.

ROSALIA (*Aparte*) ¿Que haré? Si me estoy en casa acordándome del de allá, este se quejará y con razon. En resumidas cuentas: si aquel se ha matado, ha sido por su gusto ó su capricho, mientras que este ha espuesto su vida por mí. (*En voz alta*) Vámonos, Buenaventura.

ACTO CUARTO.

CAMILO. Ya estoy de vuelta. Necio de mí, que habia llegado á figurarme que ella iba á ir en pos de mí por esos caminos. ¿Cómo habia ella de atropellar por todo y abandonar á su padre, causándole tal vez la muerte? ¡Vaya que esto era mucho pedir! Pero de todos modos el golpe esta dado y á estas fechas le ha entrado el amor revuelto con la compasion. ¡Qué efecto voy ahora á producir en ella cuando la diga: «Prenda de mi vida, el deseo de volverte á ver es el que me hace vivir: tu mano es la que me ha apartado del borde del sepulcro.» Ella

esclamará sin duda—¡Cielos! ¿Es esto un sueño? El es.... Caerá desmayada en mis brazos y dentro de ocho dias será mi esposa. No hay cosa como tener un poco de ingenio para salir de apuros en este mundo. (*Oyese el sonido de una banda de música.*) ¿Pero á donde van todos estos músicos?

El coro. Van á dar una serenata á la hermosa Rosalía, la hija del comerciante, porque se casa mañana.

Camilo. ¿Con quién?

El coro. Con el estudiante Buenaventura.

Camilo. No estaba entonces en la persuasion de que yo habia muerto.

El coro. Al contrario, lo que la ha decidido es creer que os habiais levantado la tapa de los sesos.

Camilo. ¡Desdichado de mí! Entonces no me queda mas remedio que matarme de veras.

El coro. No hareis semejante disparate. Suspended por un momento esas lamentaciones, porque nosotros tenemos que dirigir algunas palabras al pueblo.

Señores y señoras.

Al coro antiguo correspondia, ademas de la obligacion de consolar y reanimar al héroe dándole escelentes consejos, la de reasumir la moral de la pieza. Por esta razon debemos indicar que toda la de la presente se espresa con el proverbio español.

EL QUE FUE Á SEVILLA PERDIÓ SU SILLA.

Todo lo puede el amor.

MAS VALE PAJARO EN MANO QUE BUITRE VOLANDO.

engo yo una conocida á la que acaba de suceder una aventura que he de referir en confianza. La tal jóven tiene lo que se llama diez y ocho años bien aprovechados, y su único defecto, sin que yo diga cual es, se inferirá por esta historia; y como el tal achaque es harto comun en las jóvenes de su edad, voy á referirles el lance por si gustan escarmentar en cabeza agena: por lo que hace á mi amiga, probablemente se enmendará cuando se muera. Por lo demas es una muchacha cabal, quieta como un azogue, silenciosa como una cotorra y triste como unas castañuelas. Si yo describiese aquí su buen palmito de cara, no faltaria tal vez quien la conociese por las señas, y en este caso conviene no hacerlo, por aquello de SE DICE EL PECADO Y NO EL PECADOR.

Las recomendables prendas de esta jóven habian hecho que fijase en ella su atencion y su cariño un sugeto que podia ofrecerla una colocacion sino ventajosa por lo menos proporcionada a su clase. Toda la familia aprobaba el enlace y la novia estaba contenta, porque si bien es verdad que habia alguna diferencia en-

tre su edad y la de su futuro, la amabilidad y escelente carácter de este suplian por todo. El hecho es que la boda ya estaba á punto de verificarse, cuando se dispuso el concurrir á un baile suntuoso, al que todos los de la familia habian sido convidados con mucho empeño. Semejante invitacion habia sido acogida con el mayor entusiasmo por la jóven, y yo que soy medio confidente de los secretos de la niña, sé muy bien cual era su curiosidad porque llegase el dia del placer. Solo temia el que la modista, á pesar de sus protestas, no tuviese corriente el vestido, ó que una parienta suya, enferma de cuidado, acertando á morirse por aquellos dias, la hiciera vestir de luto en vez de gasa y de flores: no hubo novedad en aquella importante salud, y todos los adornos y galas estuvieron corrientes para el dia de la funcion. Yo tuve que examinarlo todo y asegurar que me parecia del mejor gusto, delicioso, perfecto. Para que pudiese fallar con mas exactitud, ensayaba en mi presencia y con viveza estraordinaria la colocacion de algunos de dichos adornos, é impacientada al observar la piadosa sonrisa con que yo acogia sus transportes, me dejaba por acudir á su espejo. Allí quedaba satisfecha paseando sus miradas por el cristal, mientras que yo la decia que para ser hermosa no necesitaba de artificiales adornos. Efectivamente nunca me habia parecido tan bella: la agitacion daba nuevo realce á su semblante risueño, y no podian tacharse de aduladoras mis palabras. Así la dejé yo, y así esperó ella el suspirado instante que parecia alejarse á medida de su deseo y mas todavía, cuando

llegado el dia de la funcion, su futuro esposo que habia de acompañarla, no estuvo presente á la hora de la cita. La jóven ya vestida y ataviada, con la vista fija en el reloj, cuenta los minutos que transcurren y ya empieza á presagiar algun mal, cuando su amante viene á decirla que no va al baile por aquella noche. Los inesperados motivos que le privaban de acompañarla, convencieron á la muchacha, pero no disiparon su sentimiento: despues de haber estado un momento pensativa, esclamó:

—Pues si tú no vas, tampoco yo iré.

—No, contestó el novio, esa conducta daria mucho que decir á los que nos esperan. Discúlpame con ellos y concurre alegre á el baile. Debe ser muy brillante y no es justo que por mí te prives de esa diversion.

—Aunque sea la mayor del mundo, me causará fastidio no estando tú á mi lado.

—Vamos, que no faltará quien supla mi presencia. Alguno pudiera yo citar que....

—Que no me verá mover de la silla en que me siente.

—¡Imposible! ¿A qué prometer lo que no eres capaz de cumplir?

—Te aseguro que no he de bailar en toda la noche.

—No tengo derecho ni genio para exigir de tí un sacrificio semejante; pero ya que tú misma te ofreces con empeño, le acepto. Te cojo la palabra.... allá veremos como la cumples. Adios.

Hasta que punto hubiera ella permanecido fiel á su propósito, no se puede conjeturar: lo cierto es que ni

el egemplo de sus amigas, ni el armonioso compas de la música, pudieron animarla. Permanecia impasible en medio del bullicio general, cuando el diablo que todo lo enreda, dispuso que un jovencito que la observaba con interés, se compadeciese muy de veras al ver haciendo la tapiceria una jóven tan bonita y tan compuesta. No adivinaba él cuál podia ser la causa de aquel abandono é indiferencia, y por salir de la duda, concertó su plan para invitarla á bailar. A las primeras palabras que profirió con este objeto, levantó ella los ojos para mirar al que la hablaba. ¡Era un jóven tan elegante! ¡Tenia el talle tan bien ceñido, tan ajustados los guantes, tan bien partido el pelo sobre la frente! La revista rápida que las mugeres pasan al que por primera vez las invita á bailar, fué muy favorable al desconocido. Se espresaba ademas con tanta finura y decia tales cosas, que la pobre muchacha que debia estar casi aburrida, no pudo resistir á la tentacion y dejándose llevar por su pareja, se halló puesta de cabecera para un rigodon, sin acordarse de su promesa hasta que estaba en lo mejor de un balancé. En fin, el paso ya estaba dado, y una vez comprometida ya no tenia remedio, y como las cosas que no tienen remedio, lo mejor es olvidarlas, así lo hizo ella en esta ocasion. Volvió á recobrar su buen humor y á poco rato parecia tan satisfecha como el lindo caballero autor de aquella mudanza. La elegancia y amabilidad de este, cautivaron de tal modo á la jóven, que hasta llegó á discurrir si le convendria mas tener por esposo á un hombre como el que entonces la obsequiaba, mas

bien que al prosaico en quien habia fijado su eleccion, y poco se le hubiera importado olvidar á este con tal que lograra conquistar á aquel. Alucinada con tan locas ideas se entregaba á la galop, que era su baile favorito, puesta tiernamente la mano sobre la espalda del infatigable danzarin. Porque es de advertir que no fueron una, ni dos, ni tres veces las que bailaron juntos en aquella noche.

No faltó quien observase esta conducta: hubo un sugeto que aprovechando un momento de descanso, se llegó al oido de la bailarina y pronunció estas palabras:

—¿No recela vd. que se noten las repetidas invitaciones de ese jóven y la usura con que vd. le concede sus favores? Me parece que seria prudente, útil tal vez, proceder con él mas recatada.

—Caballero, contestó ella vivamente, no tengo el honor de conocer á vd. y por consiguiente no le creo con derecho de dirigirme reconvenciones. Si vd. le....

No pudo decir mas, porque el desconocido se habia retirado mordiéndose los lábios y despues nadie la volvió á molestar en toda la noche.

Al dia siguiente, cuando yo fui á visitarla, hallé que estaba en cama con un fuerte constipado. Las prendas de su rico trage estaban por allí desordenadas, los encages rotos y los lazos aplastados. La muchacha, marchita la frescura de su tez, estaba pensativa y en sus ojos conocí al instante que habia llorado. Lamentaba la pérdida de una almendrita que desgraciaba un rico par de pendientes, sentia la conducta

del galancito de la víspera, que cuando se cansó de bailar ó quiso mudar de pareja se habia largado sin despedirse siquiera, y para fin de fiesta, sacó de entre las almohadas una carta que dijo acababa de recibir de su futuro esposo, y me instó para que la leyese. En el tal papelito era muy notable el pasage siguiente:

. . . . . .«Desde ahora rompo los lazos que á tí me unian y me felicito de poderlo hacer á tiempo antes de ser víctima de tu ligereza, porque la muger que con tanta facilidad olvida sus voluntarias promesas, olvidará del mismo modo sus juramentos mas solemnes.

NADIE DIGA

DE ESTE AGUA NO BEBERE.

Entraba en una fonda de esta capital, y precisamente á la hora en que mas concurrida se halla por sus gastrónomos diarios, un sugeto al parecer recien llegado á Madrid. Buscando mesa donde colocarse miró por casualidad á una rodeada por cuatro jóvenes elegantemente vestidos, y fijando la vista en uno de ellos, esclamó:

—¡Felipe!

—¡Lorenzo! esclamó á su vez el otro jóven, levantándose prontamente de la mesa, para recibir á su amigo.

Fueron pronunciados estos nombres con tal acento de sorpresa y alegría, que hicieron suspender por un momento las hostilidades en aquellas mesas cubiertas de víctimas: cesó el ruido de los tenedores y de las copas, y los dos jóvenes fueron por un momento el blanco de las miradas de todos; mas al ver que despues de las recíprocas felicitaciones, el jóven de la la mesa hizo sentar al recien venido á su lado y entre los otros tres convidados suyos, el apetito pudo mas que la curiosidad y cada cual se aplicó á su negocio con el mismo furor gastronómico del principio y sin cuidarse mas de los jóvenes.

Seguian estos entre la comida una conversacion muy animada que todo el mundo podia escuchar, atendido el tono con que hablaban. Las primeras preguntas se dirigieron á Lorenzo que volvia de América, agregado á una comision artística, y la conversacion, como era natural, giró sobre aquel pais; pero despues con la volubilidad propia de gente jóven, giró sobre una porcion de cosas diversas. Se habló de los periódicos, de las elecciones, de las escopetas de caza, del suicidio, del plan de estudios y de las piernas de las bailarinas del Circo.

—Ya que hablamos de mugeres, esclamó Lorenzo, como inspirado, ¿qué nuevas me dais de Antoñita?

Al oir este nombre lanzado sin reparo en medio de la conversacion, se pintó una viva sorpresa en el rostro de los tres convidados de Felipe, y aun este, algo inmutado, quiso cortar la conversacion, diciendo á su amigo:

—¿Quieres tomar fresa?

—Gracias, contestó distraido y sin advertir lo que pasaba, porque se habia puesto á pelar una naranja. Vaya decidme algo de Antoñita, aquella célebre muchacha á la que yo puse el nombre de Nini-Fo, desde el dia en que leí en un diccionario mitológico, Nini-Fo, *Diosa del placer entre los Chinos.*

Aquí se detuvo Lorenzo, en primer lugar, viendo que nadie le respondia, y en segundo, porque se habia metido en la boca el primer cacho de naranja. Apenas se le hubo tragado, cuando siguió con el mismo tema.

—¡Ah! qué buenos ratos hemos pasado haciendo burla de la tal Antoñita. Figúrense vds., caballeros, que mi amigo Felipe, que aquí está presente, tuvo la debilidad de andar perdido por ella unos quince dias. ¡Vaya, hasta la componia versos.....! No tienes que decir que no, porque yo los he leido. Por cierto que decias que era la estrella que te guiaba, y no faltó quien se tomó el trabajo de hacerte ver, que si te guiaba á tí, tambien guiaba á otros.

Ni por estas lograba el americano captarse la atencion de los convidados. Dos de ellos no levantaban los ojos del plato, el otro miraba á Lorenzo, así como espantado, y en cuanto á Felipe, su desazon iba en aumento.

—Vamos, ¿quieres probar la fresa? volvió á decir á su amigo, que algo amostazado por lo que le pasaba, cogió el plato bruscamente, y volcando la fresa sobre lo que restaba de la naranja y espolvoreando magníficamente de azúcar tan refrigerante mezcla, empezó á revolverlo y estrujarlo todo á manera de sorbete, diciendo entre sí:

—¡Qué diablo! Yo vengo ahora de Yucatan y no se lo que puede haber ocurrido por aquí; pero es preciso salir de la duda.

Despues dirigiéndose á su amigo, le dijo:

—¡Pero Felipe, qué silencioso te has vuelto desde que no nos vemos! La Antoñita te inspiraba mejor en otros tiempos. ¡Caramba! Bastaba mentarla en cuanto supiste lo buena pieza que era, para que te se ocurriesen al instante una porcion de chistes y anécdotas á

costa suya. Aquello era el cuento de nunca acabar!

—Ya no me acuerdo de todas esas tonterias.

—¿De veras? ¡Qué pronto se olvidan las cosas por acá! No, pues por lo que hace á mí, bien presentes las tenia, y por cierto y verdad que mas de cuatro veces he divertido con su relacion á algunas señoras americanas á las que nunca hubiera podido dar á entender qué casta de pájaro era la Antoñita, sin el auxilio de tus caricaturas.

—¡Yo!.... ¿mis caricaturas? No entiendo una palabra de lo que me estás hablando.

—¡Vaya! Vente ahora haciendo de nuevas. Con que no te acuerdas de aquella linda caricatura en que la Antonia estaba representada con el hocico prolongado y los ojos malignos de la zorra, haciendo estragos en un gallinero en que tú figurabas en primer término.... Eduardo, Pepe y Alberto tambien estaban allí en figura de pollitos, y como yo era el único de la comparsa á quien la zorra no habia desplumado hasta entonces, me habias puesto allí á un lado como quien sale todavía del cascaron.

—Todo eso es ya muy antiguo, mi buen Lorenzo, y no creo que estos señores se tomen un gran interés....

—Puede que tengas razon; pero tu reserva es la que me hace hablar así. ¡Vaya! vaya! Olvidarse de la Antoñita, de la alegria de nuestra juventud, del asunto forzoso de nuestras chanzas y conversaciones de artistas! Ella, que cantaba tan bien y escribia tan apasionados billetes en papel de viñetas, apestado de almizcle y cerrado con obleitas de goma! Olvidarse en

fin, de todo lo que yo, el judío errante, el viagero de las aventuras, me acuerdo punto por punto.

Aquí llegaba con su arenga, cuando advirtió que su auditorio no hacia maldito el caso de él. Felipe hablaba en voz baja con el que estaba á su lado y los dos comensales imitaban con intencion marcada la conducta de su amphitrion.

No pudo menos de conocer entonces el orador, que por fuerza habia cometido alguna necedad y tomó aunque tarde, el partido de callarse, consolándose de aquel desaire con dos copas seguidas de Champaña. Acabada la comida se separaron tristemente, sin pesadumbre, sin efusion y con la mayor frialdad; no parecia sino que se habia interpuesto un muro de hielo entre aquellos jóvenes al principio tan afectuosos. Felipe, en particular, parecia atacado de hipocondria.

Lorenzo supo aquella misma noche lo que debiera haber sabido antes de sentarse á la mesa: el casamiento de Felipe con Antoñita, que habia llevado un dote asombroso. Esta atrevida union, protegida por cierto personage de grande influencia, se habia verificado un mes antes con asombro de todos.

Confuso al principio por su aventura; pero despues retozándole la risa en el cuerpo, reunió Lorenzo todos los versos, epígramas y caricaturas que se habian citado en la comida, y envió en seguida el paquete con dos sobres al imprudente detractor de la bella Antonia.

En el sobre interior se hallaba escrito el proverbio moscovita que vá á la cabeza de este artículo.

PIEDRA MOVEDIZA NO CRIA MOHO.

Cosa bien deliciosa es encontrar á orillas de un camino polvoroso y despues de una prolongada marcha, alguna clara fuente sombreada de sáuces y álamos blancos. La yerba que crece todo al rededor, invita al fatigado viagero á que se tienda en ella; el susurro del agua le invita á refrescarse con ella y la frescura de la sombra le hace olvidar que su morada está aun muy lejos, ó que tal vez no tiene morada.

En un sitio semejante y á corta distancia de Sevilla, se encontraron un dia cuatro ó cinco camaradas que viniendo de diversos puntos se habian allí reunido para disfrutar algun descanso, gozando lo ameno del sitio. Su conversacion debia ser interesante á juzgar por lo estrambótico de su trage y la originalidad de su fisonomía.

—Pardiez, camaradas, decia uno delos estrangeros, puesto que ya ha pasado la hora de la siesta y por razones particulares no queremos entrar en la ciudad, hasta que sea de noche, se podia cada uno de nosotros entretener en contar su historia á los demas y esto ademas de ayudarnos á pasar el tiempo, serviria tal vez para que considerásemos mas filosóficamente nuestras miserias. Si os acomoda el partido, yo seré el que rompa la mrrcha.

El que así se espresaba era un viejecillo seco y macilento, de ojos grises, fisonomía burlesca y trage tan singular, que ofrecia una estraña mezcla de todas las profesiones. Sus camaradas, como luego se verá, no eran hombres capaces de echar la oferta en saco roto, así es que cediéndole la palabra, él empezó á hablar, en estos términos:

—Aquí donde me véis, compañeros mios, soy lo que se llama un hombre de importancia. He compuesto una porcion de comedias famosas, sin contar los Autos Sacramentales: mi nombre ha debido llegar hasta vosotros. Yo me llamo el licenciado Zapata.

Quedaron en silencio los oyentes, mirándose unos á otros con la boca abierta, lo que era desmentir las pretensiones del narrador; pero él, interpretando este silencio como una aprobacion de lo que acababa de decir, continuó:

—Desde mis primeros años, tuve una decidida aficion á el arte dramático y á los diez y seis ya estaba contratado en una compañía de la legua. Salí á las tablas en uno de los sitios reales con estraordinario aplauso: recorrí luego algunas provincias, donde no me faltó el favor del público y llegué á ser el apoyo de la compañía.

La muger del autor de la compañía no me miraba con malos ojos; pero yo me hacia el desentendido, porque lo que entonces me sobraba eran los favores y las visitas de las damas. Aconteció sin embargo, que el autor murió dejando buenos pesos duros á su muger, la que me ofreció ponerme al frente de la compa-

ñía, si queria casarme con ella: yo consentí por amor al arte.

Apenas me vi director, no me contenté con distribuir los papeles y poner en escena las piezas, sino que me atreví á componerlas y aunque me esté mal el decirlo, puedo asegurar que mis obras fueron apreciadas por la parte inteligente del público. La otra parte se empeñó en decir que eran frias, pesadas y sin interés, de modo que las entradas fueron disminuyendo y resolvimos embarcarnos para Méjico, donde segun decian, el arte dramático era el medio mas seguro de hacer caudal.

En la travesía hice amplia provision de argumentos que se habian de tratar segun el gusto del Nuevo-Mundo. Llegados á Méjico, anunciamos nuestras representaciones; pero ni un alma vino á ellas, y para colmo de desdichas, mi muger, viendo el cuento mal parado, tomó las de Villadiego con un cacique recien convertido, llevándose sin duda, por equivocacion, el dinero de la caja.

Desde entonces todo ha sido desgracias para mí: escribí versos de circunstancias á los grandes señores y á sus queridas; pero no se dignaron leerlos, y pedí algun socorro á varias personas que me le rehusaron. Al fin un recaudador de contribuciones me admitió por criado y con él volví á España. Yo no habia nacido para servir, por lo que dejando á el amo plantado, quise volver á presentarme en las tablas; pero ya no servia mas que para los papeles de *figuron* y en su desempeño me ha sorprendido la vejez. Ya no puedo

contratarme en ninguna parte y estos andrajos que cubren mi cuerpo, últimos restos de mi guardarropa dramático, son la única cosa que poseo. Estoy perdido sino encuentro en Sevilla alguna alma piadosa que tenga compasion de mí. Por eso me he detenido aquí, no solo para descansar un rato, sino para discurrir como evadirme de tales apuros.

—Tu historia es un poco larga, señor licenciado Zapata, dijo otro, y con que nos hubiéras dicho de una vez que eras *cómico de la legua*, ya estaba sabido tu pasado, tu presente y tu porvenir. Puesto que es indispensable, caballeros, que yo eche tambien mi cuarto á espadas, seré breve. He sido soldado y escritor: me he batido muchas veces y he publicado algunos libros: los combates me han valido algunas heridas y los libros me han conducido á la miseria. A esto se reduce mi vida en dos palabras. Poco me importa lo que sucederá, porque me acostumbro á la vida tal y conforme es, á los hombres tal y conforme quieren ser, y á el tiempo tal y conforme viene. Aquí me he detenido para dormir la siesta, esperando la hora de entrar en Sevilla, donde puede que tenga que pedir una limosna á la puerta de alguna iglesia.

El rostro del que así se espresaba, era notable por cierto aire de nobleza y melancolía: su mirar era vivo y penetrante y su boca sardónica, lo que unido á la mordacidad de sus palabras le hacia parecer un hombre de superior inteligencia. Soldado y escritor, conforme él lo habia dicho, llevaba su hoja de servicios, revuelta entre el manuscrito de una novela. A su lado

tenia una muleta de que se valia para sostener su cuerpo mutilado por las heridas y un raido manteo de estudiante cubria su vetusto uniforme con botones de distintas clases. Así que cesó de hablar, empezó el que estaba mas inmediato.

—Yo he nacido en la ciudad de Ormuz y desde mi infancia ya manifesté deseos de viajar por los mares, por lo que me empezaron á llamar el *marino*. He traficado en todos los pueblos, he visitado paises desconocidos al resto de los mortales y volvia á mi patria, dueño de un caudal considerable, cuando naufragó mi embarcacion á vista de las costas de España. Gracias que he podido salvar el pellejo, pues por lo que hace á mis riquezas todas se han ido á pique. Ahora voy á Sevilla á ver si esos mercaderes tan célebres en todo el globo, quieren ponerme al frente de una nueva espedicion.

Llególe su turno al mas jóven de la compañía. Por la hechura de su vestido se conocia que habia tenido sus pretensiones de elegancia; pero en el dia sus botines estaban agugereados, el terciopelo de su jubon tan raido que descubria la hilaza y la pluma de su gorra marchita y quebrantada.

—Señores, dijo: yo soy italiano de nacion y trovador de oficio. He creido que con un buen palmito de cara, un corazon sensible y un despejo mas que regular era cosa tan facil como segura el medrar en este mundo; desde luego puse todos mis talentos á disposicion de las mugeres: á unas les gustaron mis canciones y á otras les agradó mi juventud; unas me re-

cibian con mil amores porque las enseñaba á cantar y bailar, y otras porque las enseñaba el arte de engañar á los amantes, sin que con todo mi arte pudiera evitar que ellas me engañasen algunas veces. Inglaterra, Alemania y Francia, han sido testigos de mis triunfos; pero la flor de mi juventud ya se pasó, nadie hace caso de mí y se han desvanecido mis castillos en el aire. Solo me faltaba correr la España y voy á empezar por Sevilla, á ver si hago fortuna con alguna andaluza, porque se dice que son blandas de corazon.

Iba ya á empezar su retahila el quinto compañero, cuando sin saber por donde habia venido, llegó á la fuente un desconocido que llamó la atencion de todos. Apoyábase en un báculo largo y nudoso, la barba blanca le bajaba hasta el pecho, una especie de caftan cubria sus espaldas, un gorro forrado de pieles le caia hasta los ojos y unas sandalias de cuero flexible estaban sujetas á sus piernas con correillas encarnadas. Tan fantástico trage y el siniestro brillo de sus ojos daban á este personage un aspecto tan singular, que todos los circunstantes le miraron con asombro.

—Comediantes, trovadores, mercaderes, poetas, les gritó en tono profético, habeis buscado la gloria, la fortuna y el amor y no habeis hallado mas que miseria: esto prueba que para ser feliz es preciso no tener deseos. El cielo os concederá tal vez alcanzar el objeto de vuestro anhelo; pero yo, infeliz de mí, nunca conseguiré lo que pido y no pido mas que descansar. Soy el mas desdichado de cuantos andan

corriendo por la tierra; pero eso no me impide el que pueda socorreros: ahí va una moneda de oro para cada uno y mas os daria si pudiera detenerme; pero hace ya un cuarto de hora que estoy aquí y tengo que seguir mi peregrinacion.

Marchóse al decir esto y á poco rato se perdió de vista.

—¡Dios nos valga! esclamó el veterano, no hay que tocar á ese dinero, por que acabamos de ver al *Judío Errante*.

—Mas que fuera el diablo en persona, replicaron el cómico y el trovador, agarrando el dinero. Si es el Judío Errante, me alegro que Dios no le deje parar en ninguna parte, porque es un metafísico bien fastidioso y por nuestra propia esperiencia, mejor que por cuanto nos pudieran decir, sabemos nosotros que: PIEDRA MOVEDIZA NO CRIA MOHO.

Mas vale tarde que nunca.

IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

Nos hallamos en un valle agreste situado en la parte mas pintoresca de Andalucía. Un riachuelo se desliza entre los sáuces y hace andar las sonoras piedras del molino: una vacada está esparcida por la pradera; los grillos y las codornices cantan en los sembrados, y el blando susurro del agua se confunde con el del viento que mueve las hojas de los árboles. Algunos caserios edificados al pie de la colina, como nidos de pájaros al pie de un matorral, revelan su existencia por medio de la columna de humo que exhalan de sus chimeneas, y mas á lo lejos la aguzada pirámide del campanario se destaca admirablemente sobre el fondo azul del cielo.

Tres hombres estaban almorzando sentados al rededor de una mesa en la sala baja de un cortijo de buena apariencia. Las ventanas que daban á la campiña estaban llenas de macetas de flores que perfumaban la estancia; las cortinas estaban blancas como la nieve, las tablas del piso lustrosas de puro fregadas, y todo allí presentaba un aspecto notable de frescura y de limpieza.

Los tres convidados comian con buen apetito, en especial uno de ellos que por su trage tenia toda la

traza de un viagero. Jóven todavía, los padecimientos y la fatiga habian marchitado su rostro que contrastaba aun mas en aquel momento, con el de sus comensales, robustos y mofletudos como los honrados campesinos. Mirábanle ellos de vez en cuando con amistosa sonrisa y parece que se complacian en excitar mas y mas su apetito.

—¿Quieres, hermano, este alón de pavo?

—Si, en acabando la pechuga.

—¿Y esta perdiz te la comerás?

—Aunque sea con su compañera.

—¿Te gustan las truchas escabechadas?

—Seria hacerles muy grande injuria, si dijese lo contrario: vengan hácia acá.

Y á este tenor, aves, pescados, legumbres, todo lo despachaba sin dejar por un momento sus dientes ociosos, hasta que al cabo de una hora recostándose en su taburete, esclamó:

—Os confieso, que no he almorzado tan bien como hoy en toda mi vida,

—¿Será posible? ¡Tú que has frecuentado las mejores fondas de Madrid y aun de París!

—¡Oh! sí: mas de cuatro veces almorcé en Madrid en casa de *Genieys* y en París en el *Rocher de Cancale* dejándome los quince y los veinte duros con la mayor frescura.

—¡Cáspita! Así no es estraño que no hayas medrado gran cosa en tus especulaciones.

—No ha sido por eso, hermanos queridos, sino porque Dios me ha castigado por desdeñar las humil-

des ocupaciones del campo y vuestra grata compañia, por aspirar á lo que solo pudo existir en mis doradas ilusiones. Me he quedado sin un cuarto y no os traigo mas capital que la esperiencia.

—No merecia la pena, porque á nosotros no nos falta.

—¡Qué quereis! No se tienen por dos veces veinte años en la vida. ¡Oh! ¡si uno pudiera volver á lo pasado! A mí se me puso en la cabeza que habia de hacer fortuna y así que hicimos partijas la herencia de nuestro padre y reduje como sabeis, cuanto me tocó á buenas monedas de oro, partí para Madrid, donde apenas hube llegado me enseñaron en un café un caballero que bebia ponche.

—¿Veis á ese caballero? me dijeron,

—Sí,

—¿Y qué pensais de él?

—Por ahora no pienso mas que es un señor bastante grueso y lleva gaban de color de castaña.

—¡Oh! ese es un grande hombre.

—¿Puede ser?

—Permitid que os presentemos á él.

De esta presentacion resultó un periódico.

—¿Cómo? ¿Tan pronto te engolfaste en la literatura?

—¡Si sabeis que esa era mi comidilla! Yo que me perecia por figurar en algun rinconcillo de un periódico, no pude resistir á la tentacion de publicar uno por mí y ante mí. Nuestro periódico fué fundado en el *Café Nuevo* una noche de verano, y dos dias des-

pues apareció en Madrid LA TORMENTA. Necesitábamos un título fogoso, incandescente, terrible: queriamos que penetrase la antorcha radiante de nuestras convicciones en las tinieblas de la indiferencia é iluminar con la luz de nuestros principios los insondables abismos en que la sociedad corre á precipitarse. *La Tormenta* fué á un mismo tiempo socialista, humanitaria, progresiva y renovadora, minó los antiguos abusos y dió por el pié á el árbol secular de los privilegios. Diez hombres de estado redactaban la parte política y dos docenas de literatos nos brindaban con sus composiciones para la literaria. Nuestro periódicó fué el que inventó esas novelas en folletines que empezando el primero de año no acaban el dia de San Silvestre. Desgraciadamente no pudimos completar ni siquiera el primer tomo.

—¿Segun eso se desbarató *La Tormenta*?

—Pasó como un meteoro, no sin dejar un ardiente recuerdo de su polémica: algunas paradojas mas en la prensa y bastantes doblones de menos en mi faltriquera.

—¿Y el señor grueso del gaban, preguntó otro de los hermanos?

—Estuvo á pique de salir diputado que era lo que él deseaba; mas viendo que no podia lograrlo, comprometió el periódico con un fulminante artículo que le pudiera servir de méritos en otra ocasion y se marchó á tomar los aires á Bruselas. Yo tuve tambien necesidad de tomar las de Villadiego y acordándome del proverbio de que *nadie es profeta en su patria*, deter-

miné marchar á París, y desde la Carrera de San Gerónimo me trasladé al Boulevard de los Italianos.

—Donde sin duda alguna serias bien recibido.

—¡Oh! perfectamente. A las veinte y cuatro horas de haber llegado, ya tenia un amigo íntimo..... ó por mejor decir, un asociado. ¿No veis que tenia la cartera repleta de billetes de banco? Pero toda aquella cantidad me pareció mezquina y quise por lo menos triplicarla. Desde la literatura en que no habia hecho negocio, pasé á las especulaciones. En esta carrera no se adelanta sino á fuerza de audacia, y mi amigo que era hombre emprendedor y amante de la novedad, hizo que interesase gran parte mis fondos en una empresa del empedrado. Cabalmente entonces esta clase de empresas traia alborotado á todo París y no habia sujeto que no llevase su proyecto de empedrado en el bolsillo. Y no se trataba solo de piedras, como el nombre parece que lo indica, sino que habia empedrados de diversas clases de madera, de modo que en lugar de empedrar las calles, propiamente hablando, las desempedraban. Nosotros nos decidimos por el empedrado de hierro hueco y al principio nuestra empresa iba grandemente, prometiéndonos el 100 por 100 de dividendos; pero desgraciadamente se inventó de allí á poco el empedrado con betun, lo que determinó en nuestras acciones una baja tan considerable que la empresa se fué á pique.

—¿Y perdiste todo el dinero?

—Casi todo, con lo que se gastó en anuncios y prospectos. Despues de este lance se nos antojó espe-

cular en las ostras, y el acopio que hicimos privó de ellas á París durante ocho dias: todo calculado por nosotros para que subiesen de precio. Cuando ya llegó á su colmo la impaciencia de los aficionados y de los dueños de las fondas y pastelerias, nos decidimos á abrir nuestros almacenes, contando con una ganancia tan enorme como segura; pero todos nuestros vivalbos habian muerto. Tuve que contentarme con un dividendo de cien mil conchas. Anduve algun tiempo paseándome por París; pero esta es ciudad donde es malo pasearse sin dinero en el bolsillo. No teniendo otro recurso, tomé el partido de volver á la casa paterna donde vosotros, mis queridos hermanos, habeis vivido lejos de las borrascas y de las pasiones. Me habeis recibido como al hijo pródigo, habeis festejado mi llegada con un opíparo almuerzo y me habeis hecho conocer que mientras yo iba á espigar un poco de tardía esperiencia, vosotros haciais ámplia cosecha de felicidad. Aquí me teneis para que dispongais de mí como mejor os parezca: yo á todo me avengo, bien persuadido de que no soy mas que una personificacion del proverbio: IR POR LANA Y VOLVER TRASQUILADO.

La mala yerba mucho crece.

HACIENDA TU DUEÑO TE VEA.

¡Qué galan y qué listo es el *rucio* y como retoza alegremente en medio del prado! Buche todavía, é incapaz de resistir la carga ni de sujetarle á el ramal, su amo le abandona para que disfrute libremente de los primeros meses de su vida. Así es que el buchecillo no hace en todo el dia mas que ir y venir, correr y saltar de una parte á otra. Cuando llega á orillas del arroyo, fija en la corriente sus ojos inquietos y de improviso levanta las orejas que permanecen tiesas é inmóviles. Es que ha visto su sombra y tiene miedo, pero el susto pronto se pasa y empezando de nuevo sus cabriolas se revuelca en la menuda y mullida yerba, la que de vez en cuando despunta con sus dientes.

Los hijos del molinero vienen á jugar con él, que agradecido y jugueton como ellos, salta, corre y los persigue, viniendo por último á comer en su mano. Ni en diez leguas á la redonda se encontraria un pollino tan bien plantado como el *rucio*. Su color tiraba un poquito á gris; la estremidad del hocico blanca como la leche, las cuatro patas graciosamente atravesadas por una raya negra y la cola terminada en un magnífico mechon de pelos rizados y sedosos... en cuanto á orejas, ni un punto mas ni menos de las

que necesita un borrico de buena condicion. En una palabra, el asno que inspiró á Mr. de Buffon su famoso capítulo, no llevaria ventaja al *rucio*, digno por todos títulos de compararse á el asno de Sancho Panza, cuyo nombre llevaba.

En medio de los bulliciosos juegos que su libertad le permitia, le llegó por fin el momento de presentarse en el gran mundo. Era un hermoso dia en que las yerbas despedian mayor frescura y en que la alfalfa tenia mejor sabor. El *rucio* como si conociera que iba á disfrutar por la última vez de una hermosa mañana de primavera, estaba mas listo y mas alegre que nunca, pero en breve iba á despedirse de tanta felicidad.

El molinero avanza trayendo en una mano la albarda y en la otra la cabezada y el ramal. El *rucio* le deja acercar sin recelo: el color de las borlas y alamares le seduce, creyendo que aquel adorno no le sentará mal cuando vaya á mirarse en el arroyo inmediáto. Ya le aprietan la cincha y le ajustan la cabezada: el *rucio* no cabe en sí de alegría, y de un brinco quiere llegar hasta el arroyo, cuando un peso estraño y una nueva presion en la boca contienen todo su empuje y le hacen dar un grito de dolor. Cátate ya al rucio, teniendo que ir una pata tras de otra á donde menos ganas tenia, es decir, al molino.

Allí fué donde el rucio conoció toda la vanidad de sus esperanzas Ya los malditos flecos que le habian seducido, habian perdido todo su brillo: llevar trigo al molino y la harina á los parroquianos, hé aquí su ocupacion desde la mañana hasta la noche: no salir

de la cuadra los domingos, solo ir al prado en algunos dias de primavera y aun entonces para estar atado á una vil estaca, tal es la suerte del rucio. Pero en medio de esto se halla gordo y bien mantenido, sin que su buen natural se haya alterado con la esclavitud. Si comparaba su situacion con la de los demas borricos sus prójimos, debia de darse por muy satisfecho: ellos trabajaban como unos galeotes, teniendo poca paja y mucho palo, mientras que él trabajaba lo que es justo trabaje un borrico bien atendido, y nunca le faltaba, ni paja fresca, ni heno mullido donde recostarse. Ademas los hijos del molinero que habian sido sus compañeros de infancia, le querian mucho y venian de vez en cuando á traerle alguna golosina. El mismo molinero guardaba con él ciertas consideraciones y solo le descargaba alguno que otro varazo, el dia que se habia detenido algo mas de lo regular en la taberna del pueblo.

Si el rucio hubiera seguido teniendo buena conducta, no hubiera salido del poder de su verdadero amo y hubiera muerto en el molino, sentido y llorado como un individuo de la familia. Así lo creian el molinero, su muger y sus hijos; pero HASTA EL FIN NADIE ES DICHOSO y un cambio notable se iba á verificar en la conducta del rucio. El, que tan dócil y resignado se mostraba, se iba haciendo testarudo, esquivo y asustadizo, poniéndose á rebuznar á cada paso, sin rima ni compas. Si lleva los costales al molino, finge dar un tropezon para dar con los sacos en tierra. Si el molinero monta encima de él, empieza á trotar y

correr por los sitios mas escabrosos para molerle bien las asentaderas. Si los muchachos le traen algun puñado de avena ó la corteza fresca y apetitosa de un melon, desdeña estas muestras de amistad, y gracias que no responda con un par de coces. Sin duda que alguna pícara gitana, envidiosa de los elogios que al rucio se tributan, le habrá hecho mal de ojo, al pasar algun dia por el molino.

Pero no es un maleficio lo que atormenta al rucio, ó por mejor decir es el mayor, el mas funesto y el mas terrible de los maleficios: el amor, puesto que es preciso llamarle por su nombre. El rucio no ha podido sustraerse á la ley universal: una flecha invisible ha taladrado su pellejo y se halla perdido de amores por una borriquita cana, que vive á una legua de allí: la borriquita del señor cura. Es blanca como la plata, está gordita y rechoncha, y cuando sube al molino va constantemente con los ojos bajos, sin cuidarse de los rebuznos de entusiasmo que su presencia escita por todas partes. ¿Cómo habia de resistir el rucio á tanta inocencia y tanto candor?

En un estado de civilizacion en que se hiciese mas aprecio de los intereses del corazon, el rucio hubiera sido sin duda alguna el esposo de la *platera* (este es el nombre de la burra) mas por efecto de ese necio orgullo que ha invadido á todas las clases, fueron á casarla con un caballo. Cuando el rucio supo semejante noticia se dió contra las paredes como un desesperado, si trataban de ponerle la albarda se revolcaba por el suelo, cuando iban á montar en él hacia

mil corcobos, y á lo mejor se salia bruscamente del camino y echaba por los rastrojos, buscando la soledad y dando á entender sus penas en altos, sonoros y prolongados rebuznos. En fin, tales cosas hizo, que el molinero, dándose á mil diablos, trató de venderle, para salir de él de una vez.

El nuevo amo fué un alquilador de caballerías, y aunque en su poder, el tiempo y la ausencia volvieron al rucio parte de su tranquilidad perdida, su situacion habia empeorado notablemente. Ya echaba de menos aquellos cuidados y aquellas atenciones que con él tenian en casa del molinero: ya no escuchaba la dulce voz de la molinera y de sus hijos que le animaban al trabajo. El alquilador era un hombre grosero, mal hablado y que se atufaba muy pronto, siendo facil inferir las consecuencias de estos arrebatos. Es verdad, qne algunas veces, particularmente si eran señoras jóvenes las que viajaban, sentia una mano suave que acariciaba sus cortas y espesas crines ó le presentaba algun zoquete de pan; pero todo esto era un tormento para el pobre rucio, pues no se le podia hacer ninguna demostracion cariñosa, sin recordarle su platera, el molinero y los parages en que habia pasado sus primeros años.

Nada hay duradero en este mundo, ni aun aquellas falaces apariencias en que, por no haber otra cosa mejor, nos figuramos consiste la felicidad. Los viages y paseos iban escaseando, habia ya otros medios de trasporte mas cómodos y el alquilador tuvo que disminuir su personal. Vendió el rucio á un saltim-

banqui á quien se le ocurrió reemplazar con un borrico uno de sus perros sabios que se acababa de morir.

Hé aquí al rucio obligado á estudiar las ciencias ocultas, para ponerse en estado de predecir un buen casamiento á las mugeres y adivinar el dinero que en el bolsillo llevan los hombres. Como era un asno muy inteligente, no tardó en ponerse al corriente de su nueva profesion. El dia que se presentó al público, apenas cabia la gente en el corralon donde se daban las funciones.—Rucio, ¿qué hora es?—Rucio, ¿quién es la mas bonita del corro? Y el asno desempeñaba su papel á las mil maravillas, las gentes prorumpian en estrepitosas carcajadas y las monedas llovian en el sombrero del saltimbanqui, que al hacer el caldo gordo esclamaba;—Con este burro hago yo mi fortuna: no parece sino que tiene los diablos en el cuerpo y todavía le he de enseñar á jugar al dominó.

A pesar de todo esto, el rucio no estaba en una posicion brillante, y despues de haber trabajado todo el dia solo obtenia una racion muy escasa. Cuando se iba de viage tenia que cargar con todos los chismes del oficio, el estrambótico trage de su amo, la alfombra, los banquillos, los cubiletes, el botiquin, el bombo, el clarinete y los platillos. Muchas veces tenia que morder los cardos de los linderos del camino y gracias cuando su amo, viendo que iba á caer con la carga, le daba algun pedazo de pan de municion.

A pesar de estos percances, el pollino apelando á su filosofia se conformaba con su suerte y echando sus cuentas, decia para sus adentros. «Tengo que vivir

desterrado de mi pais, pues no quiero ir á él para ver á la *platera en* poder de otro, con que asi estémonos quietos no vayamos á caer en poder de otro peor que este saltimbanqui, que no es malo de remate y que me ha hecho cobrar reputacion de artista, lo que al fin no deja de tener sus atractivos.

¡Escelente modo de consolarse! La vida de artista bajo apariencias brillantes encierra muy tristes realidades, y así es que mientras el rucio echaba estas cuentas ya el público fastidiado de él, no concurria á las funciones y su amo al ver disminuir las entradas le vendió para comprar canarios artilleros.

De artista se convirtió el jumento en militar, porque una vivandera fué quien le compró. El estrépito de la música, el redoble de los tambores, las banderas que flotan, los fusiles que resuenan, todo esto sedujó al rucio: pero enmedio de este oropel, que llueva ó que nieve, que truene ó que haga sol, tiene que marchar detras del regimiento, llevando encima á la vivandera y las provisiones. En cuanto á la racion siempre anda escasa; pero ¡bah! en la guerra como en la guerra: ya se desquitará en el pais conquistado.

Los soldados animaban y acariciaban al pollino por respetos de la vivandera; pero esta pobre muger fué muerta de un balazo en una retirada y cuando en la dispersion causada por el enemigo, el rucio vió llegar el momento en que todos le abandonasen, algunos soldados viejos cargaron en él la leña y las marmitas, diciendo que le adoptaban y que desde allí en adelante seria propiedad del regimiento.

Una noche se hizo alto en medio de un bosque; se encendieron las hogueras del vivac; cenaron los soldados y despues de establecidas las rondas y centinelas, cada uno se tumbó á dormir por donde pudo. El borrico abandonado á su voluntad, andaba errante por el campo, estirando el pescuezo y con la tripa vacia, porque la gloria militar no se la llenaba.—¡Ah! decia, mientras que no he pertenecido mas que á un amo, á mi primitivo y verdadero dueño, he sido feliz, pero ahora que tengo por amo á todo un regimiento, me veo en el colmo de la miseria. Al fin el molinero, el alquilador, el saltimbanqui y la vivandera se acordaban alguna vez de mí; pero ahora nadie se acuerda de que estoy en el mundo. Cuando llego al campamento echando los bofes, cada escuadra se come su rancho y por lo que hace á mí, componte allá como puedas. El campo es libre y si por ir á pacer un poco de yerba, el enemigo me encaja un balazo, poco se pierde por eso. Seria un cobarde si fuese ahora á desertar de las banderas; pero en diciendo que se haga la paz, me vuelvo á la vida privada, aunque nunca pase de ser borrico de molino.

Entretenido en estas reflexiones y con el ánsia de encontrar un poco de yerba fresca, se habia ido saliendo del campo é internándose en el bosque. Era entonces el medio del invierno y los animales feroces abundaban en la selva. Apenas habia andado en ella cien pasos, cuando un lobo hambriento se precipitó sobre él y le agarró por el pescuezo. Quiso defenderse pero era imposible con tal enemigo: dió un grito ter-

rible pidiendo socorro; pero sus mil y tantos amos dormian profundamente. El infeliz rucio no tuvo tiempo mas que para acordarse antes de espirar, de la espresion que tantas veces habia oido repetir al molinero: HACIENDA: TU DUEÑO TE VEA.

HAY QUE TOMAR EL TIEMPO

CONFORME VIENE.

Los que hayan tenido costumbre ó precision de pasar por la calle de la Montera de doce á dos de la tarde, en los hermosos y serenos dias del invierno, no pueden menos de haber reparado en el jóven Florentino de Céspedes.

Este jóven que solia obtener la palma de la elegancia entre los acicalados jóvenes que allí concurren á pasar el tiempo y á murmurar de los lindos talles de las señoritas que pasan, podia con justa causa ser tenido por el hombre mas desocupado de Madrid, donde á la verdad no faltan ociosos; pero esta circunstancia no chocaba tanto como la originalidad de su genio.

Su padre le habia dejado al morir un título aristocrático y un considerable repuesto de pesos duros: Florentino agarró estos últimos y echó los títulos á un lado y á los que le interpelaban porque no lucía su título de marqués, les decia riendo:

—¡Bah! el título de marqués solo sienta bien á los que tienen mucha barriga y gastan gafas de oro, y yo por desgracia estoy tan seco como una espina y veo mejor que un lince.

En la tierra de los ciegos el tuerto es rey.

Lo cierto es que él no queria envanecerse con un título cuyo orígen nunca le habia podido esplicar su padre, cuando era sabido de todos que su abuelo, plebeyo por todos cuatro costados, habia venido á Madrid á buscar la madre de Dios, como se suele decir, con un trapo detras y otro delante.

En cuanto Florentino agarró los patacones del viejo, tuvo miedo de que se le apolillaran y no se daba barro á mano para gastarlos. Si le invitaban á jugar jugaba y si llegaba á perder una gruesa suma, se quedaba como si tal cosa. Cuando ganaba no habia pariente pobre, y generalmente se puede decir que nada tenia suyo: su mesa, su carruage estaban á disposicion de todo el mundo, y la única cosa que reservaba para sí era una cierta ninfa de la ópera que le honraba con su estimacion. Por lo demas, comia bien, dormia mejor, reia en los sainetes, se enternecia en los melodramas y olvidaba todas sus pesadumbres con el humo de su cigarro.

Divulgóse un dia la noticia de que habia quebrado y aun desaparecido de Madrid el comerciante en cuya casa habia Florentino depositado sus fondos. Esta noticia la confirmó él por la noche en el Casino á sus inseparables amigos.

—Y ahora ¿qué es lo que te queda? preguntó uno de ellos.

—El dinero que tengo en el bolsillo y unos cuantos recibos que nunca cobraré.

—¡Cáspita! Es un golpe terrible.

—¡Vaya! nadie se muere por eso.

No se le notó en toda la noche alteracion, ni pesadumbre, y al siguiente dia se supo que habia puesto en venta todos los muebles de su casa, el tilburí, el caballo y todo cuanto tenia. A la caida de la tarde entraba á comer en una fonda de la calle del Caballero Gracia, cuando se encontró con un amigo suyo, que al verle con las manos metidas en los bolsillos de un gaban abotonado hasta el cuello, pues ya el reloj, cadenas y guantes blancos habian desaparecido, no pudo menos de esclamar:

—¿De dónde diablos vienes con esa facha?

—¿De dónde?..... de ver á mi Dulcinea, la que por cierto y verdad que no ha querido recibirme.

—¿Pues cómo es eso?

—Porque dice que mi desgracia la haria deshacerse en lágrimas.

—¡Qué ingrata!

—No por cierto: las lágrimas ponen encarnados los ojos y marchitan el rostro. Es preciso que todo el mundo viva.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—Salir mañana de Madrid. He revuelto en mi juventud algunos libros de matemáticas: los suficientes para saberme gobernar á bordo de un navío. Voy á comprar algunos géneros con el metálico que pueda juntar, y á pretesto de comercio, me marcho á Cádiz y allí me embarco para América.

—¡Tú! ¿Tú que no te atrevias á ir á pié hasta el embarcadero del canal?

—Cuando tenia un buen caballo; pero ahora que

no tengo mas que mis dos piernas, iré con ellas hasta el cabo del mundo.

Florentino cumplió su palabra: fué á Cádiz, donde algunos comerciantes, antiguos conocidos de su padre, le proporcionaron los medios de embarcarse, y el jóven elegante, trasformado en tosco marino, se hizo á la vela para el Brasil, á bordo de la fragata *Amaltea*.

Florentino vendió en Rio-Janeiro su pacotilla y se asoció á un antiguo corresponsal de su padre, para establecer un ingenio de azúcar. Algunos meses despues de estos sucesos, circulaba en los corrillos de la calle de la Montera una carta general de Florentino para sus amigos, que reian ámas no poder con la lectura de frases por este estilo:

«Fumo cigarros de la Habana, hechos en Rio-Janeiro con hoja de tabaco de Maryland; gasto medias blancas, pantalon blanco, casaquilla de mahon y sombrero de paja para que el sol no me derrita los sesos, porque aquí todo el año es mes de agosto. Podia pasar por un Pablo, si tuviera á mi lado una Virginia; pero no tengo por ahora mas que negras feas como demonios, que plantan sus cañas, cantando seguidillas del Senegal. Mi habitacion campestre parece una decoracion de teatro: me acompañan en ella algunos micos y asisten á mi mesa algunos papagayos. Si teneis aficion á la pesca de caimanes, podeis daros una vuelta por acá, porque atraviesa por mi parque, que es una selva vírgen, un rio en que estos animalitos andan siempre rebullendo por el agua.»

A este tenor era lo demas de la carta.

Al cabo de cuatro años, volvió Florentino á Madrid y su primer cuidado fué el de frecuentar los sitios donde era conocido. Estaba un poco moreno; pero en lo demas, en nada habia cambiado su fisonomía.

—¡Calla! aquí tenemos á Florentino el colono..... el plantador! esclamaron al verle aparecer en el Casino, algunos de sus antiguos conocidos.

—El mismo que viste y calza, respondió él. He hecho negocio con mis cañas de azúcar y mis cafetales y ahora he aprovechado la ocasion de dar una vuelta por acá para ver á los amigos.

En suma Florentino volvió á poner cuarto con el mismo boato antiguo, á renovar todas sus relaciones, y hasta su misma ninfa de la ópera, al verle presentarse de seguida en la luneta, con el lujo que tanto la deslumbraba, le escribió una carta en estilo coreográfico, diciéndole que tendria sumo placer en escuchar de su boca la relacion de sus aventuras.

Pero entre estas idas y venidas, naufragó y se hizo pedazos contra la costa el buque en que venian las riquezas de Florentino, y como su corresponsal no habia cuidado de asegurarlas, se vió arruinado por segunda vez.

Florentino tomó esta vez como la primera, el partido de venderlo todo, y de allí á pocos dias, con blusa y gorra de camino, subia al interior de una de las diligencias peninsulares. Al despedirse de sus amigos, le preguntaron estos:

—¿Y ahora te marchas á las Indias?

—No: me quedo un poco mas acá. Voy á la provincia de Ciudad-Real á administrar las haciendas de un tio mio. De plantador de caña de azúcar, voy á convertirme en cosechero y administrador.

No lejos de donde Florentino fijó su residencia, vivia un rico propietario, cuyo hijo pasaba los inviernos en la córte para seguir los estudios en la universidad y conocia casualmente á Florentino, por haber corrido juntos una broma en las máscaras. Gránde fué la sorpresa del referido jóven, cuando galopando un dia tras de las liebres al través de las viñas y los rastrojos fué dar á una tierra recien arada donde á los galgos costaba trabajo el correr y reconoció en el que guiaba la yunta á su conocido de la córte.

—¿Qué diantres estais haciendo ahí, querido?

—A la vista está: estoy ensayando un arado de nueva invencion y creo que le adoptaré, porque la esperiencia sale perfectamente.

—Con que es decir, que os habeis hecho labrador?

—La necesidad lo quiere así y yo sigo el egemplo de Cincinato; pero tened la bondad de dejar paso á las mulas, porque la caza no debe servir de estorbo á la agricultura.

Despues que hubo recorrido todas las haciendas adoptando las mejoras y tomando las disposiciones que le parecian oportunas, fijó Florentino su residencia en la principal casa de labor de su tio, para dirigir desde allí sus órdenes y atender mejor á la administracion. Uno de sus antiguos camaradas de Madrid, que pasaba á Córdoba solo por distraerse

unos dias; al apearse de la diligencia en la parada del pueblo de Villarta, la primera persona que le llamó la atencion fué el bueno de Florentino, que con pluma y papel en la mano estaba sentando las cargas de uba que pesaban á la entrada de una casa, como de opulento labrador. Necesitó sin embargo que Florentino le hablase, para acabar de salir de la duda de si era él ó no, pues no era cosa fácil el reconocerle. Florentino tenia el pelo muy corto, estaba afeitado y sin bigote, y un gran chaqueton, faja encarnada de seda y sombrero calañés acababan de trasformarle.

—Riete cuanto quieras de mi facha, decia al ver la sonrisa que asomaba á los lábios de su amigo. Yo no tengo amor propio y tan bueno soy para un fregado como para un barrido.

Despues de diez y ocho meses de faenas rurales y cuando Florentino ya se iba acostumbrando á su nueva situacion, le llegó de improviso una carta con la noticia de que su amigo y asociado del Brasil habia muerto del vómito negro, dejándole por heredero universal de todos sus bienes que con los plantíos, el ingenio y los géneros almacenados, ascendian á una cantidad enorme. Florentino envió al instante sus poderes y con la mediacion del cónsul español en Rio-Janeiro pudo realizar cuanto le pertenecia.

Era entonces demasiado fuerte la tentacion, para abstenerse de dar una vuelta por Madrid, y Florentino volvió á pasear por la calle de la Montera. Esta vez el rico frac de vicuña con botones cincelados, habia sustituido al chaqueton de paño burdo.

Loca es la oveja que al lobo se confiesa.

—Otra vez, Florentino; esclamaron en coro sus amigos, ¿eres rico para siempre?

—¡Tal vez! Pero aunque volviese á quedar arruinado, sabria tomar una determinacion, pues nadie puede considerarse como perdido, cuando sabe TOMAR EL TIEMPO CONFORME VIENE.

LA CODICIA ROMPE EL SACO.

Varios sugetos casi todos jóvenes, bebian licores y fumaban habanos en una habitacion retirada de la mas suntuosa fonda de la capital. En la animacion de sus estrepitosos diálogos y en el abandono de sus actitudes se podia conocer que estaban, como suele decirse, un poco alegres y que no habian sacado mal escote en la comida que allí habian tenido. Uno de aquellos jovencitos habia obtenido un buen empleo y habia querido celebrar este suceso, que en España es de alta importancia, obsequiando con un convite á sus amigos y compañeros.

Presentábanse contrastes notables en aquella reunion: habia jovencitos á quienes apenas apuntaba el pelo en la barba y cuyas frentes se manifestaban sin las huellas que dejan las pesadumbres: otros habian llegado á la edad en que la fuerza es igual á el deseo, pero tambien habia algunos á quienes el trabajo y las pesadumbres habian puesto blancos muchos de sus cabellos. Estos miraban con grave sonrisa como iban desapareciendo las espirales azules formadas por el humo de los cigarros, y es que sabian por esperiencia que los años mas bellos de la juventud pasan como el humo.

La pieza estaba bien abrigada y el viento que sonaba en la calle y la lluvia que azotaba los vidrios quitaban las ganas de salir de allí, así es que todos prefirieron pasar en conversacion lo que faltaba de la tarde.

—¡Que viva la alegría! esclamaba el jóven empleado, casi tendido sobre un sofá. A mí, el borragear folletines con las plumas y papel de ministerio, no me impide el cobrar la nómina el dia treinta del mes.

—Mejor es todavía no depender del gobierno, ni de nadie y vivir de rentas propias en una habitacion tan cómoda como la mia.

—A la verdad, contestó otro, que si en esto no consiste la felicidad, no sé yo en que consiste.

—¿Y tú qué te haces? Estas palabras fueron dirigidas á uno de los comensales que se hallaba entonces sorbiendo metódicamente su taza de café.

—¿Yo? estoy á la espectativa.

—¿De qué?

—De un destino mejor que una canongía que me ha prometido un primo mio, diputado ministerial.

—Pues estate á la espectativa y verás lo que tarda en caer el ministerio. Algo mejor lo entiendo yo, que he logrado inspeccionar las prisiones á nombre del gobierno, para proponerle las mejoras convenientes.

Así continuaban estos coloquios en que una alegría espansiva hacia revelar á cada uno cuales eran sus deseos y sus esperanzas. Unicamente un jóven retirado á uno de los estremos de la sala, guardaba un obstinado silencio, sin ocuparse mas que de saborear

el humo de su cigarro. Mas sus camaradas no tardaron en apostrofarle bruscamente.

—¿Y tú, le dijeron, qué te haces ahí guardando un silencio que haria honor á una estátua? ¿Has perdido ya todas tus ilusiones? ¿No tienes esperanzas? Vamos, esplícate.

—¿Y para qué deseais que hable? Todos estais contentos á cual mas y vuestra felicidad os parece segura y perdurable. Que sea enhorabuena. El uno tiene un buen empleo, el otro una buena renta, el otro una escelente comision, el otro va á casarse, hay quien espera una herencia y no falta quien se gasta la suya. A este precio tambien yo podia ser feliz; pero os lo confieso, esta clase de felicidad, maldita la gracia me hace. Yo quiero hacer fortuna al galope y dar un giro á las pocas ó muchas pesetas que tengo, para arruinarme de una vez ó cuadruplicar el número. A mí me gusta aventurar el todo por el todo y HERRAR Ó QUITAR EL BANCO.

—¡Bravo! ¡bravo! Así nos gusta: pecho á el agua, amigo mio. Mientras que los jóvenes prorumpian en estas esclamaciones, se levantó de su silla un personage desconocido, alto y moreno que habia sido presentado en la reunion por uno de los convidados, y acercándose al orador, le dió un golpecito en el hombro, diciéndole:

—Me parece que nosotros dos hemos de entendernos. Quereis confiarme esas pesetas que teneis de mas. Os prometo que dentro de un año, ó no tendreis un cuarto, ó tendreis un millon.

Leopoldo de Albornoz, que este era el nombre del ambicioso jóven, siguió al desconocido á un rincon de la sala, y allí los dos estuvieron mano á mano, hablando cerca de media hora con la mayor animacion. Al cabo de este tiempo se dieron un apreton de manos y el desconocido salió.

Los convidados habian ido retirándose. Leopoldo buscó entre los que habian quedado al de su mayor confianza, y fué á sentarse con él junto á la chimenea.

—Mi querido Esteban, le dijo, tú que eres un hombre prudente, vas á darme un buen consejo.

—No hay inconveniente en ello. Los consejos se dan; pero falta que se reciban.

—Ese sugeto con quien me has visto hablar es un famoso navegante, conoce á dedillo las costas de la Península, y al mismo tiempo tiene un carácter tan original, que no quiere sujetarse en ningun buque del estado, ni del comercio. Tiene ademas un proyecto al que quiere asociarme.

—¡Bajo qué condiciones!

—La principal es que le preste los fondos que le hacen falta.

—Pero sepamos qué proyecto es ese.

Leopoldo se acercó y empezó á hablar muy bajito al oido de su amigo, que al instante frunció las cejas.

—Eso es ilegal, le replicó; pero Leopoldo se encogió de hombros. Es ademas muy espuesto.

—No se toman truchas á bragas enjutas, contestó Leopoldo.

—¡Ya me lo figuraba yo! Me venias á pedir consejo

cuando estabas muy resuelto á hacer tu santa voluntad. Permíteme solamente que te advierta QUE LA CODICIA ROMPE EL SACO.

—¡Bah! esclamó Leopoldo, á ese saco ya le reforzaré yo la costuras.

—Poco tiempo despues de estos sucesos, uno de los sugetos quehabian asistido al convite en la fonda, se encontró en el muelle de Cartagena á Leopoldo en trage de marino.

—Amigo mio, le dijo, ¿qué haces en este sitio y con semejante trage?

—Voy á embarcarme. ¿Ves ese buque al que las olas acarician blandamente? Pues va á llevarme por lo pronto á Gibraltar y despues ¿quién sabe...?

—¡Tal vez des la vuelta al mundo! esclamó su interlocutor con marcada ironía.

—Tanto como eso no; pero tengo deseo de visitar esos paises donde se cogen los polvos de oro, el marfil y otras cosas que pueden enriquecer á el hombre en pocos dias. Adios, acaban de disparar el cañonazo de leva y creo que solo á mí esperan para hacerse á la vela.

Leopoldo se metió en una chalupa que dirigia un hombre alto y moreno y llegó pronto á el buque, que una hora despues desaparecia en el horizonte.

—¡Es cosa particular! esclamaba el camarada de Madrid, viendo desplegarse el blanco velamen de la embarcacion, juraría haber visto al capitan de la chalupa en el convite que tuvimos poco hace en Madrid.

Seis meses despues, todos los periódicos copiaban de la Gaceta el siguiente párrafo:

«El comandante militar del tercio naval del Málaga da parte de la entrada en aquel puerto, del falucho *Valeroso*, del resguardo marítimo, conduciendo una embarcacion contrabandista con rico cargamento, apresada en direccion de Gibraltar, despues de un vivo combate que sostuvo la tripulacion contrabandista cuando vió que la fuga era imposible. Entre los muertos en el choque se cuenta un jóven llamado Leopoldo de Alb... el que por los papeles que se le han encontrado, resulta ser de una distinguida familia.»

El periódico se cayó de manos de Esteban al leer esta noticia.—¡Pobre Leopoldo! esclamó. Bien se lo habia yo dicho, LA CODICIA ROMPE EL SACO.

CADA BUHONERO

ALABA SUS AGUJAS.

El 19 de marzo del año pasado el señor don Prudencio de Miralvilla llamó á su gabinete á su sobrino José, de cuya tutela estaba encargado.

—Querido, le dijo al verle entrar, hoy es el 19 de marzo, dia de tu cumpleaños y dia tambien, continuó mirando el reloj, en el que hace un cuarto de hora que eres mayor de edad. Este cuarto de hora le he necesitado para liquidar tus cuentas de tutela, sino ya hace un cuarto de hora que te hubiera enviado á llamar. La cuenta y sus comprobantes ahí están sobre el bufete y puedes enterarte á toda tu satisfaccion.

—Por Dios, tio...

—Bien, bien: ya sé que me vas á suplicar que siga con la direccion de tus negocios y á decirme que no podian estar en mejores manos.

—Precisamente lo ha adivinado vd.

—Si; pero yo soy un viejo egoista que no me tomo cuidados agenos, sino cuando no puedo pasar por otro punto. Tienes 15,000 duros de capital, es decir 5,000 mas de los que á mí me entregaron, y por tanto el aumento que han tenido tus fondos me autoriza para descansar. Antes de abandonarte la direccion supre-

ma de tus asuntos, voy á hacerte una pregunta. ¿Has visto la comedia PRIMERO SOY YO, de Calderon?

—No señor.

—¿Ni la has leido tampoco?

—Tampoco.

—Lo siento, porque la moralidad de ese título comprende toda la ciencia de la vida, y para que no pierdas su recuerdo, voy á demostrártele puesto en accion. Sígueme.

A poco rato de esta escena, don Prudencio y su sobrino entraban en casa de un banquero que vivia en la misma calle.

—Señor de Gonzalez, mi sobrino y yo venimos á pedirle á vd. un pequeño favor.

—¡Favores á mí! Ustedes que entre los dos tienen 30,000 duros disponibles?

—Pues, cabalmente esos miles son los que en el dia nos traen desasosegados. Usted que está muy ducho en esto de los negocios, bien nos podia dar un buen consejo. ¿Qué hemos de hacer con ese capital?

—No podian vds. llegar á mejor ocasion para emplearle con acierto. Ahora lo que priva son las empresas de caminos de hierro. Puedo presentar á vds. los proyectos y bases de muchas de ganancia segura, y con el capital que vds. poseen pueden tomar un buen número de acciones. Estas cada vez han de ser mas estimadas, como que sin el derecho que tienen á la parte proporcional en los beneficios de la casa, rinden un interés anual de 4 por 100. Con que así, al cabo de diez años podeis doblar el capital.

—Ya pensaremos en ello, contestó don Prudencio, y empujando á José con el codo, le dijo en voz baja: CADA SANTERO PIDE PARA SU ERMITA.

Habian apenas salido á la calle el tio y el sobrino, cuando vieron venir por la misma acera un sugeto con quien el tio se encaró, diciendo:—Me alegro infinito de encontraros en esta ocasion. El señor, dijo á su sobrino, es el hombre mas capaz de darnos un buen consejo y pronto nos lo probará. ¿Si vd. tuviera 15,000 duros disponibles, qué haria con ellos?

—Compraria al instante una buena posesion.

—¿Seria este el mejor modo de emplear el dinero?

—¡El mejor del mundo! Las tierras bien cultivadas dan un tres ó tres y medio por ciento, y si se ensayan los nuevos procedimientos de cultivo, pueden llegar hasta cuatro. Ademas, las tierras son cosa que siempre permanece, y no hay bancarrota que se lleve consigo los prados.

—Puede que tenga vd. razon. Ahora falta saber donde habria una buena posesion.

—Hay una magnífica cerca de San Martin de Valdeiglesias. Fue en un principio de bienes nacionales, pero ha pasado ya por dos ó tres compradores y yo que la adquirí á peso de dinero, la he mejorado con las obras y reparos que necesitaba. En el dia y con harto sentimiento mio, tengo que deshacerme de ella por un capricho de mi muger, que se empeña en ir á establecerse en Barcelona donde tiene su familia. El dia que querais ver la finca no teneis mas que avisarme é iremos juntos. Pero no hay que dormirse en las

pajas, porque la posesion tiene muchos golosos, como que la propiedad es hoy dia uno de los poderes de estado.

—Pues bien, quedamos en eso, dijo don Prudencio al despedirse.

—Este es otro como el anterior, esclamó José, sonriendo.

—¡Oh! replicó el tio, todavía no será el último, CADA UNO ARRIMA EL ASCUA Á SU TAJADA.

Dirigiéronse desde allí á una gran casa situada en uno de los estremos de Madrid, donde un medio pariente suyo llamado Peñalva, habia establecido una fábrica de productos químicos, en la que estaba muy afanado de noche y de dia. La visita de sus parientes pareció que le causaba la mayor satisfaccion; pero cuando supo el objeto de ella no pudo disimular su alegría.

—No podriais dirigiros á otra parte mejor, esclamó. Mi fábrica tiene inmensas relaciones y me hacen pedidos de las cinco partes del mundo; mas para dar á mi industria todo el desarrollo de que es susceptible vendrian como de molde esos 15,000 duros de que me hablais. Imponed, pues, esa cantidad en mi fábrica: nos asociamos y la firma Peñalva, Miralvilla y compañía irá hasta los Antípodas. ¡La industria es la reina del mundo!

—Ya meditaremos eso despacio. Otro dia volveremos, querido primo.

—¡Tambien este á pesar de que es pariente! esclamó José, así que estuvieron solos.

—Primero yo y siempre yo, contestó lacónicamente su tio.

Era ya la hora de comer y hallándose bastante lejos de su casa, se entraron en la fonda que hallaron mas á mano, y en la que el mozo al presentarse para servirlos dijo:—Justamente tenemos un pavito relleno que es cosa de chuparse los dedos.

—¡Ah! esclamó don Prudencio, ¿con que tienen vds. un pavo relleno, eh...? pues bien, que nos traigan un par de perdices.

José no pudo contener la risa, al escuchar esta salida.

—¿Te ries, eh? Riéte cuanto te dé la gana. El tal pavito es lo mismo que la fábrica de tu primo, que las tierras de mi conocido y los ferro-carriles del comerciante: quieren salir de él cuanto antes. Dejemos que otros se le coman.

Por la noche concurrieron, por haber sido convidados de antemano, á el baile que se daba en casa de uno de los mas acreditados agentes de cambio. Cuando llegaron, ya estaba lleno el salon de gente y se esperaba otra tanta por lo menos. Sin saber como ni cuando corrió la voz por el salon de que allí se encontraba un elegante jóven, mayor de edad desde aquel mismo dia, y que con su persona podia ofrecer sendas talegas de duros. Semejantes chiripas no se encuentran todos los dias y la ocasion no era para desperdiciada.

—Es preciso casarse, amigo mio, decia un antiguo empleado á José. Los cuidados de la familia son el

mejor calmante de la juventud y os impedirán derrotar el caudal en cuatro dias. Como yo fuera vuestro padre, mañana mismo se habian de correr las amonestaciones.

Acercóse don Prudencio con disimulo á José y le dijo al oido:

—El bueno del hombre tiene tres hijas de saca y se acuerda del refran CASA TU HIJO COMO QUISIERES Y TU HIJA COMO PUDIERES.

—Yo no soy de ese parecer, continuó un empleado superior del ministerio de Hacienda. ANTES QUE TE CASES MIRA LO QUE HACES, y un jóven no debe casarse antes de haber corrido mundo y esperimentado la vida. Cuando sepa lo que es el mundo y haya adquirido aquella madurez hija de la esperiencia, entonces es cuando se debe casar.

Don Prudencio tuvo maña para decir á José:

—El oficinista tiene una hija; pero es todavía una niña de doce años: cuando tú hayas visto mundo y tengas esperiencia, ella tendrá ya diez y siete ó diez y ocho años, que es la edad mas bonita para encontrar marido.

—¡Bah! decia el agente de cambio, el matrimonio no es el negocio mas importante de la vida. Hoy dia no se piensa mas que en la riqueza, y la riqueza está en la Bolsa. Este caballerito tiene un capital respetable y puede lanzarse álas especulaciones: DINEROS SON CALIDAD y las especulaciones la pasion dominante del siglo. Si se deja dominar por mí, antes de un año no hay en San Basilio quien pueda competir con él.

—Y el agente de cambio, dijo don Prudencio, habra ganado infaliblemente sus derechos de corretaje, aunque tú te hayas quedado sin un cuarto á *la alza* y *á la baja*.

Dichas estas palabras, cogió del brazo á José para salir del baile, esclamando: Siempre el egoismo, siempre. El egoismo que está en todas partes, que es inmortal y que en el caso que nos ocupa, se reduce á este proverbio.—CADA BUHONERO ALABA SUS AGUJAS.

NO HAY QUE DEJAR LO CIERTO

POR LO DUDOSO.

Hará cosa de unos diez años que dos jóvenes amigos se despedian á la puerta del café del Príncipe y dándose afectuosamente la mano, se juraban como es costumbre, no solo no olvidarse uno de otro, sino visitarse con la mayor frecuencia posible. Uno de los dos jóvenes era poeta, y si la exaltacion de su lenguage y sus ademanes ya no lo indicase, lo revelaria el que en el momento de despedirse de su amigo, estendió su brazo hácia la puerta del teatro y con ademan profético esclamó:

—Allí es donde mi vocacion me llama: allí es donde únicamente se han de realizar mis ilusiones. ¡Para mí el mundo, la gloria, el aplauso y todos los triunfos y prestigios de la fama!

El otro jóven aunque amante de la literatura, tenia sin embargo mas calma y mas modestia y contestó casi enternecido á su compañero:

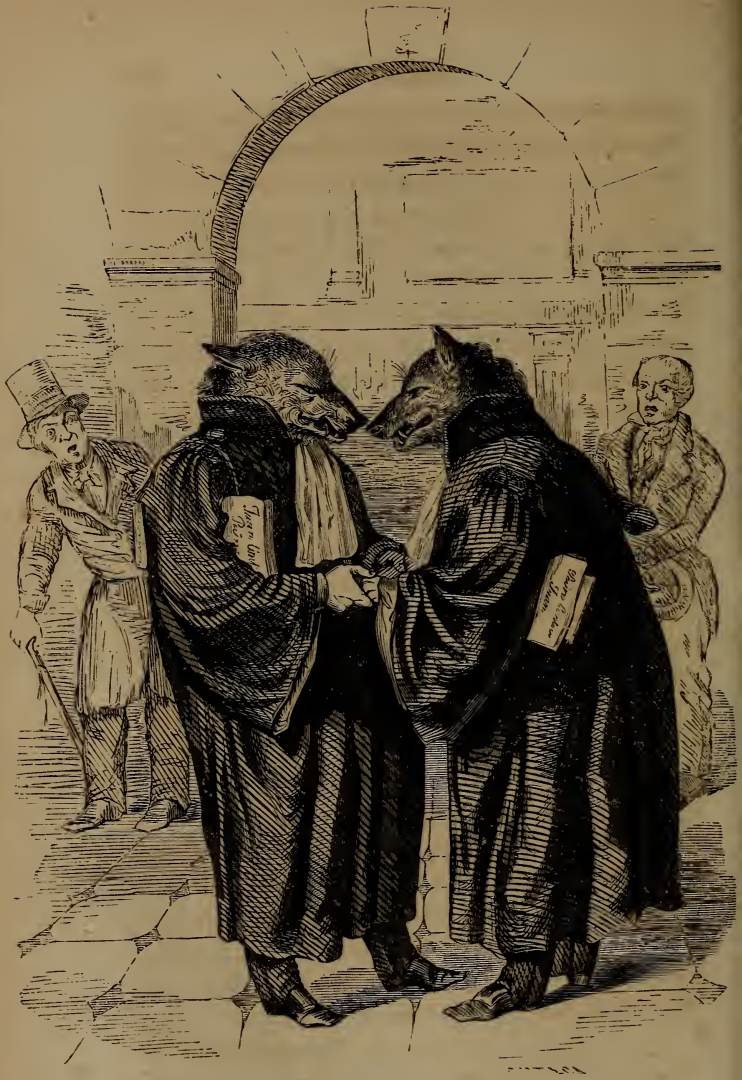
—Me abandonas; ya no te contentan nuestros proyectos, ni te satisfacen nuestros estudios solitarios. Ojala no te acuerdes algun dia de ellos! Quiera Dios que en esa nueva y dificil carrera que vas á emprender, no eches de menos algun dia nuestro solitario

gabinete y te acuerdes con tristeza del tiempo en que nos leiamos nuestras composiciones, que no nos atreviamos á insertar en ningun periódico, sin que mereciesen nuestra mútua aprobacion.

—¡Qué espíritu tan apocado tienes! contestó el otro, no ves tú que la region donde yo voy á entrar es la de la fortuna y de la gloria? En el teatro es donde se adquiere la celebridad y sino ¿dónde han adquirido la suya Breton, Rubí, Zorrilla y casi todos los mejores literatos? Yo aspiro á colocar mi nombre á el lado del suyo: en cuanto á tí, estáte metido en un rincon, si así te place: pero no trates de cortar los vuelos á el águila que piensa remontarse en los aires.

El aguilucho que habló de esta manera, echó á andar por la calle del Príncipe con aire de triunfo, dejando á su amigo que bajase tristemente por la calle del Prado, hácia su modesto albergue, situado en las inmediaciones del establecimiento donde desempeña las funciones de profesor, y no lejos tampoco de aquel en que se imprimian sus trabajos de erudicion, fruto de sus ratos de ocio. Por medio de una sábia division del tiempo, habia combinado este jóven sus tareas, uniendo al *útile* del profesorado el *dulci* de las bellas letras, y creyéndose por lo mismo con derecho á que sus ensayos literarios fuesen mirados con indulgencia, por lo mismo que no eran mas que una distraccion de otros trabajos mas sérios.

Pasó cerca de un año, sin que volviese ver á el poeta que engolfado entre los autores de primera



Un lobo á otro no se muerden.

nota é insistiendo en su empeño de relacionarse con los representantes de la literatura moderna, desdeñaba todo lo que no condujese á este fin. La primera noticia que tuvo de él, fué un dia en que leyendo un periódico de teatros, vió citado el nombre de su amigo como autor de un drama nuevo del que se hacian magníficos elogios y que la noche anterior habia sido recibido con entusiasmo por el público. Esta noticia le causó suma complacencia á pesar de que no pudo menos de esclamar:

—¡Es feliz y ya no se acuerda de mí! ¿No le dije yo mil veces que sus triunfos me serian tan gratos como si yo los obtuviese?

Aquella misma noche acudió á la representacion del drama de su amigo. Era entonces la época en que hacia furor el romanticismo y todos los dramas gustaban, con tal que tuviesen el colorido de la edad media. El drama en cuestion era de la escuela de Victor Hugo, y pasaba en mitad del siglo XIV, por consiguiente no podia menos de gustar. El jóven profesor, á pesar de que por sus estudios se inclinaba mas á lo clásico, no pudo menos de aplaudir el drama de su amigo con el fanatismo y la exaltacion de un romántico. Durante la representacion vió al jóven autor en la luneta, rodeado de otros camaradas con barbas y melenas de todas clases, y saludándole con un espresivo movimiento de cabeza, ya le quiso dar á entender la satisfaccion que esperimentaba.

En el primer entreacto vino su amigo á darle mil escusas por haber estado tanto tiempo sin ir á visitar-

le; pero las tareas que le agoviaban, los cuidados, los ensayos inseparables de un drama nuevo habian absorvido todos sus instantes.

—Esta noche cenas con nosotros, continuó el dramaturgo, porque en cuanto termine la representacion, todos los amigos nos reunimos á la mesa.

Así sucedió efectivamente y hasta una hora muy avanzada de la noche duró el ruido de los brindis y las detonaciones de la botellas de Champaña. La cena costó mas de cincuenta duros y no fué aquella la última vez que el aplaudido autor trató así á sus admiradores.

Seis meses despues de este suceso volvieron á encontrarse los dos amigos á tiempo que ya otro drama habia sostenido el prestigio del primero y la reputacion de su autor.

—¿Cuánto te han valido tus piezas? dijo el profesor al poeta.

—Como unos 20,000 reales.

—¡ Vamos ! Ya tienes dinerillo para un poco de tiempo.

—¡Bah! Ya no tengo un cuarto. Antes de la representacion debia casi la mitad y luego he gastado lo restante. Pero no me importa: tengo otro drama en ensayos, ademas una novela en prensa, y pienso publicar memorias, viages... pero tú, amigo mio, ¿qué diablos te haces? ¿En qué te ocupas? ¿A dónde ibas ahora tan apresurado?

—Voy á una de las casas nuevas de la plazuela

de Oriente, donde tengo que dar una leccion y despues me pasaré por la redaccion de mi periódico favorito, donde espero publicar un artículo... Tambien yo tengo en prensa una traduccion, un tratadito elemental de enseñanza y un librito de recreo para niños.

—¿Y cuánto te ha producido tu pluma desde que no nos vemos?

—Unos 4,000 reales.

—¡Cuatro mil reales! esclamó el poeta, soltando una carcajada. ¡Pobre amigo mio! Eso es la cuarta parte de lo que yo gano en un año. Ahora que ya estoy acreditado, cuento con una renta segura con el producto de mis dramas y de mis libros..... A propósito, ¿llevas un duro en el bolsillo? Se me ha olvidado el mio, y no quisiera hallarme sin dinero en el sitio donde ahora me voy á presentar.

Gozoso por hacer este pequeño favor á su poético y brillante amigo, se apresuró el otro jóven á darle lo que le pedia, recibiendo en cambio un buen apreton de manos que le dió el poeta diciéndole al tiempo de marchar.

—Pierde cuidado, yo haré que hagas fortuna, aun que tú no quieras.... Ya verás dentro de poco qué casa voy á poner yo y qué tren tan magnífico el mio.

El profesor siguió su camino, casi riéndose, pues estaba muy lejos de sentir la pesadumbre que tuvo la otra vez, cuando se despidió de su amigo á la puerta del café del Príncipe. Estaba, por otra parte, distraido con la idea de su próximo casamiento con una jóven

con la que sostenia relaciones hacia mucho tiempo y que sin ser rica, reunia sin embargo circunstancias que debian asegurar el bienestar de una familia acostumbrada á vivir de erudicion y de amor.

Cuando el poeta supo que su amigo se casaba, empezó á hacer una grandísima rechifla de él, diciendo:

—¡Irte ahora á esclavizar, tú que podias haber hecho tan brillante carrera con un poco mas de audacia y de confianza en tí mismo! En mi mano estaba, si tú hubieras querido, el proporcionarte una boda ventajosísima.

A pesar de estas observaciones, el modesto profesor se casó, dejando á su amigo que volase con toda libertad por las altas regiones de la existencia literaria. Conforme lo habia anunciado, puso una magnífica habitacion en la que estaban reunidas todas las apariencias de la riqueza y del lujo. Pero si el proverbio *no es oro todo lo que reluce* podia con exactitud aplicarse á alguna persona, de seguro que era á él. Toda la esplendidez y aparato de su casa ocultaban una infinidad de deudas que harian estremecer al hombre mas osado. El género romántico empezaba á decaer; la última produccion del poeta fué desairada por el público, y cuando se presentó con otra nueva al empresario, este la rehusó, diciéndole que el género en que escribia ya no estaba en boga. Ya no le era posible retroceder en el fausto que ostentaba, ni evitar los gastos en que se habia comprometido. Por algun tiempo, su imaginacion infatigable hizo frente á todo y los volúmenes que se sucedian con rapidez pudieron acallar á los

acreedores; pero en breve no habia manuscritos suficientes para contentar á todos. Por otra parte, los trabajos del poeta se iban resintiendo cada vez mas de la precipitacion y ansiedad con que se ejecutaban. ¿Cómo era posible que tuviese el sosiego que requieren los trabajos literarios, quien estaba temiendo desde su bufete escuchar la sinfonía poco melodiosa del retintin de la campanilla, pulsada por la mano vigorosa de algun importuno acreedor?

Era imposible seguir así por mucho tiempo, y el poeta, al cabo tuvo que darse por vencido. Su cabeza se trastornó, y una mañana en que no tuvo mas remedio que escuchar á todos sus acreedores, despues de haber agotado su caudal de promesas, escusas y protestas, quedó tan altamente fastidiado, que dando al traste con todos sus manuscritos, y dejando á sus acreedores que se apoderasen de cuanto tenia, salió precipitadamente de su lujosa habitacion, resuelto á no poner mas los pies en ella.

Dirigióse maquinalmente hácia la modesta y pacífica mansion que en otro tiempo habia desdeñado, y desde el punto que la divisó, ya parece que sintió algun alivio de la situacion á que le habian reducido sus apuros dramáticos y económicos. Entró en aquella casa de modesta apariencia; pero risueña y que anunciaba el bienestar de sus habitantes: atravesó el patio, subió por la escalerilla de la derecha y empujando la puerta que halló entornada, se quedó detenido en el umbral, como deteniéndose á respirar el ambiente de felicidad que allí se disfrutaba: un balconcito que caia

á un pequeño jardin estaba abierto de par en par, y los sarmientos de un frondoso emparrado venian á entrelazarse en los hierros del balcon, mientras que el suave aroma de las acacias entraba á perfumar la estancia.

Esta habitacion era la del profesor, que recibió á su amigo con los brazos abiertos, y que sabiendo ó adivinando lo que pasaba, se abstuvo de rèconvenir á su amigo y de pedirle esplicaciones. El poeta no habia visto esta habitacion desde antes que su amigo se casase, así es que la recorrió con sumo placer, pareciéndole que tenia para él nuevo atractivo. Nada habia sin embargo de nuevo, mas que una estremada limpieza y aquellos adornos de interior, aquellas preciosas chucherías que siendo verdaderas futilidades para los hombres, constituyen parte de lo necesario para las mugeres.

—¡Qué deliciosa y qué tranquila habitacion! esclamaba el aburrido poeta, examinando todos los detalles; pero su verdadera sorpresa fué al entrar en el conocido cuarto de estudio. Allí no habia penetrado la oficiosa mano de la muger, y todas las cosas se hallaban en el desórden característico de esta clase de gabinetes. Allí estaba el sitio que el poeta antiguamente ocupó, allí su recado de escribir, allí los libros favoritos que solia consultar, y allí por último su silla, cual si en aquel momento acabara de levantarse de ella.

—¿Para quién se conserva ahí ese asiento? preguntó conmovido.

—Para tí, amigo mio, contestó el profesor, apre-

tándole afectuosamente la mano. Bien sabia yo que tú habias de volver tarde ó temprano. La carrera dramática es mas espinosa de lo que parece, y si en el teatro es donde los jóvenes poetas se dan á conocer, tambien allí es donde se desacreditan. En este asilo hallarás la tranquilidad, que es lo que ahora principalmente te hace falta; trabajarás concienzudamente para satisfacer á tus acreedores, cuyas importunidades no tendrás que temer, porque yo soy quien se encarga de recibirlos, puesto que si tú lo quieres, vivirás en nuestra compañía, hasta que te convenzas con mi egemplo de que por seductoras que se nos presenten las apariencias,

NO DEBE DEJARSE LO CIERTO POR LO DUDOSO.

CASATE POR INTERES

Y ME LO DIRAS DESPUES.

Serian las cuatro ó poco mas de la madrugada, cuando yo desperté en una hermosa mañana de verano. No sé si mi sueño fué interrumpido por los alegres trinos de algunos pajarillos que vinieron á revolotear delante de mi ventana, ó por la claridad del alba que penetraba al traves de las vidrieras; pero sé que estas dos cosas me recordaron los placeres que ofrece naturaleza al que sale á contemplarla al despuntar un hermoso dia de la estacion templada. Deseoso, pues, de disfrutarlos, no bien habia formado el designio, cuando saltando del lecho y vistiéndome á la ligera me puse inmediatamente en la calle.

Apenas habia puesto en ella los pies, cuando el eco pausado y vibrante de la campana de un templo inmediato resonó en mis oidos: como si aquel llamamiento religioso se dirigiese directamente á mí, fuí siguiendo su misterioso sonido hasta encontrarme dentro de la iglesia. Pocas eran las personas que habian madrugado á hincar sus rodillas en el santuario, y un devoto silencio reinaba en aquel espacioso recinto, alumbrado en parte por la luz de los cirios, y en parte por los primeros rayos del sol que empezaban á bajar desde las altas ventanas de la cúpula. Llamó primera-

mente mi atencion un grupo de personas arrodilladas en el presbiterio, y por la posicion respectiva que ocupaban, desde luego conocí que era una boda la que allí se estaba celebrando. Acerquéme poco á poco á presenciar la matrimonial ceremonia, y á enterarme algun tanto de las personas contrayentes. La desposada, aunque vuelta de espaldas, por lo esbelto de su talle y las graciosas formas de su cuerpo, realzadas por un elegante vestido de boda, prometia ser una hermosa jóven: el esposo por el contrario, me pareció hombre ya de alguna edad.

Otras observaciones hubiera yo continuado haciendo mientras duraba la misa, si otro incidente no hubiera venido á llamar poderosamente mi atencion, y este fué un jóven que oculto detrás de uno de los pilares del templo, manifestaba claramente en su actitud que solo deseaba ver sin ser visto, cuanto pasase en el altar. A veces permanecia inmóvil, sumergido en silenciosa contemplacion, y otras veces parecia agitarse y como si de sus lábios entreabiertos dejase escapar algunas palabras vagas é incoherentes. Fácil me fué conocer que aquel jóven tenia un interés muy vivo en aquella escena, y que esto por desgracia era en contra suya, porque la espresion del dolor estaba retratada en su pálido semblante. Mucho fué lo que yo me compadecí entonces del mancebo, y ya fuese por efecto de esta compasion, ya por mi genio naturalmente inclinado á observaciones de esta clase, y por averiguar si efectivamente era cierto lo que yo me sospechaba, determiné apurar aquel asunto hasta lograrlo que desea-

ba. Por esto, cuando terminada la ceremonia los nuevos esposos atravesaron la iglesia para salir acompañados de un numeroso séquito, yo no perdí de vista á mi jóven, sin cuidarme de la novia, que por su hermosura y sus galas iba atrayéndose las miradas y los elogios de todos. Cuando le ví desfilar poco á poco, detras de la comitiva, desfilé yo del mismo modo detras de él, cuando fuera de la iglesia, él se quedó estático mirando á su bella hasta que la perdió de vista, me estuve yo quieto del mismo modo á poca distancia suya, y cuando al fin le ví partir, no en pos de la comitiva sino por otra calle opuesta y á pasos precipitados, me determiné á seguirle con la misma celeridad.

La indicada calle va en derechura á parar al mejor paseo de Madrid, y en uno de los bancos de piedra que adornan tomó asiento el jóven con notoria distraccion dejando su sombrero sobre la losa, cual si quisiera que el aire de la mañana refrescase su frente acalorada. Tambien yo fuí á sentarme en aquel banco como si lo ejecutase por casualidad; pero con la intencion decidida de entablar el diálogo con mi desconocido. Cuando él notó que otra persona acababa de sentarse á su lado, hizo como una demostracion de ausentarse; pero se contuvo, sin duda porque su accion no me pareciese un acto de descortesia. Yo que observé todo esto y que conocí que el pájaro se me iba á escapar, me apresuré á entablar conversacion, sin que al pronto me ocurriese para ejecutarlo mas que el traqueteado recurso de hablar del tiempo.

—¡Hermosísima mañana! esclamé, y por cierto que

mucho me admira, amiguito, verle á vd. ahí tan aburrido y tan absorto en sus pensamientos que no le permitan levantar los ojos para mirar el delicioso paisage que nos rodea.

—Caballero, contestó él en un tono á propósito para darme á entender que mi familiaridad le chocaba, no tengo el honor de conocer á vd. y....

Entonces me apresuré yo á interrumpirle, diciendo: Pues yo si puedo decir que le conozco á vd. á pesar de que no le he visto hasta hoy. Puedo señalar sin riesgo de equivocarme la causa de esa pesadumbre que le agovia, y sino dígame vd. si me equivoco en lo que voy á decirle. Vamos á ver: vd. ama á una jóven muy bonita.

—Si señor.

—Y esa jóven ha correspondido por algun tiempo á su amor de vd., por lo menos vd. así se lo creia.

—Así es la verdad,

—Y hoy, sin embargo, su bella de vd. le abandona y promete amor á otro hombre al pié de los altares.

—Es cierto.

—Ahora por consecuencia, se halla vd. luchando consigo mismo, y no sabe si olvidarla, si vengarse de ella, si abandonarse á su propia desesperacion.

—Así es precisamente como vd. lo dice. ¿Pero cómo ha sabido vd?...

—Muy sencillamente, señor mio; la casualidad me ha conducido á la iglesia cuando estaban en la boda: allí reparé en vd. y creí adivinarlo todo. Despues, compadecido de vd. porque á mí tambien me ha suce-

dido alguna cosa parecida á la que á vd. le pasa, le he venido siguiendo, solo por ver si mi esperiencia y mis consejos podian proporcionarle algun consuelo.

Desapareció al oir esto la cara de mal humor que el mancebo me presentaba: me apretó una mano y me dijo:

—Caballero, muy en el alma le agradezco á vd. ese interés que se ha tomado por mí, sin conocerme siquiera. Su llegada de vd. aquí la miro yo, no como una casualidad, sino como un favor de la Providencia para distraerme de las ideas que me dominaban ahora poco, y créame vd. que eran bien fatales. En la opresion que esperimento, necesito algun desahogo y en ninguno podia encontrarle mejor que en vd. que tan buena voluntad me manifiesta.

Si señor: yo he amado á una muger tan jóven como bonita: vd. segun parece la ha visto en la iglesia y podrá conocer que aquella ideal hermosura es bastante á disculpar el esceso de una pasion correspondida. ¡Ah! tarde conozco mi engaño; pero ha sido preciso que yo mismo fuese hoy á verla unirse con otro, para persuadirme de que me olvidaba, para acabar de perder mi consoladora esperanza. Ya no me es posible dudar; con toda evidencia sé que he perdido el amor de esa muger y con él todo cuanto sostenia el entusiasmo de mi juventud. ¡Ah! todas mis doradas ilusiones han caido desvanecidas, cual caerán luego las ojas de estos árboles. Ya hasta la vida me es aborrecible, pues me falta el principal vínculo que a ella me unia. ¿Podrá acaso verse una suerte igual á la mia?

—Muchas, querido. Esto es cosa que sucede todos los dias. A decir verdad, los amores constantes que triunfan de todos los obstáculos y llegan á debido término, á pesar de todos los compromisos y seducciones, solo los he visto en las novelas, y lo que sí he visto realmente en nuestra sociedad civilizada, ha sido muchos amores interrumpidos por el capricho, sobre todo mediando el interés.

—Ahora sí que lo ha dicho vd. todo. El maldito interés es el que hoy me arrebata mi bien. El es el que ha disimulado la diferencia que hay entre la edad, inclinaciones y cualidades de mi amada y su esposo, y el que en la balanza del amor es de mas peso que la prometida fé de los amantes.

—Bien ¿y todo eso que le prueba á vd? Lo que yo acabo de decirle: que el interés individual es el poder real y efectivo que apaga ó aviva la llama del amor y que, dominando en todas las cosas cual tirano absoluto, preside tambien por lo general á los casamientos del dia.

—Presida enhorabuena; así mi amada disfrutará comodidades que yo no la podria proporcionar. A mi lado ¿qué podria esperar?.... la miseria tal vez. ¡Oh! no: que viva feliz á el lado de ese hombre que prodigará cuanto pueda colmar sus deseos y realzar su hermosura. Sea ella feliz y mas que yo viva en dolor eterno!

—¿Pues qué, cree vd. de buena fé que una vana ostentacion de riqueza, que los intereses en fin, sean suficientes á labrar la felicidad conyugal?..... A decir

verdad, ella es y será la mas infeliz de los dos. Esa muger, que seducida por el brillo de las riquezas ó por el influjo de su familia le ha abandonado á vd., no es mas que una víctima conducida al pié del altar, y sacrificada á ese amor de cálculo que constituirá despues la desesperacion de toda su vida. En fin, espero que algun dia nos volveremos á ver y convendrá vd. en la esactitud de mis palabras, que indudablemente le han proporcionado algun desahogo y consuelo en el dolor que le afligia.

Desde aquel dia datan mis relaciones con el jóven que aun conserva conmigo la amistad mas estrecha, no precisamente por lo que entonces le dije, cuando él, preocupado por su situacion, se hallaba poco dispuesto á hacer caso de mis palabras, sino porque se ha convencido mucho despues de que los resultados de la boda han sido los mismos que yo le pronostiqué en mis amistosas palabras.

No hace mucho tiempo que para comprobarlo me referia, como la muger que le abandonó no sentia ya por su esposo, si es que alguna vez los habia sentido, aquellos impulsos, aquellos deseos que fomentan la pasion, y como por otra parte, el hombre á quien encadenó su suerte trataba de constituirla en una verdadera dependencia suya, á causa de la suspicacia de su edad y la preponderancia de sus riquezas, originándose de aquí la tibieza y de ella las reconvenciones, luego los disgustos y el aborrecimiento tal vez.

—¡Ya estais vengado! le repliqué. Ahora se acor-

dará esa muger de la calma y felicidad que hubiera podido disfrutar á vuestro lado. ¡Vea vd. si le dije yo bien que ella seria la mas digna de lástima! Precisada á ocultar la amargura de su situacion y hacer el papel de una muger completamente dichosa en medio de un contínuo suplicio con el hombre que aborrece, maldecirá el dia y la hora en que la separaron de su primitivo amor.

QUIEN DA PRONTO DA DOS VECES.

Hallándose en Sicilia Tito, hijo del emperador Vespasiano, se le presentaron los diputados de la ciudad de Tarsis con una solicitud que interesaba altamente al bienestar de sus conciudadanos. Tito, despues de haberse enterado de la solicitud, les contestó, que la tendria presente cuando estuviese en Roma y que les prometia interceder con su padre todo lo posible para que dicha solicitud tuviese su efecto. Esta respuesta parecia favorable y satisfactoria; pero Apolonio de Tyane, que era uno de los diputados, no quedó satisfecho, y con toda la libertad de un verdadero filósofo, replicó al emperador.

—Señor, si en este momento os trajesen algunos reos que hubiesen conspirado contra vuestra persona y contra el imperio ¿qué es lo que tendrian que esperar de vos?

—Que los sentenciase á muerte en el acto, contestó el príncipe.

—¿Y qué, continuó el filósofo, no es una cosa verdaderamente abominable, vengarse en el momento y dejar los favores para mas adelante? ¿decidir por vos mismo de la imposicion del castigo y esperar órdenes de otro para dispensar los beneficios?

Ninguno vé su joroba.

Tito no pudo menos de convenir en la exactitud de la observacion, y sin cuidarse del tono reprensivo del filósofo, al instante concedió á los ciudadanos de Tarsis todo lo que solicitaban, conociendo que muchas veces, mas que lo que se concede importa la prontitud en dispensar el beneficio.

EL SABER NO OCUPA LUGAR.

Varios jovencitos, primogénitos los mas de algunas distinguidas familias de la córte, sostenian una animada conversacion al final de un banquete que en casa de uno de ellos habian celebrado en el último mes del año de 1830. La mayor parte de aquellos jóvenes acostumbraba criticarlo todo por sistema, y mucho mas lo que ellos se habian convenido en llamar rancias preocupaciones. Entre las muchas cosas que su incansable charla fué pasando en revista, le llegó su vez á la opinion de algunos, ó mas bien consejo, de aprender un oficio mecánico aun las personas que por su nacimiento y riquezas mas distantes parece que se hallan de necesitarle para subsistir. Todos convinieron en burlarse de tan ridícula idea, pero con gran sorpresa vieron que uno de ellos, el condecito de Soto-verde, que era precisamente el mas aristocrático de la reunion, era de un dictámen enteramente contrario.

—Precisamente es esa una idea, les dijo, que leí hace tiempo en el Emilio de Rousseau y que mereció mi aprobacion entre otras cosas dignas de crítica que tiene dicha obra.

—¡De véras! preguntó irónicamente uno de los jóvenes, ¿con que es decir que tú has tenido paciencia para aprender un oficio?...

—¿Pues qué inconveniente hay en eso?

—¿Y no te pareceria mal segun eso que nosotros anduviésemos ahora con la azuela y el martillo?

—No, interrumpió otro, mejor seria con el tirapié y el mandil del zapatero.

—O con el delantal de cocina, amasando estas lindas cosas, esclamó otro, señalando con la punta del tenedor algunos restos de pasteleria que aun quedaban sobre la mesa.

A este tenor sufrió Soto-verde una descarga cerrada de irónicas palabras mientras que aguardaba imperturbable que le llegase su turno de hablar.

—Decid cuanto os dé la gana, contestó algo picado. Vuestras familias son ricas, es verdad, vuestros patrimonios pingües, vuestras ejecutorias y pergaminos están muy en regla; nada, en fin os falta de cuanto eleva á un hombre sobre los demas; es natural que os creais dispensados de trabajar como ellos y para ellos. Pero cuidado con ella, que *hasta el fin nadie es dichoso*: todo lo que constituye vuestra grandeza se halla fuera de vosotros, y la fortuna que ha hecho rodar á otros todavía mas empinados en su rueda, puede dar al traste con vuestros privilegios de casta, con vuestra riqueza hereditaria, con vuestro crédito en la córte y en una palabra con todas las condiciones esteriores de vuestra elevacion. Dichoso entonces el que pudiera reemplazarlas con uno de esos modestos oficios de que ahora os avergonzais, porque *bueno es el saber por si la fortuna falta.*

Estas palabras sin embargo de que las tenian por

ridículas é intempestivas, no dejaron de producir cierto efecto, por lo mismo que era un conde el que las proferia; mas á breve rato empezaron á burlarse altamente de lo que aquel les habia pronosticado y cada cual se puso á relatar del modo mas burlesco que le fué posible, lo que haria de sus brazos si el destino le obligára á valerse de ellos. Oficios inauditos se inventaron allí, algunos de los cuales hubiesen asombrado al mismo Petronio, hasta que se acordaron de preguntar á Soto-verde qué oficio era el que él habia aprendido.

—¿Qué lote, le decian, te has reservado en ese comun desastre? ¿Cuál es la riqueza interior que salvarás del naufragio á manera de aquel filósofo griego?

Quedó suspenso el conde por un breve rato y todos esperaban que iba á decir alguna ridiculez. Su respuesta, sin embargo, fué bien sencilla.

—Yo no sé, les dijo, mas que un poco de geometria.

Esta respuesta puso fin al coloquio, pues tal fué la risa que escitó, que el conde juzgó lo mas prudente el no volver á proferir una palabra.

Bastante tiempo despues de estos sucesos y en la época de la emigracion carlista, dos jóvenes viageros entraban una mañana por la mezquina aldea de Palau poco distante de las faldas de los Pirineos por la parte de Francia. Hacia un tiempo detestable, de modo que el uniforme de los dos viageros apenas se distinguia bajo una capa de lodo y de polvo que obscurecia hasta la borla de plata de su boina, indicio de que tenian algun grado en el ejército á que habian dejado de per-

tenecer. No iban confinados á un depósito como otros emigrados, antes por el contrario, dueños de fijar su residencia donde mejor les pareciese, se presentaban provistos de sus papeles en regla y aun de su boleta de alojamiento. Sabedores sin embargo de que residia en el pueblo un español, bastante bien acomodado y que proveia abundantemente á sus necesidades con su egercicio de agrimensor, desearon ir á casa de este compatriota.

Los complacientes aldeanos les llevaron á una casa estensa pero de sencilla apariencia, que les dijeron ser la habitacion de aquel digno funcionario. Apenas entraron, lo primero que les chocó estraordinariamente fué el ver que entre los muebles toscos y groseros, habia algunos que no podian menos de escitar recuerdos de otra época y de otra posicion mejor. Efectivamente, sobre una mugrienta mesa de pino se descubria una magnífica caja neceser con embutidos de concha y de nacar; en un rincon se veia una espada de rica empuñadura á el lado de una vieja escopeta de caza, y por las paredes, entre las caricaturas francesas groseramente iluminadas, estaban colgados algunos cuadritos divinamente pintados en cobre. Pronto se esplicó el enigma de todo esto, al reconocer en el propietario de la casa á un compañero antiguo, noble como ellos y con el que habian pasado muy buenos ratos en dias mas felices. Nuestros lectores habrán tal vez adivinado que era Soto-verde el que tenia el placer de recibir en su casa á sus antiguos y aristocráticos amigos.

El recibimiento fué digno de ellos: encendióse una buena hoguera en la chimenea y se sacrificaron en el altar de la amistad algunas gallinas y pollos que aun podrian vivir mas de cuatro dias. Aunque la bodega del agrimensor no estaba muy provista, todavia supo encontrar por allí un par de botellas de lo rancio de España, las que atendidas las circunstancias, fueron amplia y completamente festejadas. A las cuatro ó cinco horas de haber llegado á aquella bendita casa, ya estaban los dos emigrados repuestos de sus fatigas y contando circunstanciadamente á su huésped los peligrosos azares de sus últimas campañas. Las miserias, los padecimientos, las decepciones de toda clase, nada se quedó en el tintero y en esta narracion y especialmente hácia el fin de ella, dejaban traslucir no solo la amargura de su situacion, sino su inquietud para el porvenir, comparándole con el de otros compañeros que sabian hallar recursos hasta en los apuros de la emigracion.

Soto-verde sin establecer comparaciones, ni dirigirles siquiera una reconvencion, puesto que se hallaban bajo su hospitalario techo, se limitó únicamente á referirles su historia, que era bien sencilla por cierto.

—Yo no sé, les dijo, si os acordáreis de cierto banquete hace algunos años en el que tuve yo la humorada de ponerme á profetizar. Creo que se consideró como un desatino todo lo que yo dije; pero esto no me ha impedido el arreglar mi conducta en un todo á las ideas que emití en aquella ocasion. Una vez sola (y

me pesa de ello) he cedido á una ilusoria vergüenza y fué el dia en que me llegue á persuadir de que mi rango merecia el sacrificio de mi patria. Sea lo que quiera, apenas me convencí de que las puertas de España estaban cerradas para mí, cuando recobrando mi sangre fria, traté de averiguar si se podia sacar partido de mí para alguna otra cosa mas útil que el andar haciendo el don Quijote, pronto á romper una lanza por causas perdidas, y con gran satisfaccion mia hallé que mis ideas acerca de educacion me habian provisto de facultades algo mas esenciales. No me fué difícil el ponerlas en activo servicio, pues para esto solo se necesitaba renunciar á las ilusiones de una vana esperanza y á las pretensiones de un necio orgullo. Así lo hice, aceptando una situacion, humilde sin duda alguna; pero cuya importancia me acaba de dar á conocer vuestra visita. En cuanto á lo que á vosotros tanto os afecta, en cuanto á los deberes que el nacimiento impone, á las posiciones incompatibles con tal ó cual preocupacion de casta, os confieso francamente que nada de esto me quita el sueño y á propósito de ello os voy á leer algunas frases que á ratos perdidos escribo al márgen de mi cuaderno de agrimensor.—Era por cierto muy notable el tal cuaderno en el cual entre planos de todas clases, se hallaban algunas sentencias de filosofía práctica por el estilo de las siguientes:

«Desconfiemos de todo lo que tiene una grandeza facticia: desconfiemos de los zancos sociales que nos elevan sobre los demas hombres, nuestros iguales.

«Los títulos de nobleza, la proteccion de un mi-

nistro, la herencia de un hombre célebre, la preferencia de una muger, la amistad de un poderoso, la fortuna que parece encontramos al nacer bajo la almohada de nuestra cuna, son cosas tan instables y perecederas que debemos estar preparados para el momento en que nos falten.

«La menor facultad personal inherente al individuo, es mucho mas segura, mas cómoda y mas apetecible que las mas inauditas prodigalidades de la fortuna ó de la casualidad. En otros términos y como dice el proverbio: EL SABER NO OCUPA LUGAR.

QUIEN BIEN QUIERE A BELTRAN

BIEN QUIERE Á SU CAN.

—Mi amigo Beltran ¿está en casa?

—No señor: acaba de salir, pero Milord está y si deseais verle....

—¿Cómo, que si lo deseo? es un placer, es una obligacion para mí.... Me alegraria mucho de que ese interesante animalito estuviese en disposicion de recibirme.

Mi amigo Beltran, como todos los que tienen dinero y saben gastarlo, tiene la casa perfectamente puesta. Despues de haber cruzado una sala, adornada al gusto del renacimiento, y otra á estilo de Luis XIV, llegué á un gabinete reservado en el que no campeaba ningun estilo; pero que ostentaba por todas partes cuanto podia servir á la comodidad de un perro mimado y gastrónomo. Veíanse allí almohadones, mazapanes y confituras, y de este ramo yo tambien iba provisto, pues conociendo el mal que aquejaba al perrito y que este probablemente estaria retenido en casa, habia tenido cuidado de entrar en una pasteleria y surtirme de algunas golosinas que el pastelero me aseguró eran del gusto mas esquisito, y bautizadas por supuesto con uno de esos nombres venidos de

estrangis, que se aplican al bizcocho mas insípido y vulgar.

Eché mano inmediatamente á mis provisiones y puse una especie de pasta-flora sobre el almohadon en que el perro estaba recostado, y á la que el estuvo mirando por algunos instantes con aire pensativo. Al fin se decidió á tocarla con la punta de la lengua y acabó por pillarla entre los dientes. Tras de esta se comió otra y viendo yo que mi obsequio era comprendido, le abandoné el envoltorio de papel con todo lo que contenia y me puse á mirar los retratos que adornaban el gabinete. Milord estaba representado en todas actitudes y de todas maneras: al oleo, al temple, al pastel, á la aguada y los espejos multiplicaban su imágen.

Mientras me hallaba absorto en esta contemplacion entró mi amigo Beltran é indicándome con aire abatido el almohadon en que estaba tendido su perro, esclamó:

—Ya vá para tres dias que no se menea de ahí: apenas abre los ojos cuando me vé, y ni aun sé si me conoce. Hoy apenas ha querido comer, desde esta mañana que tomó una cazuela de sopas de leche, una docena de bizcochos de canela y algunas rosquillas de yema.

—Ahora parece que se le va abriendo el apetito, contesté yo, señalando á mi amigo los restos de mi agasajo.

—¡Ah! ¡eres tú quien le ha traido eso! Gracias, amigo, gracias; tú solo eres capaz de comprenderme,

Solo me habia separado de él por unos instantes, pues ya sabes que voy todos los dias á la Biblioteca nacional á copiar los documentos que me son necesarios para formar su árbol genealógico. He descubierto que Milord tiene un orígen tan noble y tan antiguo como el que mas, pues desciende de los griegos por el perro Ulises, que vino á morir á los pies del héroe á su regreso á la isla de Itaca. He leido en las *Memorias canicularias*, una disertacion en la que un sábio arqueólogo prueba claramente que el pretendido perro de Ulises debió ser una perra, la que antes de morir y para perpetuar su raza, parió varios cachorros, siendo uno de ellos el progenitor de la estirpe de Milord. Para convencerse de ello, no hay mas que fijar la vista en el cuadrúpedo antiguo encontrado en un nicho del Herculano, y conocido en la arqueología con el nombre de *nieto de la perra de Ulises*: tiene absolutamente el mismo pelo, la misma mirada, el cráneo, el hocico y la cola de mi perro; esto soy capaz de probárselo á la Academia de Ciencias Naturales.

Aquí llegaba Beltran con su disertacion cuando entró un criado á decirle que deseaban hablarle.

—¡Qué no estoy en casa! contestó bruscamente sin quitar ojo de su perro.

—Pero señor, parece que es para un asunto muy grave.

Beltran hizo un gesto de impaciencia y salió con trazas de echar con cajas destempladas al importuno que venia á interrumpir sus mas deliciosos éxtasis.

A poco rato escuché que Beltran levantaba la voz

en la antesala, como poseido por la mas violenta emocion, y aunque algunas veces se aplacaba, volvia á estallar de nuevo. No pude menos de inquietarme, mientras que el maldito del perro, tumbado á la larga, conservaba su actitud indolente y egoista, sin que sus patas, sus orejas y su cola revelasen la menor emocion. Ya empezaba á exasperarme tanta frialdad en un ser rodeado de tanto regalo y solicitud, cuando entró Beltran y no pude menos de manifestar mi asombro y mi compasion al verle: estaba pálido, trémulo y tan agitado, como sereno estaba su perro.

—Mira, me dijo, presentándome un papel sellado, mira lo que me sucede. ¡Ah! ¡ya no puedo resistir mas; se han empeñado en matarme!

Se dejó caer sobre una silla mientras que yo leia el papel. Era una comparecencia á juicio de conciliacion, á fin de entenderse con cierta marquesa del Azor, que reclamaba un perro suyo, conocido con el seudónimo de *Milord*; pero cuyo verdadero nombre era *Favorito*. Este perro le habia sido robado á la marquesa por un criado, que le habia vendido con nombre supuesto a un tratante en perros, que seria sin duda ninguna el que se le habia proporcionado al dueño actual.

—Tendremos pleito, puesto que así lo quieren, esclamó Beltran así que acabé de leer la cita; pero lo que es llevarse á Milord.... primero me han de arrancar las entrañas!

—¡Pleito! ¡pleito! esclamé yo, procurando no se trasluciese en mis palabras la menor espresion de ironía.

—Lo malo que hay en este negocio, continuó Bel-

tran, es que Milord se verá obligado á comparecer ante la justicia, y el médico ha prohibido espresamente el que le dé el aire; pues no faltaba mas que un muermo, es decir, un pasmo, para echar por tierra al pobrecito.

Para calmar sus inquietudes, me comprometí á visitar á la duquesa del Azor y emplear todos los medios posibles de que aquello se compusiera de un modo amistoso. Tuve la felicidad de desempeñar con tal acierto mi negociacion diplomática, que volví á anunciar á Beltran que la antigua ama, ó por mejor decir, esclava de *Milord*, alias *Favorito*, consentia en cortar la diferencia por el medio.

—¡Cómo es eso! ¿Cortar el perro en dos pedazos ¿Pues qué, es el juicio de Salomon?

—No, le contesté, tendrás á Milord mientras viva; pero así que cierre el ojo, la marquesa quiere que vaya á su poder para conservarle embalsamado á su vista.

—¡Eso ya es otra cosa! Aun así firmaré con sentimiento el acta de esta cesion.

Poco tiempo despues de este suceso se le presentó á Beltran ocasion de hacer una boda brillante. La novia, ademas de su crecido dote, tenia un tio hidrópico, una tia asmática, y otros parientes inmediatos y muy ricos atacados, de los males y con los presagios que en ciertas familias se ha convenido en llamar *esperanzas*. Los amigos de Beltran contábamos con que esta union le haria olvidar de su perro; mas para esto se necesitaba alguna cosa

sin duda mas estraordinaria que el matrimonio.

Beltran se decidió á galantear á su futura, bajo la condicion de que su perro habia de ir con él á todas partes. El médico consentia en ello y aun respondia de las influencias atmosféricas, mas no así de las influencias morales que en los perros impresionables son independientes del barómetro. Beltran se presentó delante de la novia con un ramo de flores en la mano derecha y el rollizo perro debajo del brazo izquierdo. Por mero cumplido se hicieron al perro algunas caricias á las que él contestó con un gruñido sordo é importuno. Beltran se acercó á su futura y empezó á ensartar aquellos requiebros que son el prólogo forzoso de todo himenéo, interesado ó no. Apenas habia tomado una actitud galante, cuando *Milord* que tenia suma envidia y no podia consentir que su amo dirigiese á nadie mas que á él sus atenciones y sus caricias, se puso como un Otelo y empezó á dar ahullidos tan penetrantes que hizo retemblar las vidrieras y suspender toda conversacion. En vano trataron de apaciguarle: le hicieron respirar sales aromáticas, le mojaron las sienes con vinagre de la reina Pomaré: nada pudo calmar sus nervios, ni suspender su clamoreo. El golpe estaba dado y Beltran conociendo que no tenia mas remedio que sacarle cuanto antes de allí, mandó traer unas parihuelas y en ellas acomodaron al animalito que no dejaba sus escalas cromáticas.

De resultas de esta escena atacó á *Milord* una calentura tan violenta que aumentándose de hora en

hora le puso á las puertas del sepulcro, á donde bajo al fin á pesar de todos los remedios y de todos los esfuerzos que se hicieron para contrarestrar las leyes del destino. Nadie pudo saber lo que sucedió en casa de Beltran al morirse el perro, porque la puerta estuvo cerrada para todos los amigos, hasta para mí, que era el único que habia sabido respetar aquella estraña pasion. Yo no me atreví á insistir para que mi vista no irritase las penas de mi amigo, y ya me creia separado de él por mucho tiempo, ya me le figuraba sumergido en la mas profunda desesperacion, cuando una mañana recibí una esquela de nuestro ilustrado amigo el doctor Blazquez, en la que me invitaba á presentarme al instante en casa de Beltran.

Al entrar en aquel gabinete donde Milord habia pasado una vida tan azucarada y regalona, ¡cuál fué mi asombro al ver que habian desaparecido todos los retratos del perro, y habian sido reemplazados por los antiguos y caprichosos muebles que adornaban la estancia, antes que á su dueño le acometiese aquella estraña manía!

—Ya está enteramente sano, me dijo el doctor Blazquez así que me alcanzó á ver, y á vos es á quien principalmente debemos esta curacion: solo vos habeis comprendido que habia de tener un término esta monomania estraña que en la medicina llamamos *cynophilia*. Lo que la hace muchas veces incurable es que cuando una persona se vé acometida de ella, en lugar de contemporizar con su pasion la contrarian y se burlan de ella.

—Si, ¡todo lo sé! esclamó Beltran saliendo de la pieza inmediata. Tú solo, modelo de los amigos, eres el que ha inventado toda clase de estratagemas para entretener y curar así mi flaqueza. Tenia todo mi cariño puesto en un perro... y sin embargo, habia amigos que no me olvidaban! ¿Pero en dónde has podido hallar tanta complacencia y tanta abnegacion?

—Eso es muy sencillo, le dije gozoso: entre los refranes castellanos hay uno que era excelente receta para tu mal, y este ya debes haberle oido que dice:

QUIEN BIEN QUIERE A BELTRAN, BIEN QUIERE A SU CAN.

El diablo harto de carne se metió fraile.

MAS HACE EL QUE QUIERE

QUE NO EL QUE PUEDE.

Todos saben qué Diógenes solia recorrer las calles de Atenas con un candil encendido; aunque fuese el medio del dia, buscando un hombre.

Pasando un dia por delante del templo de la Caridad, vió á la puerta un pontífice y se acercó á él, diciendo:

—Señor, por piedad, dadme una limosna, aunque no sea mas que un óbolo para alivio de mi vejez cansada.

—Toma mi bendicion, hijo mio, contestó el pontífice entrándose en el templo de la Caridad.

El filósofo llegó á una tienda llena de guirnaldas, botes de perfumes y adornos mugeriles. Una hermosa dama estaba comprando algunas bagatelas y Diógenes la dijo:

—Señora, al paso que gastais tanto para vuestros placeres, ¿no tendreis compasion de un infeliz atormentado por el hambre?

—A la verdad, respondió la elegante, que tu miseria me incita á compasion. Toma amigo.

Entregó á Diógenes un miserable dinero de cobre y en seguida alargó alegremente al mercader doce

monedas de plata, importe de un collar que tenia puesto en ajuste.

El príncipe de Salamina pasaba en un carro magnífico. Diógenes corre y agarrándose á la portezuela dorada le dice:

—Detente, hijo de los dioses, y escucha....

—Apártate záfio, grita el príncipe, ó te hago moler á palos. Un esclavo que presencia esta escena, separa al anciano de la portezuela y al mismo tiempo le pone dos monedas en la mano.

—¡Oh dioses! esclama Diógenes, MAS HACE EL QUE QUIERE QUE NO EL QUE PUEDE. Despues apagando su antorcha dice: al fin he encontrado un hombre y este hombre es.... ¡un esclavo!

NO HAY CHANZAS CON EL AMOR.

Era la noche del martes de carnaval; la hora del baile de máscaras se acercaba, y ella estaba esperando delante de su tocador, mientras que las cintas, las gasas, el corpiño y el tonelete esparcidos por las sillas y el sofá, parecia que estaban tambien esperando la órden de aquella muger encantadora para unirse y formar un fantástico trage, capaz de hacer perder la chaveta al hombre mas pagado de su filosofía.

Al fin tiró de la campanilla y preguntó á la doncella que se acercaba:

—¿Está ya preparado mi esposo?

—Señora, todavía no ha vuelto á casa el señor conde.

Encogióse de hombros; desató sus cabellos que cayeron por su cuello y espalda, formando una magnífica cascada, y luego dijo:

—Haz que entre el peluquero.

—Señora, todavía no ha venido.

—¡Cómo! ¿Todavía no ha venido? El necio. El.....

En esto llamaron en la puerta de entrada.

—Vamos: ahí está ya sin duda.

Volvió á entrar la doncella sola.

—¿Y qué, no es todavía ese maldito peluquero?

—No señora.... es decir.... si señora: es el peluquero y no es el peluquero.

—¿Te sabrás esplicar?

—El maestro envia á decir que no puede venir á peinar á vd., porque rodando una escalera se ha desconcertado una muñeca; pero que en su lugar envia á el mancebo.

—¡Un mancebo á peinarme á mí! Esto es una indignidad, una traicion. Dicen que ese baile será magnífico, y me importaba mas que nunca el parecer bien.... ¡Las nueve y media que han dado ya!

En un acceso de cólera, rasgó con los dientes su hermoso pañuelo de batista, arrojándole despues á la chimenea, destapó un frasquillo ó dos para respirar su aroma y como si estos movimientos hubiesen calmado un poco sus nervios, dijo á la doncella:

—Que entre ese mancebo.

Apenas se presentó el jóven, cuando ella le dijo con marcado tono de mal humor.

—¿Y vd. es el que viene á peinarme?

—Tengo al menos esa ambicion, señora.

—No deja en efecto de ser una grande ambicion, replicó ella sin poder contener una imperceptible sonrisa que le causó la espresion enfática del peluquero.

—¿Cómo se llama vd.?

—Mi nombre de familia, era muy vulgar, demasiado prosáico para que yo pudiera conservarle: he tomado el de Narciso Primores, con el que soy conocido entre las gentes del arte.

—Pues bien, señor... Narciso Primores, vamos á ver como me peina vd., dijo ella aparentando una gran seriedad.

Apenas el peluquero empezó á manejar las trenzas de la condesa, dió esta un chillido:

—Hombre de Dios, ¡qué me va vd. á dejar sin pelo en la cabeza! ¡Qué modo de tirar! Yo no sé como hay quien se pone á peinar con semejante torpeza.

Miró entonces al peluquero, que permanecia estupefacto. Habia una finura en sus facciones y una distincion en su persona, que la condesa casi se arrepintió de sus palabras.—Lo mejor es llevarlo con paciencia, dijo para sí, mientras que se colocaba delante del tocador con aire resignado.

—Voy á ver si acierto á peinarme sola: vd. no hará mas que sugetarme las flores y prenderme las horquillas.

Empezó á trenzar su cabello, al mismo tiempo que vuelta un poco hácia el peluquero, le dijo:

—¿Sabe vd., señor Narciso Primores, que su habilidad no está en armonía con su apellido?

—¡Ah! señora, eso no es enteramente por culpa mia.

—¿Pues cómo es eso?

—Porque acá dentro de mí tengo un obstáculo que me impide hacer progresos.

—¿Y qué obstáculo es ese?

—Señora, es la sensibilidad.

—¡La sensibilidad! esclamó ella, dando una gran carcajada de risa; ¿y qué entiende vd. por eso?

—Entiendo, señora, una emocion que no puedo dominar, precisamente en el momento en que mas presencia de ánimo necesito; porque bien sabe vd.

cuánta sangre fria se necesita, cuando se tienen las tenacillas hechas ascua en la mano, para no chamuscar á la persona que se peina y aun para no quemarse á sí mismo... Pues entonces mi mano tiembla, mi corazon palpita y me sucede lo que ahora acaba de sucederme con vd.: que se enfadan conmigo y me hacen mas torpe de lo que realmente soy. No obstante, yo conozco que como tuviera la felicidad de ser comprendido...

—¿Con que es decir, que no es vd. comprendido? preguntó ella, resuelta á seguir la conversacion y divertirse un rato con aquel ente original que la casualidad le presentaba. Por otra parte. ¿no era tiempo de carnaval?

—Reios, señora, cuanto gusteis de esta flaqueza mia; pero ¿tengo yo la culpa de que mi corazon no sea lo que mi profesion querria que fuese? ¿Puedo evitar la tristeza cuando me encuentro, como ahora por egemplo, en un lindo gabinete y considero que nada de cuanto miro me pertenece, y que todas mis impresiones son una especie de robos por decirlo asi? En efecto, aunque diese mi vida entera, no me consideraria con derecho para espresar lo que mi alma siente en este momento. Y esto que pasa en mi alma al contemplaros, mejor que cuanto yo os pudiera decir lo espresarian unos versos que me ocurrian en este instante.

—¡Calla! ¿con que tambien compone vd. versos?

—Si señora, improviso algunas veces, y esto esplica por qué adelanto tan poco en el arte de peinar.

—Vamos, recite vd. esos versos, porque yo tengo empeño en saber qué clase de ideas son las que yo puedo inspirar.

Bajó la cabeza y permaneció un momento como recogido dentro de sí mismo; despues empezó con voz espresiva y trémula:

Como lucero en noche pavorosa
El fuego brilla de tus ojos bellos.
¡Feliz aquel á quien dirijan ellos
De inteligencia seña misteriosa!
La espresion inocente y ruborosa
De tu faz linda y celestial candor
En las llamas consume del amor
Al que te mira, jóven deliciosa.
De magestad, de gracia irresistible,
De mágico poder va acompañada
La lumbre de tus ojos vencedores,
Y en silencio elocuente y apacible
Revelas en tu lánguida mirada
El pudor, la ternura y los amores.

Mientras que él recitaba el soneto, el rostro de la condesa cambió repentinamente de espresion. De burlona pasó á pensativa, quedando tan suspensa por unos instantes, que el jóven esclamó apasionado:

—¡Qué miro! ¿Habré yo tenido la felicidad de conmoveros... de agradaros? Entonces pondré el colmo á mi estravagancia, haciéndoos una declaracion completa....

—¿Qué quiere vd. decir con eso? interrumpió la condesa con tono glacial, frunciendo las cejas y diri-

giéndole una mirada en que se pintaban á la vez la desconfianza y el desden.

—¡Ah! perdonad, señora, soñaba que otra alma habia comprendido á la mia, cuya paz ha turbado; pero todo esto no era mas que un sueño.

—Ciertamente, replicó ella con mas dulzura, que no era mas que un sueño. No sé cómo podreis abrigar semejantes ilusiones. Sois jóven, no os falta talentos y vuestros versos anuncian sensibilidad, con que cuidad de no incurrir en estravagancias que ofusquen vuestra razon.

—Y os dignais aconsejarme y prescribirme reglas de conducta, sin duda no estais enfadada conmigo

La condesa habia conocido cuán ridículo seria en semejante situacion manifestar el menor resentimiento, así es que contestó en tono sardónico.

—¡Yo enfadarme! Al contrario: señor don Narciso Primores, vd. me agrada infinito, como que en la vida he tenido un peluquero mas divertido.

—¡Qué es lo que oigo, señora! ¿Así recibis la espresion de mis mas tiernos sentimientos? Pero no podeis negarlo: he hallado el secreto de conmoveros. Vuestra voz, vuestro ademan todo anunciaba....

—Que me estaba burlando de vd.

—¡Será posible! Y yo que creia que al menos.... por compasion. Adios, señora. Yo no sobreviviré á semejante desengaño: dentro de pocos instantes ya no existiré.

Habia tal acento de desesperacion en sus palabras que la condesa, al verle salir por la puerta, clamó pa-

ra que se detuviera; pero aunque él evidentemente oyó sus palabras no quiso volver. Ella entonces tiró del cordon de la campanilla y dijo á su doncella:

—Corre tras de ese jóven que acaba de salir y dile que suba al instante, que tengo una órden que darle.

Salió la muchacha y volvió á poco diciendo:

—Señora, el peluquero ya estaba en la calle; no ha hecho mas que subir á un birlocho que habia á la puerta y se ha largado sin querer responderme.

La condesa indicó con una seña á su doncella que se retirase, pues queria estar sola para reflexionar en lo que acababa de suceder; pero en aquel mismo instante se abrió la puerta del gabinete, y se presentó su esposo diciendo:

—¿Estás lista, querida? Pero ante todas cosas, te felicito por tu elegante peinado. ¡Es cosa soberbia! Bien se conoce que el peluquero ha echado hoy el resto.

La condesa salió con su esposo sin decir palabra. En el baile estuvo distraida, pensativa y aun sin querer bailar. Todos los hombres que se presentaban le parecian ridículos, sin gracia y sin espresion. No se atrevia á decirse á sí misma en quién estaba pensando. En fin, ya muy avanzada la noche, llegó uno á ponerse delante de ella para invitarla á bailar.

—¿Querrá la señora condesa aceptar por su pareja al desgraciado Narciso Primores?

Estremecióse la condesa y aun estuvo para dar un grito al reconocer en el elegante jóven que tenia á la vista, al mancebo peluquero de pocas horas antes.

—Os pido por favor, señora, que no riñais mucho á vuestro peluquero ordinario. No ha sido poco lo que yo he tenido que hacer para que me dejase ir en lugar suyo á vuestra casa. Pero *dádivas quebrantan peñas* y por lo que hace á mí.... estamos en carnaval ¿me perdonareis?

—Si señor, bajo una condicion.

—¿Cuál?

—La de que no me volvereis á hablar en toda vuestra vida.

—¡Oh! eso no es posible.

—Es preciso que lo sea; de lo contrario lo sabra todo....

Al decir estas palabras la condesa señaló á su marido.

—Pero, señora ¿quereis matarme?

—Quiero que vd. viva para que alguna vez se pare á reflexionar que hay chanzas harto pesadas y que en el mismo carnaval NO HAY CHANZAS CON EL AMOR.

DE LO CONTADO

COME EL LOBO Y ANDA GORDO.

Un jóven pastorcillo apacentaba sus ovejas á orillas del Guadiana, ese rio que con sus hermanas las lagunas de Ruidera es tan célebre en las tradiciones de la andante caballería. En nada se parecia el referido zagal á los pastores de Arcadia: ni llevaba cintas en el cayado, ni ramilletes en el pecho, ni siquiera se llamaba Silvano, Lisandro ó Alcidoro. Se llamaba Guillermo á secas, tenia diez y ocho años y dos ojos brillantes como dos luceros, adorno que vale tanto como otro cualquiera y realzado ademas por el aire de candor y de inocencia del pastorcillo.

Las pastorcillas de las inmediaciones le decian muchas veces:—Vente con nosotras, Guillermo, nos sentaremos á la sombra de los árboles, contaremos historias de amores y despues bailaremos al son de tu flautilla.

—No tengo yo otra cosa que hacer, contestaba Guillermo, mas que ir á jugar y bailar con vosotras. ¿Y entre tanto, ¿quién cuida de mis ovejas? ¿No sabeis que en un volver de cabeza puede venir el lobo é hincar el diente á la mas rolliza?

Al decir estas palabras vió en lo alto de un collado inmediato una oveja negra, que al instante reconoció como una de las suyas. La llama y quiere atraerla hácia el rebaño; pero ya era tarde. Se aparece el lobo, la echa la garra y escapa con ella por el otro lado de la cuesta. ¡Pobre Guillermo!

—¡Maldito lobo! esclama, ¿Por qué no me llevas á mi con la oveja?

El tio Geromo, el dueño del rebaño, no era hombre que se andaba en chiquitas cuando se trataba de sus ovejas, así es que por la noche cuando Guillermo le contó el percance sucedido, y puesto de rodillas juraba y perjuraba que no habia sido por descuido suyo, le ató bonitamente á un poste y le sacudió tantos varazos como ovejas habia en el rebaño. El pobre Guillermo no entendia una jota de números; pero desde entonces supo de fijo el de sus ovejas, y aquella fué su primera leccion de aritmética.

Al otro dia de mañanita, cuando Guillermo se presentó cojeando, lleno de rasguños y cardenales, y cubierto de vendas y emplastos, la indignacion fué general entre los pastores, y no falto quien propuso castigar la crueldad del tio Geromo, escribiendo inscripciones satiricas contra él en la corteza de todos los chopos.

—Dejarse de eso, esclamó Guillermo, lo mejor de todo es contar y recontar las ovejas.

Habia allí cerca una cueva bastante profunda, y Guillermo á imitacion de Polifemo, á pesar de que nunca habia tenido noticias de este compañero, re-

solvió ir metiendo las ovejas una á una en la cobacha, no solo para contarlas mas á su gusto, sino para guardarlas mejor poniéndose de centinela á la puerta. Empezó pues la maniobra y ya iba contando, una, dos, tres, cuando... ¡zas! el lobo, que estaba agazapado en un rincon de la caverna, salta fuera de ella, llevándose la mejor oveja agarrada por el pescuezo.

Guillermo quiso tirarse al rio; pero los otros pastores le hicieron ver que entonces no llegaba el agua á la rodilla, y que seria mucho mas poético dejarse morir de melancolía, anegado en sus lágrimas. ¿Quién sabe? Tal vez se renovarian los tiempos antiguos en que las divinidades favorables trasformaban en fuentes y flores á los pastorcillos.

En lugar de esta metamórfosis, al llegar la noche, el tio Geromo que la víspera habia tenido cuidado de sacudirle solo en el lado derecho, para que se quedase libre el izquierdo en caso de reincidencia, no tardó en restablecer el justo equilibrio entre la zurra del dia anterior y la presente, de modo que el pobre Guillermo pasó toda la noche contando sus ovejas por sus cardenales y cicatrices.

A fuerza de cavilar, se le ocurrió que fijando el número á cada oveja, no solo le seria mas fácil el contarlas, sino que estarian mas seguras, pues ni el mismo lobo podria dudar de que estaban sujetas á cuenta y razon. Hizo pues una especie de tarjetas con su número respectivo y las fué adaptando al cuello de las ovejas, pero no parece sino que sirvieron de

blanco al lobo, que estaba observando detras de la maleza. Apenas Guillermo acababa de fijar el número á la última cuando el lobo salta y arrebata el número 13 antes de que el mal aventurado pastor tenga tiempo de ahuyentar al rapaz animal que le acababa de dar tal leccion de sustraccion.

Nueva granizada de palos sobre las costillas de Guillermo; pero á pesar de sus contusiones, cuando al otro dia bajó al prado con su rebaño, parecia un pastor enteramente cambiado. El, por lo regular tan triste y sin quitar ojo de las ovejas, parece que dejaba entonces á la providencia el cuidado de guardarlas. No pensaba mas que en adornarse con flores, en tomar asiento en el corro de pastores y pastoras que estaban junto á una fuente, y en bailar como el que mas cuando le tocaba el turno. Los pastores admirados no cesaban de felicitarle por esta mudanza.

Despues de haber pasado todo el dia bailando y divirtiéndose, estaba Guillermo casi seguro de que le habian de faltar, por lo menos tres ovejas, pues ni una vez siquiera habia vuelto los ojos hácia el rebaño, echando sus cuentas del modo siguiente:

—Puesto que contando y recontando las ovejas siempre encuentro alguna de menos, poco pierdo en dejarlas de contar, y si de todos modos me han de sacudir el polvo por la noche, siquiera me habré divertido por el dia.

¡Mas cual fué su sorpresa, cuando al contar por la noche las ovejas, se hallaron con que no faltaba una siquiera! El tio Geromo no pudo menos de cumpli-

mentarle porque al fin habia aprendido á guardar un rebaño.

Al dia siguiente Guillermo continuó con su nuevo método de vida, sin inquietarse por las visitas que el lobo pudiera hacer á sus ovejas. Le iba muy bien con este nuevo método de guardar el ganado, y hasta llegó á saber porqué el lobo, no hacia de las suyas. Habiendo vuelto por casualidad la cabeza un dia que estaba tocando la zampoña con otros pastores, vió detras de un árbol al lobo que con las patas cruzadas y el hocico bajo estaba escuchando la música en actitud de éstasis. La zampoña de Guillermo le transportaba al paraiso y no le dejaba tiempo para acordarse de las ovejas.

Guillermo antes tan triste contador de ovejas, era un pastor vivo, alegre y amable que se llevaba todas las atenciones de las pastoras, que volvia á la granja lleno de cintas y de flores, y que guardaba el rebaño con versos y canciones, conforme Apolo habia guardado en otro tiempo el del rey Admeto. Hasta la hija única que el tio Geromo, tenia declaró terminantemente á su padre que no queria á otro esposo mas que Guillermo, y el tio Geromo que sabia era imposible contrariar las inclinaciones de ciertas doncellas, no trató de oponerse á esta union, antes temiendo las hablillas del lugar, envió derechitos á la iglesia á los dos jóvenes, para sustraerlos á las malignas influencias.

Poco tiempo despues de este casamiento murió el tio Geromo, dejando todos sus bienes á Guillermo á

quien le llegó la vez de mandar; mas sabiendo por esperiencia lo que resultaba de contar las ovejas, contó su historia á sus zagales y criados para que dedujesen de ella oportunas consecuencias.

Guillermo llegó á ser el pastor mas rico, y aun el mas feliz esposo de las márgenes del Guadiana. Su esposa, que aventajaba á todas las zagalas en belleza y fecundidad, paria cada año una niña tan linda y tan graciosa, que antes de que echase los dientes ya era objeto de los cantares y coplas de los pastores. Al cabo de nueve años, Guillermo tenia nueve hijas que fueron comparadas á las nueve musas, y bautizadas con nombres poéticos. Mas la esposa de Guillermo falleció á poco tiempo de su último parto, y el buen hombre se encontro solo y teniendo que vigilar la conducta de nueve maravillas, nueve astros, nueve divinidades, de las cuales una sola hubiera bastado para ser la Helena de aquellos sitios fabulosos y encantadores á que hoy damos el nombre de orillas de Guadiana.

Guillermo dejó que sus hijas fuesen talluditas sin inquietarse por ellas, y así llegaron á una época en que la menor apenas tenia trece años y la mayor no llegaba á los veinte y cuatro. Estaba interesado como el que mas en la buena conducta y educacion de sus hijas y en que estuviesen á cubierto de la maledicencia, y para conseguirlo se valió de un medio que no indican los autores en sus libros. Concediéndoles una prudente libertad las dejó ir sin sujecion y sin espias por todas partes, nunca se puso á observar sus pasos,

ni á escuchar sus conversaciones, y fiado enteramente de su sinceridad y candor no se inquietaba por las galanterías, requiebros y obsequios que dirigiesen á sus hijas: tenia bien conocido el carácter de estas y sabia que las cosas no habian de pasar de la alegoría.

Llegó entretanto la fiesta del pais á la que concurrió el señor de la aldea, y quiso que le designasen la jóven de mejor conducta para ponerla por sus manos la corona de rosas. Entonces le designaron todos á porfia las nueve hijas de Guillermo, que tenian el mérito de haber permanecido siempre puras y virtuosas rozándose con los pastores mas apasionados.

El señor sintió mucho no tener nueve coronas que repartir, y para evitar que la envidia estallase entre las hermanas partió la guirnalda en nueve pedazos, dando á cada hermana el suyo con una rosa blanca. Guillermo ya era viejo entonces y estaba mirando con enternecimiento la ceremonia, por lo que el señor, que distribuia coronas para consolarse de la pérdida de una hija ligera de cabeza, que se habia escapado de un convento muy austero con un oficialito de la guarnicion, se llegó á él y dijo:

—Señor Guillermo, ¿sin duda que os habrá costado muchos cuidados y habreis tenido que velar noche y dia para conservar á vuestras hijas tan juiciosas y tan modestas?

—Nada menos que eso, buen señor, respondió Guillermo candorosamente, por el contrario, las he deja-

do enteramente libres, acordándome de un proverbio cuya veracidad he tenido ocasion de conocer cuando era pastor, teniendo desde entonces por seguro que:

DE LO CONTADO COME EL LOBO Y ANDA GORDO.

No es oro todo lo que reluce.

HAZ BIEN Y NO MIRES A QUIEN.

Un padre rico distribuyó sus bienes entre sus hijos, no reservándose mas que un anillo precioso. Este anillo, les dijo será para aquel de vosotros que sepa ejecutar la accion mas bella y generosa.

Los hijos partieron y volvieron tres meses despues.

El primero dijo: «Un estrangero me ha entregado un cofrecito lleno de dinero sin pedirme recibo, hubiera podido quedarme con el dinero sin miedo ninguno; pero en lugar de hacerlo se lo devolví fielmente á su regreso.» El padre respondió: has hecho bien, mas no has hecho mas que tu deber, porque hubieras sido un mal hombre si te hubieras quedado con el dinero. Se debe entregar á cada uno lo que es suyo.

El segundo dijo: «Pasaba un dia por delante de un estanque, cuando ví caer á un niño, que se hubiera ahogado si yo no hubiese corrido á socorrerle.... al instante me arrojé á el agua y le saqué.» Tu accion es tambien muy buena, respondió el padre; pero todavía no has hecho mas que aquello á que estamos obligados: cual es elayudarnos mútuamente en el peligro.

El tercero dijo entonces: «Un dia encontré á mi enemigo dormido al borde de un precipicio: al volverse hubiera caido en él sin remedio y yo le salvé de

aquel peligro.» ¡Oh! hijo mio, le dijo el padre abrazándole, tuyo es al anillo.

Hacer bien á sus enemigos es la accion mas bella y generosa, es la mas conforme al espíritu del Evangélio y á las heróicas máximas del cristianismo que nos mandan amar á nuestros mismos enemigos y hacer bien á los que nos aborrecen: sentimientos que se hallan recopilados en el conocido proverbio de HAZ BIEN Y NO MIRES Á QUIEN.

A CADA SANTO SU OFRENDA.

Entre todas las academias del universo la mas célebre sin contradiccion es la de Pekin, fundada hará cosa de unos seis mil años antes que la nuestra. Esto no impide el que se halle todavía trabajando en la formacion de un diccionario de la lengua china, por donde se infiere con cuánta sinrazon acusamos nosotros la lentitud de nuestros académicos. La referida academia se compone de cuarenta individuos que toman aun en vida el título de inmortales, y ademas de otras prerogativas tienen la de llevar una guirnalda verde sobre su ropa, y la de entrar sin esquela en los gabinetes y museos. El tener talento no es una cosa absolutamente indispensable para entrar en esta academia, en lo cual, si se ha de decir la verdad, la academia de Pekin se parece bastante á otras que hay por el mundo.

El inmortal Hiu-Li tuvo la aprension de morirse, y por consiguiente resultó una vacante en la referida corporacion. Es de advertir que el tal Hiu-Li no habia hecho otra cosa mas que proferir una espresion tan aguda como chistosa en casa de el gobernador de la provincia. Este la repitió por la noche en la tertulia del ministro, que al dia siguiente fué con el chiste al

emperador. Como su magestad imperial se dignó reir, Hiu-Li fué tenido por uno de los hombres de mas talento de la China, y la academia no titubeó en abrirle sus puertas. *Cobra buena fama y échate á dormir*: Hiu-Li fundó en este suceso toda la suya, á pesar de que vivió y murió sin haber dicho otra cosa.

Pocos dias despues de la muerte de Hiu-Li, un escritor cuya reputacion no sé como no ha llegado hasta nosotros, el célebre Fi-ki, redactor de la *Revista de Pekin*, se dirigió á sí mismo la arenga siguiente:

«Mi querido Fi-ki.

«Pronto hará diez años que tú tienes el cetro de la crítica en uno de los periódicos mas estimados de la China, y por consiguiente del universo. Tú has ido diciendo á su vez bien y mal de todas las escuelas; has sabido distribuir los elogios con sábia profusion y ya es preciso ver cuanto esto te produce y cuales son los resultados del incienso. Ya vas siendo viejo y el público empieza á fastidiarse de tus artículos, es llegado por consiguiente el momento de hacer alto. Procura entrar en la academia, y una vez inmortal, malos han de andar los tiempos para que no te nombren siquiera bibliotecario, y acabarás tu vida en el seno de una dorada medianía, como dice uno de esos poetas de oriente, del que, como si fueses académico, puedes hablar sin conocerle.»

Quedó tan pagado Fi-ki de este razonamiento, que en seguida se puso vestido de cola y de ceremonia, adornó con plumas su gorro y alquiló un palanquin para recorrer sus visitas.

En Pekin como en otras partes, los candidatos á la academia acostumbran presentarse individualmente á cada uno de sus futuros cólegas, para declararles que son los únicos dignos de su eleccion. Fi-ki se presentó primeramente en casa del académico Fank-Hou, un bonzo que habia publicado una coleccion de homilias y oraciones fúnebres.

—Señor, le dijo, mi nombre tal vez no os sea desconocido. Yo soy Fi-ki, uno de los constantes redactores de la *Revista de Pekin*, y vengo á solicitar vuestro voto para ser de la academia.

—¿Quereis reemplazar al famoso Hiu-Li, el hombre de mas talento de la China?

—¡Ah! bien conozco que no tengo derecho á tal honor; pero me consolaria de mi derrota si obtuviese vuestro voto. La oratoria sagrada es en mi concepto el ramo mas importante de la literatura, y en concepto de todo el mundo vos sois el primero de nuestros oradores sagrados. Bien sé que hay ciertos necios críticos que pretenden negarlo, pero les prometo que en mi *Revista*, desvaneceré sus injustas pretensiones.

—¿Cuándo se publicará vuestro artículo? preguntó Fank-Hou.

—Despues de las elecciones.

Fi-ki se retiró saludando humildemente y en seguida hizo que le llevasen á casa de Hang-Hong.

Hang-Hong, antiguo capitan de la guardia imperial, era el autor de algunos tomos de poesías fugitivas, en las que celebraba perpétuamente los amores y las risas, remedando las escenas pastoriles de la China.

—¡Salud, dijo Fi-ki al entrar, al mayor poeta del celeste imperio!

—¿Quién sois vos? Preguntó Hang-Hong, puesto de mal humor, porque le interrumpian en el momento de fumar su pipa.

—Un ardiente partidario de la poesía lírica, uno de vuestros mas profundos admiradores, un humilde crítico que sabe vuestros versos de memoria.

—¿Sabeis mis versos de memoria? respondió Hang-Hong, ya de mejor humor.

—Cómo seria posible no recordar aquellos tercetos que empiezan:

La fresca rosa en el jardin de Flora
Fija de los amantes la mirada
Cubierta con las perlas de la Aurora.

Así como aquella linda improvisacion á la memoria de la jóven All-mé, que empieza

De un fúnebre ciprés en tronco obscuro....

—Veo, contestó Hang-Hong enternecido, que no solo sabeis mis versos de memoria, sino que comprendeis el espíritu de mis poesías. Por desgracia son bien raros estos ingénuos admiradores.

—Demasiado sé que no faltan imbéciles que se burlan de las composiciones ligeras; pero sus opiniones no han de prevalecer. Ya se manifiesta una reaccion en favor de la poesía lírica y la academia debia asociarse á ella, nombrándome para reemplazar al difunto Hiu-Li, porque estoy enteramente decidido por la dicha poesía.

—¿Vuestro nombre?

—Fi-ki redactor de la *Revista de Pekin* que ha de ser el órgano de la reaccion proyectada.

—Está muy bien. Contad con mi voto.

Me parece, dijo para sí Fi-ki, que he encontrado el verdadero medio de pretender. Mi candidatura marcha y de esta hecha soy académico. Vamos ahora á casa de Nung-Po.

En aquella época la academia china se hallaba dividida en dos bandos bien distintos: los clásicos y los románticos.

Nung-Po era de los primeros, y representaba la tradicion: en su juventud habia puesto en escena una tragedia, y en aquel momento estaba dando la última mano á un poema en treinta y cuatro cantos, titulado La Kong-Fu-Tieide. Tenia empeño particular en contestar victoriosamente á los literatos estrangeros que se burlaban de la China porque no tenia poema épico. Nung-Po empezaba por la vigésima vez la indispensable invocacion á la musa, cuando le anunciaron que Fi-ki, redactor de la *Revista de Pekin*, deseaba verle.

—Es un periodista, dijo Nung-Po, que era prudente como todos los autores dramáticos: que entre al instante.

—Que el ilustre Nung-Po me perdone porque vengo á interrumpir sus meditaciones; pero los hombres célebres son indulgentes.

—¿Qué es lo qué me quereis, jóven?

—Pediros un consejo.

—Hablad.

—Tengo intencion de publicar en la *Revista de Pekin* una série de artículos sobre las tendencias de la escuela dramática moderna; quisiera que volviesen á brillar ciertas celebridades que hay empeño en obscurecer, desde hace algun tiempo ¿Quién mejor que el ilustre Nung-Po puede ayudarme en esta empresa? En una palabra, pretendo echar por tierra el romanticismo.

—Nuestros enemigos son poderosos, audaces.

—Todo se puede esperar de gentes que atropellan por todas las reglas.

—Que no retroceden por ninguna monstruosidad.

—Que violan todas las unidades.

—No importa, ilustre Nung-Po, con vuestro ausilio yo los combatiré y espero vencerlos: solamente temo una cosa.

—¿Cuál es?

—Que esta polémica perjudique á mi candidatura en la academia.

—¿Quereis reemplazar á Hiu-Li?

—Ya cuento con el voto de vuestro amigo Hang-Hong.

—Y podeis tambien contar con el mio, jóven: es preciso proteger á los que quieren resucitar las glorias olvidadas. Vos sereis de los nuestros; venid á verme mañana, y estad seguro de mi proteccion.

Fi-ki volvió á subir en su palanquin para ir á apearse á la puerta de Nou-Fou. Este personage era el gefe de la escuela romántica y era antiguo conocido de Fi-ki, que no habia contribuido poco á su

gloria. El era el que se habia puesto á la cabeza de la pandilla de minadores literarios que habian volado las puertas de la academia. Ni siquiera un dia se habia pasado durante diez años, sin que Fi-ki hubiese escrito en beneficio de su patron uno de esos artículos de elogio, que en el lenguage periodístico de la China se llaman *reclamos*. Era por tanto muy natural que Nou-Fou se mostrase agradecido. Fi-ki le saludó del modo siguiente:

—¿Cómo se encuentra nuestro gran Nou-Fou?

—¿Y el mas ingenioso de nuestros críticos, como se halla?

—Está enfermo.

—¿Pues qué tiene?

—Una candidatura en la academia.

—¿Tan jóven y ya pensais en morir?

—La escuela moderna está amenazada: el clasicismo levanta la cabeza y vale mas dejarle el campo ó morir en la demanda, y por eso me presento. Me han hecho proposiciones de parte de Nung-Po para que me pasase al bando de los clásicos con mi Revista de Pekin.

—¿Y qué habeis respondido?

—Que nunca abandonaria mis banderas y que mis amigos sabrian hacer que entrase en la academia. Quiero permanecer fiel á las ideas y á la escuela moderna, y moriré en la brecha que el clasicismo abra en nuestras murallas. Juzgad si podria yo consentir que la *Revista de Pekin* tremolase en su bandera otro nombre mas que el de nuestro grande, nuestro gigantesco, colosal y formidable Nou-Fou?

—No esperaba yo menos de vos, querido amigo. ¿Y cuando es la eleccion?

—El primer dia de la luna nueva.

—Descuidad: sereis inmortal.

Fi-ki visitó en seguida á otros académicos, empleando con cada uno de ellos el procedimiento de que acabamos de ver algunas pruebas. Aunque tuvo por competidores al mas célebre novelista y al mayor filósofo de su tiempo, quedó nombrado en el primer escrutinio. Como uno de sus amigos no pudiera menos de manifestar su sorpresa al tiempo de felicitarle, Fi-ki le respondió con un verso chino que se puede traducir del modo siguiente: A CADA SANTO SU OFRENDA.

DAMA QUE RIE BOLSA QUE LLORA.

PROVERBIO ITALIANO.

Casanova de Seingalt, el hombre de las aventuras, se estaba desayunando una mañana en su habitacion, cuando entró á visitarle otro amigo suyo tan calavera como él. Apenas le vió Casanova, cuando dándole un apreton de manos esclamó:

—Que sea enhorabuena, amigo mio, ya se sabe que has ganado muy buenos ducados la semana pasada; pero si te he de hablar con franqueza, te asegero que de poco te servirá la ganancia.

—¿Pues cómo?

—Porque lo que tomas con una mano lo das con la otra y tus ganancias son como LOS DINEROS DEL SACRISTAN QUE CANTANDO SE VIENEN Y CANTANDO SE VAN.

—¡Mucho decir es eso! Y cómo sabes tú, que...

—No se necesita ser adivino para saberlo. La Tonina estaba anoche rebosando de alegría en el teatro.

Quedóse el amigo un poco cortado; pero bien pronto insistió, diciendo:

—¿Y bien, qué tiene que ver eso con mi dinero?

—Te lo diré todo de una vez, replicó el otro. Tenemos un proverbio infalible y es *Donna che ride,*

borsa che piange, (Dama que rie, bolsa que llora.) Tú has ganado buenas pesetas; pero vas mucho á casa de la Tonina y comes con ella en la fonda. Ella se manifiesta en todas partes muy contenta y muy orgullosa.... Apostaria yo algo bueno á que ella es la que se come gran parte de tu ganancia.

—Esa es una conjetura muy indiscreta. Lo mejor es que mudemos de conversacion.

—Nada menos que eso. Precisamente trato yo de darte algunos consejos, para que vayas abriendo los ojos. Pero ante todas cosas, dime: ¿qué diablos de capricho has tenido en irte á enredar con esa muger? Tanto hubiera valido que te hubieras plantado en medio de la Calabria. ¿Porqué motivo has preferido á la Tonina?

—¿Pero qué motivo quieres que haya?....

—Siempre hay alguno público ú oculto, y como veo que tú no estás dispuesto á decírmele, yo me tomaré el trabajo de adivinarle. Escucha: cuando te se ocurrió hacer la córte á ese arrapiezo de muger, seca y negruzca, no has cedido ni á el atractivo de sus ojillos negros, ni á las seductoras actitudes de sus pasos de baile. Ni aun una inclinacion decidida tenias á esta muger, y la prueba la tengo en que no es á ella sola á quien yo te he visto cortejar. Era por lo tanto indispensable que hubiese algun cálculo, alguna consideracion, para hacerte obrar en sentido inverso de tu instinto natural. Sin duda te has echado la cuenta (no vayas á enfadarte por lo que te digo) de que una pobre principiante, que acaba de presentarse en la

capital, á la que nadie ha dicho hasta la presente malos ojos tienes, y cuyos recursos están bastante apurados, y los trages y adornos marchitos, no seria tan escrupulosa, y mas económica para el bolsillo que todas sus compañeras viciadas por la prosperidad y acostumbradas á tratar con insolencia á sus adoradores. Lo peor es que este raciocinio tan exacto al parecer se halla constantemente desmentido por los hechos. Te has encontrado á la Tonina tan vanidosa y tan exigente como sus compañeras que están en boga. En el momento en que esa buena pécora ha visto que habia quien la hiciese la córte, ha empezado á darse importancia, como si no estuviese acribillada de deudas, sin dinero, sin ropas y aun sin qué comer algunos dias; pero todos estos percances ya los habrá sabido ella presentar como otros tantos méritos singulares, pues para todo eso tiene maña. Sabe Dios qué cuentos habrá forjado acerca de su vida pasada y cuánto habrá hecho valer su título de principiante. El que nadie haya hecho caso de ella hasta ahora, de seguro lo atribuye á su singular virtud que ha desconcertado toda audaz tentativa Vamos á ver *carissimo*, ¿me equivoco en lo que digo? Sí ó no.

No tenia su amigo entonces la serenidad suficiente para contradecirle, porque hasta se llegó á figurar si Casanova habria estado escuchando sus conversaciones con la Tonina, tal era la perspicacia con que habia adivinado todos los pormenores. Conociendo el otro que iba acertando, continuó con tono mas marcado de ironía:

—Despues que tu ninfa se ha rodeado de todo el prestigio que le ha sido posible y encontrando en tí las buenas tragaderas de un hombre á quien todavía no han dado petardo, ha sabido ámpliamente aprovecharse de una ocasion que sin saber cómo se le viene á las manos. Hasta la presente no te ha dado mas que esperanzas, y eso en pago de las mas seductoras realidades. Confiésalo de una vez: la mitad de lo que has ganado es seguro que á estas fechas ya se gastó en sacar de su rincon al inflexible objeto de tus ánsias. Una sonrisa indulgente ó cuando mas un casto suspiro han pagado este generoso sacrificio. Todavía apuraré mas la cuestion. Tu sirena cediendo á tus instancias, ha consentido en acompañarte á la mesa bajo la condicion de que, por no dar qué decir, asista tambien al inocente festin esa fastidiosa muger que dice que es su madre. Desde entonces, como suele decirse, no ha habido pariente pobre: manjares esquisitos, vinos estrangeros, servicio magnífico, todo sazonado con su poquito de misterio ha sido bastante para ir dando fin de tus doblones, mientras que esa muger se hace cada vez mas esquiva por lo mismo que te encuentra sumiso á sus menores caprichos. Una prueba de esto es el lujo asiático con que tu ninfa se presentó en el último baile de máscaras, y no puedo menos de elogiar tu buen gusto, si eres tú el que has ideado aquel trage. El corpiño de terciopelo color de rosa, bordado de oro, le sentaba admirablemente sobre el tonelete guarnecido de riquísimas blondas negras: pendientes, collar, sortijas, abanico todo de oro y piedras finas, nada faltaba

á tan magnífico trage, que á la verdad, yo no puedo calcular lo que te cuesta; pero si sé lo que te vale, y no es otra cosa mas que el soberano desprecio de ese mónstruo por quien te estás arruinando. Tonina, ahora que gracias á tí, ha empezado á bullir en el mundo, no tendrá escrúpulo en dejarte plantado por otro cuya fortuna estuviese mas consolidada que la tuya.

Lo mas gracioso del cuento es que con muchos menos tormentos y gastos, un jóven y buen mozo como tú, podia haberse lucido á el lado de las mugeres mas bonitas de la córte. Señoras de la mas alta categoría hubieran aceptado tus obsequios, con tal que hubieras hecho por ellas la mitad de las locuras que te ha obligado á ejecutar ese arrapiezo que no se les puede comparar siquiera. Ya ves que no te hablo de la Baleti, ni de la Esteffani, ni de otras que están en boga, porque la mas encopetada de entre ellas, sabe muy bien en el fondo lo que vale, para atreverse á imponer muy severas condiciones. Con una lluvia de oro como la que te ha facilitado la entrada en el caramanchon donde vegetaba la Tonina, no me seria difícil á mí franquear las puertas de todas las Danaes del cuerpo de baile.

Casanova, paseándose por la estancia, terminó su arenga con estas palabras, pronunciadas con un tono protector que desagradaba soberanamente á su amigo.

Has de saber, amigo, por la última vez, que en la vida humana vale mas entenderse y tratar con quien no tenga que buscársela. Una posicion conquistada escluye la avaricia, al paso que el que tiene que crearse

su fortuna, camina hácia este objeto por *fas* ó por *nefas*. Hay que desconfiar de esas personas que se presentan en la escena del mundo con los bolsillos vacíos y las manos hácia delante en actitud de recibir. Cuando está el vientre vacío, no es estrecha la conciencia y no hay escrúpulo que el hambre no acalle. Si hubieras venido á consultarme antes y hubieras seguido estos consejos no se estuvieran otros riendo ahora, mientras tu bolsa está vacía.

LA LIMOSNA DADA AL POBRE

TRAE VENTURA AL VIAGERO.

En medio de los bailes y conciertos que de vez en cuando se repiten todavía en París, las obras piadosas se presentan tan inagotables como la sed de los placeres. Las ventas y rifas nunca hacen vanos llamamientos á la beneficencia. En la venta á favor de los pobres sordo-mudos en los magníficos salones que Mr. Molé habia puesto á disposicion de nobles y hermosas damas, tuvo lugar un incidente curioso é interesante.

En una tienda consagrada á la librería, un jóven leia los títulos de las obras con un cuidado minucioso. La señora encargada del mostrador tenia consigo una de sus sobrinas, y el jóven que se ocupaba mas de los libros que no de ellas, llamó tanto su atencion, que le preguntaron qué era lo que buscaba.

—Dios mio, repuso el jóven levantando vivamente la cabeza, es un libro que he leido en Rusia y que he buscado en vano en los pocos dias que hace me hallo en París.

—¿Podríais decirme el título de esta obra?

—Me se ha olvidado, señora; solo me acuerdo que son novelitas que han gustado mucho en Rusia. Tal vez en París haya pasado desapercibido este libro: ha

sido vendido á beneficio de los habitantes de Guadalupe, y os confieso que tendria sumo gusto en podérmele llevar á Rusia; ¡ah! ahora me acuerdo que una de las novelas se titulaba *Resignacion*.

Entretanto la señora jóven, en vez de contestar al entusiasmo del estrangero, se escurrió bonitamente detras del mostrador y su tia dijo al jóven:

—No queda egemplar ninguno de la obra que buscais; pero acabais de hablar con el autor.

El jóven turbado se deshacia en cumplimientos y felicitaciones, espresando nuevamente el deseo de tener este libro tan raro y precioso. La señora del mostrador repetia por segunda vez que no quedaba ni un solo egemplar, cuando se sintió tirar suavemente de la manga, y oyó la voz de la modesta autora que esquivando oculta las alabanzas, le decia:

—El mio me queda: le vendo á beneficio de los pobres: le doy por ocho duros.

El jóven aceptó con transporte, pidiendo como última gracia que el autor escribiese alguna línea sobre la primera plana del libro. Al siguiente dia recibió el precioso volúmen con esta línea:

LA LIMOSNA DADA AL POBRE, TRAE VENTURA AL VIAGERO.

En el título de este libro se leia, *María Magdalena*, y al fin un nombre ya conocido en la república literaria, á pesar del velo bajo el cual se esconde el nombre de la señorita de *Harbonville*. Esta novelita *Resignacion*, es la misma que se insertó traducida *en el Museo de las Familias*, en el número de marzo del año pasado.

Tal amo, tal criado.

DIEZ PROVERBIOS HISTORICOS.

Aunque, como ya hemos dicho, los proverbios sean el fruto de la esperiencia, y la fórmula á que han reducido sus observaciones los sábios de todos tiempos y de todos los paises, hay sin embargo algunos que se fundan en algun acontecimiento y traen su orígen de algun hecho histórico. Destinada esta obra á dar á conocer los proverbios bajo todas sus formas y en todas aplicaciones, insertamos por conclusion algunos de este género.

Mas vale buena fama que cintura dorada.

Trae su orígen este proverbio, desde el tiempo de Luis IX de Francia, que mandó llevasen un cinturon dorado las mugeres honradas y honestas, para distinguirlas de las prostitutas que entonces abundaban. Como estas á pesar de la prohibicion del rey, llevasen á porfia el cinturon dorado para no ser notadas y figurar entre las de buena reputacion, se vino á deducir que esta y no las señales esteriores constituyen el verda-

dero crédito de la muger, crédito que una vez adquirido las pone á cubierto, por dudosa que sea su conducta. A esto alude el refran que dice: *Cobra buena fama y échate á dormir.*

Si las leyes han de quebrar, sea por reinar.

Hizóse popular en España este proverbio desde el tiempo de los godos, y con motivo del funesto egemplo que dieron tres hermanos á quienes hizo fratricidas la inmoderada ambicion de mando. Turismundo, hijo del valiente Teodoredo, el que osó hacer frente al feroz Atila, llamado el Azote de Dios, fué la primera víctima de sus ambiciosos hermanos Teodorico y Eurico en los campos de Tolosa ó Narbona. Teodorico que fué el que sucedió inmediatamente á Turismundo, gozó poco del poder conquistado por un delito, pues fué á su vez muerto por Eurico, que se ciñó la corona teñida por la sangre de su hermano.

Allá van leyes, do quieren reyes.

Este proverbio se originó en España en el año de 1086, cuando el rey don Alonso el VI mandó que se dejase el oficio gótico ó muzárabe para sustituirle por el oficio romano, á instancias del papa Gregorio VII. Consérvase todavía en Toledo una memoria del antiguo rito muzárabe en la capilla de este título, funda-

da por el cardenal Cisneros. En cuanto al proverbio marca bien la repugnancia que el pueblo tuvo á la introduccion de esta novedad, que de todos modos no se llevó á efecto, sin apurar todos los recursos legales para evitarla, incluso el desafio llamado *Juicio de Dios*.

No se ganó Zamora en una hora.

El empeño con que defendieron los zamoranos su ciudad, sitiada por don Sancho II de Castilla, la muerte de este monarca acaecida en el cerco, los desafios á que dió lugar la catástrofe del rey, el juramento que se hizo prestar al nuevo sucesor, y los varios incidentes ocurridos hasta quedar asegurada la paz en Castilla, justifican el orígen de este proverbio, que sirve para dar á entender la tardanza inseparable de toda empresa grande y dificultosa.

En Caltanazor, Almanzor perdió el tambor.

Este proverbio tuvo su orígen desde la famosa derrota que en los campos de Caltanazor ó Alcatanazor, sufrió en el año de 998 el célebre capitan árabe Alhagib Almanzor, cuyas formidables huestes fueron completamente derrotadas por el ejército reunido de don Bermudo de Leon y del conde de Castilla, siendo tanta la cólera y pesadumbre del orgulloso Almanzor que se dejó morir de las heridas recibidas en la batalla.

Ni el papa beneficio, ni el rey oficio.

Este proverbio que está inscrito en las armas de Medina del Campo, alude al antiguo y singular privilegio que tiene la colegiata de dicha villa, donde ni el papa provee beneficio, ni el rey oficio alguno.

Villa por villa, Valladolid en Castilla.

Este refran recuerda el tiempo en que Valladolid era una de las principales ciudades de España. Esto seria sin duda respecto de la comodidad de los moradores, pues en cuanto á la fortaleza ó influencia política habia otras ciudades que gozaban mas preferencia, como se infiere de este refran:

QUIEN DE CASTILLA SEÑOR QUIERA SER,
A OLMEDO Y AREVALO HA DE POSEER.

En cuanto al engrandecimiento y ponderacion de sus respectivas ciudades, no andaban escasos nuestros antepasados en inventar refranes y frases populares. De este género son:

TOLEDO EN RIQUEZA,
SEVILLA EN GRANDEZA,
BURGOS EN FORTALEZA
Y LEON EN SUTILEZA.

Así como la antigua copla que dice:

PAMPLONA LA BONA,
ESTELLA LA BELLA,
OLITE Y TAFALLA
LA FLOR DE NAVARRA.

Hay por último un antiguo proverbio que tambien sirve de título á una comedia y que espresa enérgicamente las ventajas de vivir lejos de la córte aquel que ni por su nacimiento, ni por sus méritos es llamado á figurar en ella. Este proverbio es:

El sabio en su retiro y el villano en su rincon.

Tuvo su aplicacion y orígen en Juan Labrador, cuya conducta y vida feliz constan de su epitafio en la iglesia de Benevire en el obispado de Palencia y dice así:

Aqui yaz Juan Labrador
Que por jamás al rey á vido.
A nadie envidió, ni ha sido
Testigo, reo, ni actor.
Mozo, con su igual casó,
Hijos y nietos gozó;
Sin deuda, un sustento assaz,
Con su muger vivió en paz
Y cual cristiano murió.

CONCLUSION.

LOS PROVERBIOS DEL SEÑOR CURA.

Aun no hace mucho tiempo que falleció un respetable eclesiástico á quien tuve la dicha de conocer: un cura párroco de un pueblo de poca importancia en las cercanías de Madrid; pero un varon venerable en quien concurrian toda la caridad y toda la instruccion que su ministerio pudiera exigir. Los conocimientos que poseia le hacian á la verdad muy acreedor á figurar en posicion mas elevada; pero él, lejos de solicitarla, se hallaba muy contento sin quejarse de su suerte, ni de la injusticia de los hombres, y ocupado no solo de la salud espiritual, sino del bien estar físico de sus feligreses. Los consolaba en sus aflicciones, los socorria en sus necesidades, y aun les daba escelentes consejos en punto á economía doméstica y agricultura, así es que todos le amaban por la bondad de su carácter.

Este hombre que ademas de sus estudios poseia una buena biblioteca, fruto de todas sus economias, habia tenido la curiosidad de ir estractando de los diferentes autores, antiguos y modernos, sagrados y profanos

que llegaban á sus manos, todos los proverbios y sentencias morales, en que los sábios de todos los paises han recopilado sus instrucciones aplicables á todas las necesidades de la vida. Del cuaderno bastante voluminoso en que consignaba el fruto de sus lecturas, y que por una rara casualidad ha llegado á nuestras manos, estractaremos algunos proverbios, no solo para dar una muestra del método que el buen cura seguia al copiarlos, sino por lo que hace á nuestro propósito en esta obra.

I.

No impidas hacer el bien á el que pueda hacerlo: hazle tú mismo, si es que puedes.

Donde se halle el orgullo allí estará la confusion, y donde se halle la humildad, allí está la sabiduría.

Salomon.

II.

Pide consejo á un hombre sábio.

Tobías.

III.

No vuelvas mal por mal, ni injuria por injuria.

Cada cual será recompensado segun sus obras.

San Pablo.

IV.

Los males del mundo durarán hasta que los filósofos sean reyes ó hasta que los reyes sean filósofos.

Platon.

V.

Un favor hecho á tiempo hace olvidar la mayor ofensa. *Thucydides.*

VI.

La indolencia pasa muchas veces por paciencia.

C. de Retz.

VII.

La vigilancia es la madre de la prosperidad.

Si compras lo superfluo venderás lo necesario.

Franklin.

VIII.

Saber y sentir, he aquí toda la educacion.

Mad. de Stael.

IX.

El que se arrepiente de ser bueno, deja de serlo.

Soulié.

X.

La conciencia es una flor que se abre á los rayos del sol y se cierra con los vientos tempestuosos.

B. de Saint Pierre.

XI.

Los perezosos siempre tienen deseos de hacer alguna cosa. *Vauvenargues.*

XII.

Un mal reinado causa la calamidad de muchos siglos. *Fenelon.*

XIII.

La naturaleza nos ha dado dos oidos y solo una lengua, para enseñarnos que es preciso escuchar mas que hablar. *Zenon.*

XIV.

Conocer el valor del tiempo es saber vivir.

Mad. de Genlis.

XV.

El que hace renacer el valor en el alma humana es el mejor médico. *Hamann.*

XVI.

Cuida de dar egemplo mas bien que de recibirle.

S. C. Borromeo.

XVII.

No te aflijas por no conocer á los hombres, sino por no ser conocido de ellos.

Confucio.

XVIII.

La ley no se ha hecho para el hombre de conciencia y de honor. *Richardson.*

XIX.

Ciertas personas nada aprenden porque todo lo comprenden muy aprisa. *Swift.*

XX.

La gracia es la hermosura en movimiento.

Lessing.

XXI.

El que sabe emplear el tiempo, ha encontrado el camino de la virtud. *Mercier.*

XXII.

El espíritu de partido es la locura de muchos hombres en provecho de unos pocos. *Pope.*

XXIII.

La gloria es la recompensa debida á la virtud.

Verneroni.

XXIV.

El que hace bien durante su vida, es llorado de todos despues de su muerte. *Valperga.*

XXV.

No hay verdad ninguna moral ó política, cuyo germen no se halle en algun versículo del Evangelio.

Lamartine.

XXVI.

La diligencia es madre de la buenaventura.

Cervantes.

XXVII.

Es preciso aguantar á los hombres tal y conforme son, y no amoldarlos á la manera que nosotros queremos. *Marco Aurelio.*

XXVIII.

Nunca afirmes cosa sin saberla primero.

Santa Teresa.

XXIX.

Si quieres arreglar tu conducta, no hagas aquello que vituperas en los demas. *Tales.*

XXX.

Para averiguar verdades, el tiempo es el mejor testigo. *Calderon.*

Nada hubiera sido mas fácil que aumentar indefinidamente este catálogo de proverbios; mas para nuestro propósito basta con los que hemos entresacado, y para acabar de probar lo que ya se dijo en el primer artículo de esta obra, que en los proverbios está consignada toda la esperiencia de los hombres y toda la sabiduría de las naciones.

FIN.

INDICE.

		Pags.
1.º	Quien no se aventura no pasa la mar.	1
2.º	Cada loco con su tema.	6
3.º	Detras de la cruz está el diablo.	15
4.º	Cada obeja con su pareja.	23
5.º	Cria cuervos y te sacarán los ojos.	29
6.º	Aquellos polvos traen estos lodos.	36
7.º	Con las glorias se olvidan las memorias. . . .	43
8.º	La manzana podrida pierde á su compañia. . .	52
9.º	Quien mucho abarca poco aprieta.	60
10.	No hay rosa sin espinas.	67
11.	Mas vale ser cabeza de raton que cola de leon.	72
12.	Ausencias causan olvido.	81
13.	Vístete despacio si estás deprisa.	88
14.	Quien bien te quiere te hará llorar.	93
15.	Cada uno en su casa es el rey.	100
16.	Fraile que pide por Dios pide por dos.	103
17.	No hay que pedir peras al olmo.	108
18.	De fuera vendrá quien de casa nos echará. . .	116
19.	No hay mal que por bien no venga.	123
20.	El que fué á Sevilla perdió su silla.	128
21.	Mas vale pájaro en mano que buitre volando. .	137
22.	Nadie diga de esta agua no beberé.	143
23.	Piedra movediza no cria moho.	148
24.	Ir por lana y volver trasquilado.	155
25.	Hacienda tu dueño te vea.	161
26.	Hay que tomar el tiempo conforme viene. . . .	170

27. La codicia rompe el saco. 178
28. Cada buhonero alaba sus agujas. 184
29. No hay que dejar lo cierto por lo dudoso. . . . 191
30. Cásate por interés y me lo dirás despues. . . . 200
31. Quien dá pronto dá dos veces. 208
32. El saber no ocupa lugar. 210
33. Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can. 217
34. Mas hace el que quiere que no el que puede . . 225
35. No hay chanzas con el amor. 227
36. De lo contado come el lobo y anda gordo. . . . 233
37. Haz bien y no mires á quien. 243
38. A cada santo su ofrenda. 245
39. Dama que rie, bolsa que llora. 253
40. La limosna dada al pobre trae ventura al viagero. 259

DIEZ PROVERBIOS HISTORICOS.

41. Mas vale buena fama que cintura dorada. . . . 261
42. Si las leyes se han de quebrar sea por reinar. . 262
43. Allá van leyes do quieren reyes. . . . . Id.
44. No se ganó Zamora en una hora. 263
45. En Caltanazor, Almanzor perdió el tambor. . Id.
46. Ni el papa beneficio, ni el rey oficio. 264
47. Villa por villa Valladolid en Castilla . . . . . Id.
48. Quien de Castilla señor quiera ser &. . . . . Id.
49. Toledo en riqueza &. . . . . Id.
50. El sábio en su retiro y el villano en su rincon. 265

LBJa'31

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Jan. 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 021 008 602 A